

Oscar Uribe - Villegas las disciplinas sociolingüísticas

Instituto de Investigaciones Sociales

las disciplinas sociolingüísticas
y el énfasis sociológico
en sociolingüística
(un ensayo)

Oscar Uribe - Villegas

P
41
U72

Donación Proceso Técnico 7-11-76

**LAS DISCIPLINAS SOCIOLINGÜÍSTICAS Y EL ÉNFASIS
SOCIOLÓGICO EN SOCIOLINGÜÍSTICA**

(Un ensayo)

A la memoria de Marcel Cohen (1883-1974),
vanguardista de las investigaciones
sociolingüísticas.

Instituto de Investigaciones Sociales

Oscar Uribe - Villegas

las disciplinas sociolingüísticas
y el énfasis sociológico
en sociolingüística
(un ensayo)



México, 1976



INVESTIGACIONES
SOCIALES

Primera edición: 1976

DR © 1976, Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria. México 20, D. F.

DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

Impreso y hecho en México

PRÓLOGO

Estas páginas tratan de mostrar la variedad de enfoques (diversos, pero complementarios) con los que varias disciplinas sociales estudian el lenguaje, y la forma en que todos ellos revelan que el mismo tiene un carácter esencialmente social, sin el cual no sería inteligible.

Quien escribe no se considera autoridad en la materia (si es que ya las hay), a pesar de su ya largo cultivo de la misma; de ahí que el tratamiento sea zigzagueante. Con ello, evita la solución dogmática, al tratar de interpolar, entre los extremos de las posiciones ajenas, una línea media de tendencia por la que cree haber visto discurrir la indagación sociolingüística de la década recién pasada o por la que, extrapolada, cree que debería de transitar la de la próxima.

La opinión del autor (en la fecha de redacción del ensayo, que puede no ser la de aparición pública del mismo) está en el título: habría, para él, varias disciplinas —que a título provisional se podrían calificar de sociolingüísticas— de entre las que sobresaldría para el sociólogo una en la que se acentuaría lo sociológico (y lo político-vertiente pragmática, dominio de la praxis, por excelencia) por encima de (pero sin eliminación de) lo lingüístico (al modo tradicional).

Independientemente de que su solución les parezca o no buena a los colegas interesados en el tema, él cree que el material reunido (para evidenciar el trasfondo de una "hoja de balance" a la que corresponde la caracterización de "ensayo", puesta a estas páginas) y las otras indagaciones de los sociolingüistas en estos años pueden servir para que desaparezcan lentamente las perplejidades de quienes, al clasificar las ciencias, no se atrevieron a asignarle un sitio a la lingüística entre ellas, pues es evidente que ésta nunca podrá quedar

muy lejos de la sociología o, si se prefiere, que nunca podrá salir del territorio de las disciplinas antropológicas (lato sensu) entre las que la sociología ocupa sitio de primera importancia.

El grado de acercamiento al tema es —a sabiendas— medio. El autor no se ha calado ni los anteojos que pueden eliminar totalmente su miopía intelectual ni los que anularían su correspondiente presbicia; ha preferido, con unos mismos lentes poder apreciar los contornos próximos y los remotos aunque de momento no haya podido lograr una gran precisión de contornos ni para lo uno ni para lo otro. Quizás quede abierta para el futuro la posibilidad de lograr o lo uno, o lo otro, o —en el mejor de los casos— lo uno y lo otro.

México, 1º de octubre de 1974

Oscar Uribe-Villegas

1. *El desarrollo histórico de los intereses sociolingüísticos*

Rousseau fue uno de los primeros que enfrentaron problemas como los de la sociolingüística actual al tratar de relacionar la aparición del lenguaje y la variedad de las lenguas con las mentalidades. Él se preguntaba si la primera lengua habría sido "lengua de geómetras o lengua de poetas"; resultado de la necesidad o de la pasión, y se inclinaba por lo segundo. Pero, él reconocía también, que en latitudes septentrionales, la necesidad podía haber originado las lenguas; o sea, que el medio físico-geográfico sería un condicionamiento indirecto, en cuanto se realizaría a través de las modificaciones que el medio habría producido en los órganos fonadores.

Marcel Cohen (604.009-23) señala que, dentro de la historia de la lingüística ni la gramática comparada ni la escuela de los neogramáticos consideraron que la aparición, el uso y las transformaciones de las lenguas están rodeadas de circunstancias sociales, y si bien Bréal concibió al lenguaje como sujeto a leyes intelectuales, no llegó a ver su condicionamiento social. Era éste el mismo ambiente, la misma atmósfera en la que Auguste Comte descubrió un cambio social (la ley de los tres estados) regido también, predominantemente, por leyes intelectuales.

Emile Durkheim, uno de los más relevantes fundadores de la sociología científica, también dio impulso importante a otras ciencias entre las que destaca una lingüística que —por su parte— contaba ya con una figura de idéntica estatura académica, Ferdinand de Saussure.

Durkheim, al definir el hecho social, le dio sólido fundamento científico a la disciplina, y, entre los ejemplos con los que lo ilustró destacaban las ilustraciones lingüísticas.

En el *Année sociologique* —además—, abrió una porción a

la lingüística, y de sus discípulos, que también lo habían sido de esclarecidos lingüistas como Meillet y Lévy, fue Mauss quien definió el lenguaje como una de las varias "técnicas corporales" que emplea el hombre en sociedad.

Meillet hizo que convergieran las aportaciones de Saussure con las de Durkheim. Fue a él a quien Durkheim confió la rúbrica correspondiente en el *Année sociologique* y, finalmente, el gran lingüista influido por el gran sociólogo, habría de reconocer (a principios de siglo) que los hechos lingüísticos son hechos sociales. Él explicó que la lengua es tanto realidad lingüística como realidad sociológica, porque: a) cada idioma es un sistema de medios expresivo-comunicativos que sólo permite formaciones que son congruentes con él, y porque b) el idioma pertenece a un conjunto de hablantes a quienes sirve como medio de identificación. Pero, en forma no menos importante para su definición como hecho *social*, debe reconocerse que no le pertenece a ningún hablante en forma aislada, de tal modo que si alguien lo emplea anormalmente, será sancionado.

Pero, si bien la lengua y la sociedad son congruentes parcialmente, no son totalmente isomorfas. La lengua no es totalmente independiente de la sociedad en la que se habla; pero sí tiene, respecto de ella, cierta autonomía. Es esto lo que plantea el problema de la sociolingüística, ya que, para cada par de lenguas y sociedades, el investigador tiene que identificar el modo y el grado en el que ciertos rasgos de la lengua corresponden a determinados caracteres de la cultura y de la sociedad —sincrónicamente consideradas— y en que ciertos cambios sociales y culturales van subseguidos o no, dentro de ciertos lapsos, por sus correspondientes cambios lingüísticos.

Saussure (0038.00) no se interesó mucho por las circunstancias sociales del lenguaje pues se preocupó más por la lengua que por el habla a la que consideraba realidad heteróclita, que la lingüística —de por sí— no tenía por qué aprender; pero, aun así, vislumbró la influencia de la sociedad sobre el lenguaje, al establecer, entre sus otras dicotomías, la que opone el "espíritu de campanario" (lugareño, etnocentrista) el espíritu de intercambio (la fuerza social centrífuga que se opone a esta otra, centrípeta); que busca la interrelación con otros hombres, de otros pueblos; que no

sólo se asoma curiosa a ver “cómo vive la otra mitad”, sino que se afana por entrar en relación con ella, para constituir dialécticamente una unidad humana.

Alf Sommerfeldt, discípulo de Meillet, ha relatado cómo se conocieron su maestro y Durkheim. De ese intercambio nacieron: 1) las ideas que expondría Cohen (colaborador del sociólogo y sucesor del lingüista), cuando, años después, llegara a hablar sobre las relaciones entre el lenguaje y la sociedad, y 2) las concepciones que, por esa época, expondría Sommerfeldt. Ellas hicieron que Gurvitch —sucesor de Durkheim en su cátedra de la Sorbonne— decidiera que se preparara un libro sobre ese tema y se lo encargara a Cohen, así como que incluyera un capítulo dedicado a la Sociología del Lenguaje en su libro sobre la Sociología en el siglo xx (que desarrolló Hadricourt).

Después de que Cohen preparó y publicó sus materiales (*Pour une Sociologie du Langage*) en 1966 (hoy ha aparecido una segunda edición publicada por Masperó), Fishman habló de “sociolingüística” en una sesión convocada para el día siguiente al de la clausura del Sexto Congreso Mundial de Sociología, al que asistimos como representantes de la Asociación Mexicana de Sociología y del Instituto de Investigaciones Sociales, en Evian, Francia. En 1967, el Décimo Congreso Internacional de Lingüistas (el de Bucarest, en el que también tuvimos oportunidad de participar como delegados del Instituto), después de haber llamado a una de sus secciones “Lenguaje y Sociedad” (como se había llamado a una de las del Noveno, reunido en Cambridge, Massachusetts, cinco años antes), le cambió el nombre por el de “Sociolingüística”. En 1970, el Mundial de Sociología, de Varna, puso oficialmente ese nombre a una de sus secciones. La Asociación Mundial de Sociología, por su parte, reconoció entre sus Comités de Investigación, al de Sociolingüística y si bien el Decimoprimer Congreso Internacional de Lingüistas reunido en Bologna no incluía sección alguna ni sobre “Sociolingüística” ni sobre “Lenguaje y Sociedad” y, en cambio, parecía querer darle mayor importancia a la sicolingüística, a la que consagró una de sus “reuniones de grupo”, durante el Congreso mismo, Giacomo Devoto, a la vista de los resultados, expresó que aquel había sido “el congreso de la sociolingüística”. Por otra parte, en 1970, el propio Devoto se

había encargado de recoger los resultados principales de unas Jornadas Sociolingüísticas muy valiosas en las que también participamos y a las que había convocado el Instituto Luigi Sturzo.

“Sociolingüística” ha sido incorporada ya oficialmente a los diccionarios Larousse y Roberts; pero, en torno de ese término se siguen observando oscilaciones incluso en el nivel de sus promotores y especialistas. Fishman mismo aún parece dudar, hoy, entre expresiones como “sociolingüística” y “sociología del lenguaje”, y cuando se inclina por ésta, acepta el parecer de otros, que piensan más en una rama de la sociología que en una de la lingüística. Hay otros que señalan que esa distinción, difícil hoy, puede resultar útil mañana y que mientras *a*) esa “sociología del lenguaje” sería rama sociológica, *b*) la “sociolingüística” pudiera llegar a ser rama lingüística, así como que, *c*) de su estado aún germinal, podría llegar a desarrollarse hasta constituir una auténtica interdisciplina, nutrida por aportes tanto sociológicos (y de las otras disciplinas sociales, humanas) como lingüísticos (y quizás incluso filológicos).

2. El espectro-solar de lo sociolingüístico en potencia

En efecto, se debe recordar aquí la aportación hecha por J. Ellis (108. 5659) (de Ghana y de Leeds) al Décimo Congreso Internacional de Lingüistas. En ella, trató de presentar una gama muy matizada de disciplinas que acentuarían más lo sociológico que lo lingüístico, o más esto que aquello. Según él, hay una gama de indagaciones científicas que va desde la lingüística descriptiva a la lingüística institucional (en sentido estricto) o sociológica (en sentido lato) y, desde ahí, a la sociología lingüística, la sociología y las otras ciencias sociales (en último término), según que esas diversas disciplinas se ocupen de las lenguas en sí; de las lenguas que ciertas comunidades, grupos e individuos usan en ciertas condiciones; del lenguaje tal como se emplea en distintas situaciones sociales (uno de los aspectos del registro); de los grupos mismos que usan el lenguaje y las lenguas en ciertas condiciones, y de los grupos y sociedades, en cuanto tales.

En las condiciones actuales, en las que entre los socio-

lingüistas hay muchos lingüistas que conocen poco de sociología, y muchos sociólogos que conocen poco de lingüística, hay que recordar los esfuerzos que en otro tiempo se hicieron: *a)* para darle a la sociología un sitio dentro del sistema científico y *b)* los que también se hicieron para colocar a la lingüística en el suyo, antes de explorar cuál es el sitio que la sociolingüística debe tener entre las disciplinas científicas.

Antes de intentar esto, conviene concretar más las concepciones que parecen hacer tan justificable ver en la sociolingüística una rama de la sociología, como concebirla como rama de la lingüística.

Dell Hymes (319.000) piensa que la sociolingüística *no* es una disciplina nueva e independiente; pero, es menos terminante cuando trata de determinar lo que sí es la sociolingüística, ya que en forma vaga la identifica como una “área de investigación” que no localiza con precisión. Aún así la concepción que él desarrolla, es clara, convincente y oponible —aunque también integrable— a otras, que —como las recientes de Fishman— favorecen, más bien, una “sociología del lenguaje” (o, una “sociolingüística como rama de la sociología”). Ambas concepciones caben, en efecto, entre los proyectos que van de lo más desnudamente lingüístico a lo más nudamente sociológico, pasando por diferentes grados y modos de enfoque sociolingüístico *lato sensu*.

La “sociolingüística” en sentido amplio cubre los intereses variados y aparentemente dispersos que han proliferado en menos de dos lustros, y que han propiciado un entusiasmo excesivo en favor de una sociolingüística que se enseña ya desde antes de haber sido investigada.

Hymes incluye en una posible temática sociolingüística: el uso de los datos y de los métodos lingüísticos en otras ciencias de lo humano, y el empleo de los datos y métodos de éstas en la lingüística. Pero, nosotros, como él, creemos que esto no cambia radicalmente la calidad de las respectivas disciplinas, en la misma forma en que no hace que la sociología se convierta en una historia el puro hecho de que *a)* o utilice datos históricos o *b)* con métodos históricos se allegue los datos sobre los que aplicará su método, no histórico sino sociológico.

Un sector que —según Hymes— se distinguiría mejor del

lingüístico puro y del puramente sociológico sería el de las correlaciones entre lo social y lo lingüístico. Aun aquí cabe hacer: a) distinciones, pues puede haber correlaciones entre sociedades (globales) y lenguas (enteras) y b) correlaciones entre fenómenos lingüísticos (más o menos aislados, aunque nunca *totalmente* aislados) y fenómenos sociales (sujetos a idénticas calificaciones, y, por lo mismo, enfocados sociológicamente).

La sociolingüística trataría de recuperar así lo que las prácticas lingüísticas y sociológicas habrían dejado escapar entre sus dedos; pero, las correlaciones (que nos parecían suficientes, hace años, en un proyecto nuestro que discutimos con Morris Swadesh) no bastan, según Hymes, quien, muy ciertamente, afirma que aunque esos esfuerzos son dignos de la "sociolingüística-por-constituir", *no son* suficientes, porque lo que falla es el *pre-supuesto* mismo de las ciencias del hombre.

En efecto —como él dice— la concepción, la práctica y las aplicaciones lingüísticas y sociológicas que subtienden esa visión sociolingüística, "perpetúan una concepción del hombre fragmentaria e incompleta", al tiempo que, aislados esos esfuerzos de uso de datos y hallazgos socio y antropológicos en lingüística, "presuponen una ciencia del hombre entre cuyos departamentos la vida humana ha sido dividida en porciones, de una manera precisa y completa".

Ya hemos dicho, en otras ocasiones, que, por dos rumbos distintos, se busca —en nuestra época— la unificación del conocimiento. Así, hay quienes —en un tiempo— diferenciaron las disciplinas y recogieron los frutos de la especialización filosófica, científica y técnica, y ahora vuelven los ojos (nostálgicos) hacia el paraíso perdido de la unidad del conocimiento, para tratar de recuperarlo a través de esfuerzos interdisciplinarios. Hay también quienes a partir de la matriz de una antropología filosófica básica, como mínimo, y de una filosofía, como máximo (marxistas) luchan por lograr una diferenciación que, siendo interna, no desquebraje la unidad de su conocimiento, y sí la enriquezca —en cambio— con datos procedentes de la empirie; de la praxis. Esos esfuerzos convergen en último término; 1) de las ciencias hacia la filosofía; 2) de la filosofía hacia las ciencias, y en ellos se inscribiría el empeño sociolingüístico concebido por Hymes. Este acaba-

ría por ser un intento para volver a pensar las categorías y supuestos admitidos respecto de las bases del trabajo lingüístico y —lo que es más importante— “aquello que se refiere al sitio del lenguaje en la vida humana”.

La sociolingüística, hoy, sufre tropiezos y suspicacias que dependen, en parte, de que el lingüista cree —como creyó el historiador— que la sociolingüística sería —como la sociología— una advenediza que trataría de avasallar a la disciplina más vieja.

Contra este temor, Hymes tranquiliza de un modo que es aterrador para los atemorizados misoneístas; pero quizás sea satisfactorio para los lingüistas progresistas. La sociolingüística ha descubierto que las descripciones hechas le son insuficientes, y no aspira a usar simplemente resultados de la investigación lingüística. Aún *sin habérselo propuesto* inicialmente, en forma consciente y voluntaria, ella tiende a convertirse, así en “un modo [renovador, agregaremos nosotros] de descripción lingüística”.

La sociolingüística, teórica e históricamente, no ha surgido de la nada, pues es —como dice este antropólogo—, una prolongación de la lingüística misma, ya que cuando no se limita artificialmente la descripción lingüística y se la deja ir hasta sus últimas consecuencias, se descubre que *no se basta a sí misma*; que “es inescapable su dependencia de la descripción social”. Históricamente —también— la sociolingüística prolonga la lingüística. Lingüistas esclarecidos como Jespersen y Sapir hicieron sociolingüística antes de que se acuñara el término, y si no fueron aún sociolingüistas fue sólo porque todavía no aplicaban unas *categorías* específicas, en forma parecida a como hubo pensadores que hablaron de lo social antes de que existiera la sociología, pero que no fueron sociólogos (en sentido estricto) por no disponer aún de las categorías sociológicas correspondientes. Así, en uno y en otro campo, Gersuy ha mostrado que Ibn Jaldún (a quien el maestro Mendieta y Nuñez consagró un estudio) hizo aportaciones tanto al conocimiento de lo social como al de lo lingüístico en la sociedad, antes de que aparecieran tanto la sociología como la sociolingüística.

Los grandes metodólogos de la sociología permiten que interpretemos mejor los esfuerzos de Hymes y sus observaciones de que la sociolingüística necesita unas descripciones que

no suple el "simple uso de los resultados de descripciones lingüísticas independientes, de tipo ordinario" pues, "mucho de lo que esperaríamos obtener no nos lo proporcionarán".

En efecto, la simple introducción del término "sociolingüística (regido por una intuición semejante a la que hizo que Comte acuñara su híbrido "sociología") fue un acto creador: de ciertos fenómenos amorfos y mal enmarcados, hizo "hechos sociolingüísticos" y, al crear la categoría correspondiente, hizo que la pesquisa se orientara favorablemente hacia la recolección de aquellos hechos que justamente podían caer dentro de ella, y que antes de crearse la categoría sólo por azar se recogían como datos.

Descubierta su posibilidad, es la sociolingüística —todavía mal definida— la que recoge ciertos hechos, los reivindica como propios y se constituye a sí misma, tras zanjar las peligrosas disputas de frontera con otras ciencias.

3. "*Sociolingüística*" o "*Sociología del lenguaje*": ¿*Dos denominaciones o dos disciplinas?*

Fishman fue uno de los primeros en usar el término "sociolingüística"; pero, además, 1) introdujo ciertos criterios básicos sobre cómo investigar lo sociolingüístico (determinando quién habla con quién, de qué, en qué circunstancias); 2) exploró ciertas categorías igualmente fundamentales (lealtad y deslealtad lingüísticas); 3) determinó la correspondencia o la falta de correspondencia entre los fenómenos lingüísticos y los sociales (pues se preguntó si es el bilingüismo un concomitante del subdesarrollo, o no lo es), 4) propuso, a partir de métodos comparativos cuasi-experimentales (adecuados para cualquier pesquisa sociológica), semejanzas y diferencias entre situaciones sociolingüísticas típicas, y 5) ha logrado establecer ciertas generalizaciones que son, en embrión, unas leyes sociolingüísticas.

"Sociología del lenguaje" ha llamado él, en fecha reciente, a la sociolingüística, y es así como prefiere denominarla Haugen, que ve en ella más una rama de la sociología que una de la lingüística. Dentro de ella, examina la interacción entre dos aspectos humanos: el uso del lenguaje, que comunica a los hombres, y la vinculación de éstos, gracias a las normas que comparten. La idea durkheimiana de "coerción social" se trasluce en estas concepciones.

Fishman (910.) ha llamado a la disciplina tanto “sociología del lenguaje” —en unos momentos— como “sociolingüística —en otros; pero, su concepción le da tal contenido que, implícitamente reconoce que así como sociología y sicología social son inescindibles, la sociolingüística y la sicolingüística (como también parece admitirlo Tatiana Slama-Cazacu) lo son también. En efecto, no es sólo la organización del comportamiento lingüístico (vertiente sociológica) sino que son también las conductas referidas al lenguaje, a las lenguas y a sus usuarios y —más aún— las actitudes (y creencias, como agregaría José Pedro Rona) que quedan por detrás de ellas (vertiente psicológica) las que son tema de esa disciplina ya compleja aunque apenas esbozada.

Fishman reivindica —además— el carácter científico de la sociolingüística como antes lo hicieron los fundadores de la sociología general, al afirmar que si siempre ha habido charlas sobre lo social, sólo a fines del XIX aparece, propiamente, el discurso sociológico, pues charla (basada en la *doxa* y no orientada hacia la *episteme*) sociolingüística, la ha habido incluso en las noticias diarias (en las que se habla, por ejemplo, de choques entre grupos, por motivos lingüísticos), mientras que intentos de conceptualización, pesquisa y generalización sociolingüística sólo aparecen en la segunda mitad del siglo XX.

Aquí las ideologías también preceden a las teorías; las prácticas a las cogitaciones. La política o la pedagogía abren la marcha, y la sociología las sigue; pero, eso no impide que, a su vez, sea ella la que, tras observar y evaluar los resultados de políticas y de pedagogías, las reorienta, dándoles directrices más realistas, levantadas y útiles.

De la exposición de este maestro de la sociolingüística se desprende la posibilidad de distinguir una sociolingüística descriptiva (o “sociografía del lenguaje”) de otra explicativa; una estática, de otra dinámica. A ellas, podrían agregarse otras distinciones como la de Haugen entre macrosociolingüística (Liebersson) y microsociolingüística.

El “quién” o emisor (énfasis subjetivo) “con quién” receptor (intersubjetividad) “cuándo” (mención circunstancial, en buena parte, de referencia social) “para qué” (en cuanto toda conducta social, según Weber, mienta un *sentido* que la hace inteligible a aquel a quien se dirige, y permite

una interpretación de aquel que la observa) y “en qué variedad lingüística” (mensaje todo ello) circunda toda la descripción sociolingüística, y apunta hacia lo que subrayan los sociolingüistas británicos (Halliday, Ure) al referirse a los “registros”. La mención de habilidades secundarias (escribir-leer) tras las primarias (de hablar-entender) enriquece estas descripciones.

La sociolingüística explicativa, usa los métodos de semejanzas, diferencias, variaciones concomitantes, residuos, y trata de establecer, así, por qué dos o más redes o comunidades sociales semejantes¹ han llegado a establecer organizaciones de uso y de conducta lingüística diferentes.

Las comunidades tienen repertorios lingüísticos que comprenden: 1) una o más lenguas; 2) uno o más dialectos de una lengua; 3) uno o más registros. En estos últimos se emplean o unos mismos o diversos idiomas y dialectos, de entre los disponibles. La sociolingüística descriptiva tiene que: 1) listar todos estos, 2) señalar *a*) cómo se les usa y *b*) cómo se dice que debieran usarse (sociología de la norma lingüística como la hay de la norma ética o de la norma jurídica, tan bien estudiadas por Gurvitch en nuestro tiempo).

Sobre ese material descriptivo, trabaja la sociolingüística descriptiva tratando, así, de encontrar en ese desorden aparente de variantes y de usos, una alternancia sistemática (Fishman) o una covariación (Bright) de las que la sociedad a veces no es consciente; pero que, con todo, existe y es operante.

Aún esos conceptos tienen su propia problemática; así, Haugen ha señalado que —por ejemplo— si bien la sociolingüística ha de estudiar la covariación entre lengua y sociedad, no debe descuidar los casos extremos en que la covariación o covariancia es nula, puesto que es precisamente la homogeneidad la que define una comunidad hablante.

Hay categorías que son fundamentales para la descripción y para la explicación que debe subseguirla, en sociolingüística, y entre ellas están: “situación”, “dominio”, “competencia”.

Fishman define la “situación” como una “coocurrencia o

¹ La metodología básica o la comparativa que los antropólogos sociales ingleses siempre han valorado mucho.

copresencia de interlocutores relacionados entre sí en forma particular, que se comunican entre sí en determinada forma, en cierto escenario”.

Las clases de situación se conocen, a su vez, como “dominios”, y la comunicación transcurre frecuentemente, en una misma comunidad, gracias a desplazamientos lingüísticos (cambios de lengua o de variedad lingüística), debidos a cambios de dominio (que se deben a que los interlocutores, perciben que la situación ha cambiado, y que tienen que ajustarse al cambio).

Como el cambio de situación depende de una definición grupal, es de carácter sicosocial, y esto impone que, para recoger datos sociolingüísticos, se tenga que emplear un método apropiado (como el que Tatiana Slama-Cazacu llama “método dinámico-contextual”).

Lo sociológico impone tratar ciertos hechos *como si* fueran cosas; *pero*, reconociendo que no son cosas; por ello, las que en términos objetivos (desnudos) serían una situación, son sicosocialmente dos situaciones diferentes. En forma parecida, una definición social puede convertir dos situaciones *objetivamente* distintas en un solo dominio sociolingüístico.

La competencia sociolingüística abarca la capacidad que ha adquirido el societario-hablante para emplear, con pleno dominio, ciertas variedades lingüísticas en determinadas situaciones sociales. La falta de competencia hace que o el iletrado o el torpe usen una variedad lingüística inadecuada para cierta situación; sin embargo, también puede un letrado hábil usar la variante que *no* está prescrita y que incluso está proscrita para la situación si, y sólo si, por otros medios (un gesto, cuando habla, un entrecomillado, cuando escribe), da a entender que hace este *mal uso* no porque ignore el bueno, sino con un propósito significativo (*understatement*, ironía). Ese “desplazamiento metafórico” es un lujo lingüístico de quienes no sólo son competentes para acatar la norma, sino que también pueden tomarse la libertad de violarla ocasionalmente, o colocarse —momentáneamente— por encima del sistema normativo.

Existe ya, según se ve, una disciplina sociolingüística naciente aun cuando no se pueda precisar si la misma es más rama sociológica que rama lingüística, si es más esto que aquello, o si acabará por tener un estatuto propio.

4. *De la praxis a la teoría: de la problemática a la temática sociolingüística*

Las recomendaciones de Giacomo Devoto, con respecto a estos asuntos, son prudentes pues él considera que rinde poco discutir sobre qué ciencia o qué especialidad es la sociolingüística, y señala: “No ciencias, sino problemas.”

Los problemas, dice, son reales; las divisiones en especialidades suelen ser —en cambio— superestructuras tiránicas que aplastan a los problemas e impiden su resolución. Según creemos, a partir del suelo fecundo de una problemática, se llega al nivel más o menos cristalizado de una teoría gracias a la aplicación sistemática de un método; pero, estamos de acuerdo con Devoto; aún no es tiempo de hablar de una rígida estructura teórica sociolingüística.

La ciencia tradicional es considerada por el lingüista italiano como un conjunto o depósito de trebejos del que se van extrayendo aquellos útiles que —en cada momento— resultan más adecuados para la resolución de los varios problemas que se le van presentando al estudioso, y él propone que a las “doctrinas” se les enfrenten las “experiencias”, pues la doctrina debe sucederlas y no precederlas.

Piensa, también, que la sociolingüística agrega a la lingüística bidimensional del pasado, una tercera dimensión: la clasista; con todo, indica también, que “la idea de clase es una conquista de importancia fundamental en los sistemas lingüísticos; pero que no es una novedad”.

Esta llamada de atención de Devoto hacia la importancia de la “clase” quizás sea sólo una manera más inmediata de mencionar a uno entre los varios agrupamientos sociales (a cuya distinción y clasificación dedicó uno de sus esfuerzos más fructíferos el maestro Mendieta y Núñez); agrupamientos que toda sociolingüística futura habrá de considerar. Quizás sea sólo la mención de uno de los enfoques sociológicos posibles de las realidades lingüísticas, en cuanto, por el otro extremo, trabajos como los de Neurath y Labov apuntan más que hacia el estudio de ciertas clases (concepto sintético), hacia el de ciertos estratos (concepción analítica) de la sociedad, y a su conexión con lo lingüístico, a través de los llamados “dialectos sociales” o de los hechos de “estratificación sociolingüística”. A ello habría que agregar la consideración

de que aún está por establecer el vínculo preciso que existiría entre el registro, el dialecto social, el habla de clase.

De cualquier modo que sea, queremos vincular la primera precautoria de Devoto ("No ciencias sino problemas") con lo que consideramos que es, en este momento, la única oportunidad de existir de la sociolingüística.

Nadie puede decir, *a priori* qué es la sociolingüística. Actualmente es "lo que hacen los sociolingüistas", y eso seguirá siéndolo por mucho tiempo, hasta que después de muchos tanteos, fracasos y éxitos, se descubra la necesidad de realizar una depuración a la que habrá de subseguir un enriquecimiento. Sólo entonces se definirá qué es, en rigor, la sociolingüística para *ese momento* (ya que la división del trabajo científico no es inmutable sino que cambia a través de la historia).

5. *Falta de sitio preciso de la lingüística tradicional entre las disciplinas científicas*

De momento, cualquier esfuerzo que se haga para situar a la sociolingüística entre las otras ciencias, tiene que evocar el que hizo Auguste Comte para establecer una jerarquía de las disciplinas científicas (así él haya reconocido que sus resultados eran modestos y tentativos).

Comte ordenó las ciencias: *a*) según su orden de aparición y su desarrollo histórico; *b*) la manera en que dependen unas de las otras; *c*) el orden decreciente de generalización y el creciente de complejidad, y *d*) la modificabilidad de los hechos estudiados por cada una de ellas.

Al aplicar esos criterios, obtuvo como jerarquía de las ciencias: matemática, astronomía, física, biología, sociología y moral (como estudio síquico y ético del individuo humano). En el sistema no aparecía la lingüística; por ello, si queremos subsanar esa falta, habremos de recurrir a otros estudiosos.

Pero, antes de tratar de complementar el sistema de Comte, conviene recordar que el filósofo intentó mostrar que en la realidad hay ciertos niveles que no se pueden explicar mediante el simple uso de las leyes establecidas por una disciplina ya existente, y que esto impone, por tanto, la invención de otra capaz de descubrir las leyes que les son propias. Había que oponerse, así, a cualquier tipo de reduccionismo; ha-

bía que buscar, con todo, la unidad del conocimiento científico dentro de un todo sistemático, y el sistema tenía que culminar con lo que —sin que él lo dijera así— puede considerarse como una verdadera antropología filosófica (quizás de signo positivista, pero antropofilosofía al fin).

Desde entonces a acá, la epistemología y las ciencias (en particular, la sociología y la lingüística) han evolucionado, y su avance impone el que los esfuerzos de Comte se consideren a una nueva luz. Para ello, nos serviremos de los subrayados que hace Jacques Fromont a las aportaciones de Jean Piaget. Él señala que la epistemología actual ha colocado en el centro de su interés a la ciencia, y que ha distinguido —así— una epistemología científica de otra paracientífica y de una última metacientífica. La epistemología científica busca explicar *sólo* el conocimiento científico, aunque no lo considere como único conocimiento, y deja que la epistemología paracientífica trate de llegar a una teoría más general del conocimiento.

En este tipo de estudios, se ha descubierto que a medida que la ciencia va de lo físico a lo síquico, pasando por lo vital, va dejando de ser objetiva para volverse cada vez más simbólica, y esto representa mucho para esa ciencia semasiológica que es la lingüística.

La epistemología científica tiende a: 1) adentrarse en las ciencias, 2) busca dilucidar los problemas de fundamento de cada una de ellas y 3) trata de dar solución a los mismos, particularmente en aquellos casos en que se abren o se cierran nuevos campos de investigación (Piaget) o sea, en casos como el de la actual sociolingüística.

Se trata, según Fromont, de una concepción “abierta” de las ciencias, que implica un cambio de actitud científica, ya que muestra la disposición de los estudiosos a revisar permanentemente sus resultados, sus conceptos, los principios establecidos, mientras que, por otra parte, una epistemología derivada trata de establecer cómo es posible cada forma de conocimiento.

La interrelación entre todos los conocimientos se vuelve, así, cada vez más estrecha, como lo muestra el ejemplo que encuentra Piaget:

“en la interpretación nominalista de las matemáticas (en la

que) hay una referencia explícita a la lingüística (en forma positiva) y a la física (en lo negativo)” a lo cual agrega que, “para diferenciar radicalmente el conocimiento analítico de las matemáticas del conocimiento sintético y empírico de la física hay 1) una referencia implícita a la sociología (en lo positivo) puesto que el lenguaje es un hecho social (un sistema de convenciones) y 2) otra referencia a la psicología (en lo negativo, puesto que, desde este punto de vista, el desarrollo del sujeto no tiene que hacer en este dominio”. (235)

Piaget ha intentado una reclasificación de las ciencias (que no se aleja mucho de la comtiana) y en la que —de nuevo— no aparece en forma expresa la lingüística). En ella, distingue cuatro grandes conjuntos:

- 1) las ciencias lógico-matemáticas,
- 2) las ciencias físicas,
- 3) las ciencias biológicas,
- 4) las ciencias sico-sociales.

En cada ciencia se distinguen: 1) un nivel fundamental y 2) uno de aplicación: el fundamental comprende el dominio de la epistemología derivada, en que religa a todas las ciencias entre sí, sobre la base de los datos intercalares (interdisciplinas) mientras la epistemología interna religa el nivel fundamental y el de aplicación, a través de la crítica interna; o sea, sobre la base de recomendaciones metodológicas, limitativas y orientadoras.

6. *Necesidad de complementar la problemática con una sistemática sociolingüística*

Tatiana Slama-Cazacu (641.165-195) reconoce que, en la marcha de una problemática a una sistemática, la experiencia descubre muchos problemas que ni pueden plantearse adecuadamente ni resolverse (en su momento) debido a las fallas de la sistemática misma; pero, también indica que en el movimiento inverso, de la sistemática a la problemática, es útil: 1) establecer —sobre bases deductivas— cuáles son las diversas interdisciplinas que posibilita lógicamente una clasificación

—históricamente dada— de las ciencias, y 2) cuáles son las delimitaciones y los traslapamientos entre las propias disciplinas e interdisciplinas (entre la sico-, la socio-, la etno-lingüística), ya que esta tarea, en apariencia académica —y hasta bizantina— permite lograr una deseable exhaustividad. Esto ayuda a alcanzar un resultado eminentemente práctico en cuanto, así, no hay el riesgo de dejar de considerar algún aspecto de la realidad; en cuanto no se puede dejar de plantear y de resolver un problema, como ocurriría en caso de que quien practicara una disciplina o una interdisciplina diera por supuesto el que ya *otra* lo había considerado, estudiado y resuelto.

En el caso de la sicolingüística (más que en el de la sociolingüística) la preocupación de los psicólogos por los problemas lingüísticos, y de algunos lingüistas por los problemas psicológicos constituye una tradición que, aunque es larga, sólo ha llegado a producir una psicología del lenguaje —que según ella— difiere de la sicolingüística en sentido estricto, en forma paralela a como —quizás— la sociología del lenguaje haya de diferir, a la larga, de la sociolingüística estricta.

Para el “sociolingüista-psicólogo del lenguaje” actual, quizás sea útil examinar el paralelismo que ofrecen la disciplina y la interdisciplina psicológicas, pues 1) mientras la psicología del lenguaje estudiaría los procesos síquicos que posibilitan la comunicación, la sicolingüística estudiaría la realización de esa posibilidad, el resultado de ese proceso; pues 2) mientras la psicología del lenguaje trabaja al modo tradicional, sin operar con hechos propiamente lingüísticos, y sin distinguir entre código y mensaje, la sicolingüística ha de trabajar con esos hechos y basarse en tal distinción.

La posibilidad de las interdisciplinas correspondientes está relativizada y aun determinada histórica e ideológicamente (según puede mostrar la sociología del conocimiento). Así, la sicolingüística es posible para una lingüística tradicional, y casi imposible para un enfoque lingüístico generativo-transformacional; se facilita para una psicología que no olvida los determinantes o las condicionantes sociales de lo síquico humano, y se dificulta para otra que considera a lo síquico humano en un vacío sociológico.

Slama-Cazacu señala que si bien las correlaciones entre los fenómenos lingüísticos y los sociales tienen una larga his-

toria, la investigación interdisciplinaria debe consistir en que se analicen y vuelvan explícitos los aspectos que —en la vida humana— aparecen fusionados bajo la forma de los fenómenos de comunicación.

También señala que la convergencia entre la sico y la socio lingüística deriva de que ambas inciden sobre lo lingüístico; pero no menos, de que lo social y lo síquico se interpenetran, con lo cual se da un tipo de doble soldadura, cuya existencia resulta revalidada por la clasificación que ha hecho de las ciencias Jean Piaget, y en la cual el último grupo se concibe, precisamente, como el de las ciencias sicosociales.

7. Algunos temas destacados de la sociolingüística in fieri

Durante el Décimo Congreso Internacional de Lingüistas, Ellis rindió un homenaje a Weinreich por haber sido él uno de los primeros en estudiar uno de los problemas y una de las situaciones más relevantes del ámbito sociolingüístico: el contacto de lenguas, ante lo cual, M. A. Jazeyery (121.000) indicó que el mismo reconocimiento se le debía de extender a Einar Haugen.

En efecto, Haugen (620.079-. 111) fue uno de los primeros que realizó obra sociolingüística, durante una pesquisa suya sobre el habla de los noruegos en Europa y en América. Junto a la de él, se colocan las obras de Fishman sobre el mantenimiento de otras lenguas (el yiddish, el húngaro...) en Estados Unidos de América. También se exploraron, por entonces, otros problemas de interés sociolingüístico, como a) la expansión en el uso de las lenguas, debido a acontecimientos de carácter histórico, y b) la desaparición de los *patois* bajo el empuje de la lengua oficial.

Actualmente, se aceptan como temas de la disciplina: 1) el escalonamiento social de los rasgos lingüísticos; 2) las prescripciones y prohibiciones que rigen su uso en ciertas circunstancias y frente a ciertos personajes; 3) la hipótesis de que son las ideas de los pueblos las que influyen en su lengua mientras que éstas, a su vez, influyen en la mentalidad y 4) el que los rasgos lingüísticos cambian de valor social al pasar de un medio social restringido a uno social amplio (y, más particularmente, cuando se trasladan del campo a las ciudades).

La sociolingüística, en cuanto sociología del lenguaje, se perfila, así, como una rama sociológica ocupada de la interacción entre la lengua y la sociedad. Como tal, la exploró Hertzler en 1953, en el libro que le consagró, once años antes de que Bright convocara la primera conferencia sobre el tema, y Ferguson reuniera su primer seminario.

Desde entonces, han aparecido series de publicaciones como la de Dil, secciones como la que dedicó Allen a los dialectos sociales; orientaciones como las de Gumperz y Hymes; recopilaciones de teorías, materiales y programas como los de Shuy, aportes —todos— en los que se reconoce que la disciplina debe incluir temas como los de: 1) el contacto de lenguas, 2) el bilingüismo, 3) los dialectos sociales, 4) las actitudes y creencias sobre el lenguaje, 5) la estandarización o normalización, 6) el mantenimiento, el desplazamiento y la política y la planeación lingüísticas. A estos dos últimos temas, en cuanto directamente aplicados, quisiéramos separarlos de los otros y unirlos con los de la pedagogía lingüística para constituir con ellos una “socioprudencia lingüística” que seguiría un paralelo denominativo con las designaciones del sociólogo español José Ignacio Alcorta.

Haugen, al trabajar entre los inmigrantes noruegos en Estados Unidos de América, prefiguró el método propio de la disciplina; este debía ser un análisis lingüístico con observación de sus concomitantes sociales; pero, había que precisar todavía más: *a*) el enfoque, *b*) los conceptos, *c*) las formas de cooperación de sociólogos y lingüistas; *d*) los modos de caracterizar a una sociedad por el uso del idioma; *e*) las formas de describir el tránsito de un dialecto a otro; *f*) la influencia de las actitudes en la planeación lingüística; *g*) el uso de los hallazgos sociolingüísticos.

En cuanto a enfoque, Bright (1103.) ha dicho que la diversidad lingüística, en cuanto covaría sistemáticamente con la estructura social, es el foco del estudio; pero, esto no debe hacer olvidar que a la uniformidad se la puede considerar como un caso de diversidad nula, y que ésta también tiene enorme importancia, pues sin ella, no surgiría una comunidad hablante.

En todo caso, a la uniformidad y a la diversidad contribuyen ciertos procesos sociolingüísticos como: *a*) el aprendizaje y el desaprendizaje lingüísticos, *b*) la deriva lingüística (a la

que ya aludieron los primeros lingüistas), y c) las presiones y las resistencias.

Así, en realidad, la comunicación se logra gracias a la interacción de varios idiolectos que, son diversos, pero que constituyen conjuntos de códigos que poseen rasgos comunes, y —gracias a eso— un código mínimo uniforme (sociolecto) que funciona dentro de una comunidad (comunidad hablante homogénea).

Ese sociolecto es una abstracción; pero, tiene realidad para los hablantes ya que éstos distinguen entre las desviaciones que caen dentro de él (idiosincráticas) y aquellas otras que caen fuera de él (significativas socialmente), las cuales marcan la pertenencia del hablante a un grupo social distinto de aquel al que pertenece quien le escucha.

La sociolingüística tiene que indentificar los sociolectos; estudiar cómo crecen y cómo funcionan; tiene que delimitar dialectos sociales e identificar registros, así como —también— determinar la competencia lingüística que alcanzan los individuos no sólo en términos del dominio que tengan de la fonología y de la gramática, sino —también— del empleo apropiado de registros y dialectos.

Al establecimiento de las categorías que haya que emplear la sociolingüística ha contribuido, como ya dijimos, Fishman, al señalar algunos conceptos fundamentales como el de “situación”, el de “dominio” y el de “competencia”.

Pero, no sólo hay necesidad de enriquecer la batería conceptual o el conjunto de categorías de que dispone la sociolingüística, ya que también es necesario rigorizar, en función de nuevas necesidades, la definición de conceptos y categorías que ya empleaba la lingüística tradicional.

Así, por ejemplo, “dialecto” y “lengua” no significan lo mismo para los lingüistas que para los sociólogos: unos ven en los dialectos unas variantes genéticamente relacionadas e inteligibles entre sí, y en las lenguas variantes distintas (aun cuando puedan estar genéticamente relacionadas, en otro nivel o grado) y mutuamente ininteligibles, mientras que los otros conciben a los dialectos como políticamente dependientes y socialmente limitados.

Como tercera en discordia, la sociolingüística vislumbra otras distinciones, en cuanto hay variantes mutuamente inteligibles (aspecto lingüístico), pero estandarizadas o norma-

lizadas separadamente (aspecto político-social) que son consideradas por muchos como lenguas distintas.

En este sentido, también se debe de llamar la atención hacia esfuerzos como los hechos por Magdalena Vulpe, quien ha tratado de definir con criterio sociolingüístico las diferencias y las relaciones entre lo dialectal, lo popular y lo hablado.

8. *Peculiaridades de la aproximación metodológica sociolingüística*

Desde el ángulo metodológico, las características del enfoque sociolingüístico en cuanto distinto del lingüístico tradicional, aparecen desde el momento en que, mientras al lingüista le suele bastar un informante nativo, viejo, que haya vivido siempre en su comunidad, al sociólogo le parece indispensable entrevistar a más de un informante, para obtener representatividad y diversificación del universo sociolingüístico que estudia; para poder identificar todas las variantes y covariantes de rasgos existentes en la comunidad hablante.

La indispensable cooperación entre lingüistas y sociólogos resulta de la necesidad de medir no sólo los detalles lingüísticos sino, también, los rasgos sociales asociados a ellos. Esto plantea la necesidad de complementar las técnicas de casos con las muestrales, dentro de la pesquisa sociolingüística concreta. Con ello, se viene a repetir la vieja disputa y la menos vieja solución de la misma, de la pesquisa puramente sociológica; en ella solían enfrentarse los abogados de la casuística contra los abogados de la estadística como si esos procedimientos fuesen mutuamente excluyentes; como si no fueran complementarios.

Pero, por otra parte, también destaca la utilidad de definir procedimientos de indagación particularmente adecuados a la investigación sociolingüística como el dinámico-contextual de Slama-Cazacu, quien subraya que en la definición del lenguaje, el hecho esencial es que el lenguaje es un medio de comunicación que relaciona socialmente a uno o varios emisores con uno o varios receptores.

La misma investigadora rumana señala que esta forma de relacionar a los interlocutores puede ser oral o escrita; pero que la oral tiene particular interés: 1) porque se realiza frente a frente, y 2) porque utiliza, al lado de los elementos pura-

mente verbales, otros no verbales que se captan tanto visual como auditivamente, y que repercuten en el mensaje.

Conforme ella indica, la lengua siempre es usada por alguien para comunicarse con otro alguien (el "quien con quien" de Fishman) y que, como tanto el primero como el segundo están —mientras dura la comunicación— en unos estados de ánimo determinados, el fenómeno de la comunicación lingüística es susceptible de tratamiento psicológico, psicolingüístico, pero, no menos, *sociolingüístico*.

En efecto, dentro de la comunicación operan los sistemas lingüísticos *individuales* de los interlocutores; pero, esos sólo pueden operar gracias a que, previamente, ha obrado sobre los individuos un proceso social: el proceso selectivo del aprendizaje. Gracias a él, el individuo se ha apropiado de una lengua particular: aquella que comparte con su interlocutor.

Para estudiar estas situaciones de comunicación, hay que trabajar con el método científico general; pero también, hay que emplear, en particular, lo que Slama-Cazacu llama el procedimiento dinámico contextual. En éste se considera al contexto como un ambiente general y como un conjunto discursivo secuencial en el que están integrados los interlocutores.

Tanto la sico como la sociolingüística tienen que estudiar las características de los mensajes; pero no los pueden estudiar tomándolos en aislamiento, ya que tienen que colocarlos dentro de la situación real de la comunicación, pues los mismos se modifican 1) debido a las relaciones entre los emisores y los receptores y 2) a causa del contexto social general en que éstas se inscriben. Por ello, un estudio psicolingüístico es, implícitamente, un estudio sicosocial. Slama-Cazacu afirma que hay poco espacio para la psicolingüística ya que es raro que el lenguaje sea un monólogo y que aun cuando llega a serlo excepcionalmente siguen existiendo en él muchos componentes de carácter social.

El procedimiento dinámico-contextual tiene las dos coordenadas implícitas en su denominación: la dinámica y la contextual. De ellas, la primera impone: 1) el que los hechos lingüísticos se anoten; 2) que se registren su desarrollo y sus secuencias, y 3) que se caractericen su ambiente y sus cambios; la segunda rechaza el registro de hechos lingüísticos en un contexto indiferente.

Lingüísticamente, impone la obtención de más diálogo vivo del que se venía obteniendo en las investigaciones lingüísticas tradicionales, pues sólo por este medio se pueden registrar incluso las dudas, la construcción gradual de las frases, las interrupciones de unos por otros participantes. Sociológicamente, impone una observación genética que estudie: a) la evolución lingüística de acuerdo con las edades; b) el progreso en el aprendizaje de una lengua extranjera, y c) las correlaciones de éstos con los cambios sociales.

La coordinada contextual rechaza cualquier intento de registrar los hechos lingüísticos en un contexto indiferente, e impone que se les registre en el curso de una actividad. En esto, hay una convergencia —clara— con los antropólogos interesados en la lingüística y con los lingüistas de extracción antropológica (como Geneviève Calame-Griaule) ya que ellos tampoco pueden admitir ni que unos hechos lingüísticos se recojan como si se produjeran en un profundo vacío social ni que los hechos etnográficos se anoten como si procedieran en un profundo silencio. Ese contexto, además, puede ser macro o microscópico; explícito o implícito.

En cuanto secuencia, el contexto, puede ser, para Slama-Cazacu la sucesión de los sintagmas en los que se integre cada uno de los elementos de la prolocución y su asociación con correlativos no verbales que forman el contexto explícito; pero, puede ser —también— el constituido por los sistemas lingüísticos individuales de los emisores, con sus paradigmas, y la materialización de éstos en secuencias sintagmáticas.

La investigadora rumana señala la importancia sociolingüística de la elección de contextos; dice que éstos deben constituir un ambiente social natural en cuanto, para la recolección de los materiales sociolingüísticos, se deben de elegir: la morada, el sitio de trabajo del hablante, y una relación social habitual (con parientes, con compañeros de trabajo y de diversión), si se quiere comparar después con el lenguaje empleado en otras situaciones sociales que no son habituales (que son excepcionales); si no se quiere caer en la indiferenciación del ambiente de una entrevista artificiosa con los informantes.

9. *El descubrimiento etnográfico de las mundivisiones*

Los antropólogos han descubierto cosas parecidas. Así, Ge-

neviève Calame-Griaule indica que la etnolingüística tiene convergencias indudables con la sociolingüística, en cuanto el estudio del léxico permite descubrir la forma en que una cultura aprehende la realidad; ya que 1º) unas partes del mismo se desarrollan más que otras, en función del ambiente físico, la actividad económica y la organización social; ya que 2º) cada cultura inventaría así la realidad, para organizarla después mediante clasificaciones cuyas categorías se establecen sobre la base de asociaciones simbólicas compartidas por toda la comunidad. Estas se fundan en las hipótesis de que: 1) el universo está ordenado, y 2) que es el hombre quien debe interpretar ese orden.

En algunas de las sociedades estudiadas por los antropólogos, el mundo es concebido como un todo de partes interdependientes, que se reflejan mutuamente, a base de correspondencias simbólicas, las cuales se manifiestan lingüísticamente en las denominaciones.

La etnolingüística, en lo que se refiere a los sistemas de clasificación, tuvo entre sus primeros cultivadores a Durkheim y a Mauss (desde 1901). Calame-Griaule ha estudiado, más recientemente, los sistemas clasificatorios de los dogon, quienes —por ejemplo— reconocen en el universo veinticuatro categorías básicas que ellos han calcado de las divisiones del cuerpo humano, para después proyectarlas sobre las otras realidades técnicas, sociales y culturales. Las correspondencias entre esas categorías en los diversos ámbitos de la realidad las puede captar el investigador etnolingüista; pero, no puede explicarlas si no recurre a la ayuda de quienes las usan, ya que la lógica de las mismas no se confunde con la lógica occidental ordinaria o, al menos, con la lógica académica.

La etnolingüística muestra, también, cómo penetra lo social en las mismas realidades naturales, pues a éstas se las evalúa según sean o no enigmáticas; según sean o no buenas, y se establecen —también— series de asociaciones: 1) de las buenas con la fecundidad, con la mujer y con la música; 2) de las malas, con la cólera, con el hombre y con la forja; 3) de las enigmáticas, con la creación oral, con la complementariedad sexual y con la complementación de las labores de hilar y de tejer.

La etnolingüística de los dogon revela —también— que el hombre es la medida de todas las cosas; la referencia privi-

legiada de toda mundivisión; que la clasificación de los seres en familias (reconoscibles a través de un sintagma común en sus nombres) es cortada por otra división que se refiere a lo humano.

Las asociaciones que se pueden develar son explicables, a veces, por un miembro de la cultura que las establece; pero, en otras ocasiones quedan sin explicar, incluso por éste, ya que el desarrollo histórico-social y el lingüístico-cultural hacen que los mismos hablantes de la lengua, miembros de la sociedad y sostenedores de la cultura, o bien 1) olviden las motivaciones, los usos, los ritos o los símbolos que rigieron la distribución, o bien 2) los sustituyan por otros, de acuerdo con una dinámica que es —simultáneamente— social y lingüística.

Que la etnolingüística tiene que ver predominante, pero no únicamente, con las concepciones del mundo que tienen los llamados grupos “primitivos” es algo que revela Calame-Griaule cuando señala que no sólo hay “lenguas de clases” manifiestas, en las que los nombres se reparten en categorías y se identifican como miembros de una de ellas por una marca formal, y “lenguas de clases encubiertas” (como las mencionadas por Whorf), en las que la pertenencia a una clase se identifica gracias a ciertas reglas de concordancia, sino que también hay lenguas que no son de clase y que, momentáneamente, actúan como si lo fueran (cuando sus hablantes hacen “juegos de palabras” que son reagrupamientos léxicos en clases que se fundan en parecidos formales y equivalencias simbólicas de significado).

El corte del campo semántico es un tema que —como lo muestran varios ejemplos— rebasa ampliamente el solo interés en los llamados “pueblos primitivos”. Las diversas denominaciones (o identificación) de los colores por diversas culturas —a las que se refiere también Ure— es el ejemplo más frecuente; las concepciones del tiempo son el campo señalado por Calame-Griaule.

Las concepciones temporales abarcan: el tiempo objetivo, el tiempo subjetivo y el tiempo mítico, y su estudio léxico, las denominaciones de calendarios, horarios, etcétera. La apreciación del tiempo y de la temporalidad en las fábulas corresponden a otros tantos capítulos de la etnolingüística.

Lo sociolingüístico se revela claramente —por ejemplo— en el hecho de que, entre los dogon, la duración de las semanas es variable, pero sigue de cerca la duración de los intercambios comerciales, y que es frecuente que los días reciban el nombre de la aldea en la que se realiza mercado.

La división de la jornada también se hace mediante una referencia doble: a fenómenos cósmicos y a procesos humanos. Cósmicos, para fijar los límites precedentes y subsiguientes a la salida y a la puesta del sol; humanos, para establecer las divisiones internas a base de las actividades colectivas que jalonan la tarde. La mención de éstas sirve para combatir la angustia de la soledad y, a través de la palabra, con la forma de los saludos, para asegurar el paso difícil “al otro lado de la noche”.

Calame-Griaule considera que, entre las necesidades actuales de la etnolingüística están: 1) la de constituir *un corpus* que describa a) los hechos verbales y paraverbales, y b) las representaciones del lenguaje en muchas sociedades; 2) la de transcribir, traducir y analizar rigurosamente este *corpus*, y 3) la de *verter* los resultados en *retículas* de encuesta en las que se intersecten las manifestaciones culturales y las lingüísticas, para revelar su correlación. Con esto viene a coincidir, por otro lado, con las necesidades descubiertas y con los procedimientos prescritos por Ure y Ellis en su estudio de los registros (645.000).

Aunque la etnolingüística no es ni etnología ni lingüística, está en la confluencia de ambas y, al vincularlas (como al vincularse con la sociolingüística y con la sicolingüística) asegura el estudio total de la sociedad, en cuanto la lengua y los otros sistemas simbólicos apuntan —como decía Granet— a un cierto orden de civilización.

Hay una serie de realidades que, en determinados momentos, hace pensar en la existencia de diferencias esenciales entre el llamado “pensamiento primitivo” (Lévy-Bruhl) y el pensamiento civilizado; entre la manera de pensar de “nuestros contemporáneos primitivos” (Murdock) y nosotros y, en determinado punto, el mismo estudio de Calame-Griaule permite que se insinúe esta idea. Pero, 1) la colonización de otros continentes por los europeos, 2) su descolonización ulterior y 3) el hecho afortunado de que algunos estudiosos que habían estudiado lingüística en las metrópolis (y así se

habían habilitado para captar ciertas realidades) buscaran adaptar a ellas sus instrumentos de estudio, han permitido establecer la transición y la vinculación entre ciertas observaciones antropolingüísticas o etnolingüísticas y otras más estrictamente sociolingüísticas. A este orden de estudios corresponden: *a*) los que revelan la existencia —así sea esporádica— de ciertas “clases lingüísticas” (como las que se encuentran en algunas de las lenguas consideradas exóticas) *en las mismas lenguas indoeuropeas* (esas “clases” se hacen y se deshacen casi simultáneamente cuando en esas lenguas, que no son de clases lingüísticas, se realizan juegos de palabras); *b*) los estudios que han emprendido quienes tratan de encontrar una forma de explicación a los géneros gramaticales en francés o en alemán, y *c*) estudios como los de Ure y Ellis, quienes no sólo se refieren al problema sociolingüístico del registro, en general, sino que también lo exploran en ambientes bilingües, en particular.

10. *La frontera evanescente entre la etno y la sociolingüística*

Bernard Pottier pertenece al grupo de quienes consideran que la distinción entre “etnolingüística” y “sociolingüística” no es de primera importancia. Nosotros creemos que tampoco lo es la que —con todo— subsiste entre la sociología y la antropología. En Pottier, esa toma de posición arranca de su preparación como romanista, pues él es capaz de mostrar —por esta vía— que esos estudios encuentran campo de aplicación no sólo entre las “lenguas exóticas” o de las llamadas “civilizaciones diferentes” sino también entre las que pueden reivindicar como de su prosapia la lengua y la cultura del antiguo Lacio. Él mismo dice, con frecuencia, que “no hay que recurrir a lenguas exóticas” para la ejemplificación pues, en francés, en español... (en fin, en las lenguas que tenemos como más próximas) se dan fenómenos semejantes.

Él indica que la etnolingüística (o, para el caso, la sociolingüística) estudia el mensaje lingüístico en conexión con el conjunto de circunstancias de la comunicación, mientras que la lingüística se ocupa sólo o principalmente de la lengua en cuanto código, olvidándose: 1) de sus productos (los discursos o los textos, que sí preocupan a la filología), 2) de sus vínculos con la sociedad y la cultura, y 3) de los elementos

paralingüísticos que los acompañan. De algunos de estos últimos —sin embargo— se han ocupado algunos lingüistas italianos, algunos británicos así como algunos de los nuevos miembros de la Escuela de Praga y, de los otros, se han hecho estudios como los de Kjolseth sobre las “conversaciones por medio de gestos”.

Los principales problemas de la interdisciplina se refieren, según Pottier (536.003-011): 1) a la lengua y la mundivisión (el término, de Don Ángel María Garibay, *a*) traduce bien *Weltanschauung*, *b*) es más compacto que “visión del mundo” y *c*) permite la alternancia con una “cosmoteoría” de mayor rango); 2) hacen referencia a las reflexiones sobre el lenguaje y las lenguas (que tocan en un punto lo que los estadounidenses llaman folk-lingüística, pero rebasándola en mucho), y 3) también aluden a las relaciones latas entre el lenguaje y la comunicación.

En el primer sentido, Pottier considera los problemas de taxonomía léxica y gramatical y las teorías lingüísticas. Los primeros cubren un continuo que tiene por polos el lexema y el gramema. De este modo (como asentamos en *Sociolingüística, una Introducción a su Estudio*), no se puede decir la misma cosa en dos lenguas *con igual economía*; pero, sí es posible expresarla en ambas, *con medios económicos distintos*. No es —explica— que no haya palabra en una para verter un concepto que la otra expresa con un vocablo; lo que ocurre es que lo que en una se expresa con una lexis simple, en la otra se hace con una compleja, y en otra más, con una perífrasis (en un tránsito del léxico a la lexicalización y de ésta a la sintaxis).

Problema conjunto de lengua y cultura —sociolingüístico, por tanto— es el que hace que si bien es cierto que tanto el esquimal como el francés que visita las “estaciones de invierno” de los Alpes reconocen distintos tipos de nieve, mientras uno las designa con *palabras* distintas, el otro se refiere a ellas con diversos complejos léxicos. Quizás se deba esto —pensamos— a que, mientras en un caso la distinción es importante para toda la cultura-sociedad (esquimal), en el otro sólo lo es para quienes —temporal o permanentemente— participan de una sub-cultura (la de los interesados por los deportes de invierno).

Un aspecto parecido surge respecto de los “campos semán-

uticos". Según él, éstos deben estudiarse en relación con microcampos de experiencia (ejemplificados por "la cultura del café", los "accidentes carreteros", el "discurso marxista"). Pottier se refiere a Swadesh y a sus super-zonas semánticas ("hombre", "espacio", "movimiento", "punto", "presión", "cantidad") que tienen que evocarle al filósofo unas "categorías" (kantianas o no), y precave en contra del peligro de crear familias de palabras "dichas por no importa quién, no importa cuándo". Los campos, por otro lado, se intersectan de tal manera que "escorpión" se conecta, por un lado con "aries", "tauro", etcétera (los signos del zodiaco) y, por otro, con "arañas", "ciempiés", etcétera (diversos animales).

Respecto de las taxonomías, indica que cada lengua tiene su propia forma de distinguir las clases, pero que —por ejemplo— no hay que recurrir al seri para mostrar que la muerte de un hombre es en esa lengua distinta de la de un animal, pues el francés también distingue entre *mourir* y *décéder*. Aquí, también, son importantes los microcampos, ya que mientras en el de la cortesía hay tres distinciones (señoras, señoritas, señores) en el deportivo hay sólo dos (varones y mujeres) y en el discurso académico ninguna (ilustres colegas).

Metodológicamente, indica que conviene establecer cuadrículas conceptuales para poder comparar las formas en que las diferentes lenguas dividen la realidad, y elabora un modelo en el que ubica los sustitutos: 1) por sus grados de integración (según se refieran a personas, cosas, lugares, tiempos y circunstancias) —por un lado— y, 2) según interroguen, determinen o marquen la extensión *a*) máxima, *b*) singular, *c*) indefinida o *d*) nula —por el otro. Ello recuerda que —sin confundirse con ellas— la lógica es la piedra de toque de las lenguas naturales al tiempo que las lenguas naturales (por inducción de los universales lingüísticos, caros a Greenberg), pueden suministrar materiales para el enriquecimiento de la lógica.

Ciertos aspectos como la inclusividad y exclusividad de los pronombres (que conocemos en las lenguas otomianas con su "nosotros y tú también" frente a "nosotros pero tú no") también existen en las llamadas "lenguas cultas". Pottier registra para el francés un *nous-tous*, un *nous-autres*, un *nous-seuls*, un *nous-mêmes* que marcan una escala aún más rica

de grados de inclusividad. También menciona el sistema temporal (que, por su *Presentation de la linguistique-Linguística Moderna y Filología hispánica*), sabemos ha trabajado mucho y con fruto), y a modo de ejemplo, indica cómo *je travaille* corresponde, en ciertas situaciones, a “yo trabajo”; en otras, a “estoy trabajando”, mientras “estoy trabajando” a veces corresponde a *je travaille* y en otras a *je suis en train de travailler*.

El uso de una expresión distinta por hombres y mujeres tampoco es —según él— peculiar de los “primitivos” puesto que en castellano se distingue entre nosotrOS y nosotrAS, y en portugués entre obrigadO y obrigadA.

Las dificultades para expresar un concepto en una lengua y no en otra son salvables, como lo ejemplifica el hecho de que la distinción española entre “ser” y “estar”, sea difícil, pero pueda hacerse siempre en francés, en cuanto a *tu es riche* puede oponerse, como versión de “estás rico”, el *te voila riche*.

Los conceptos muy frecuentes —señala Pottier— tienden a la lexicalización, pero, no siempre la logran; así, aunque “*neuf fois sur dix*” sea muy usado, no ha logrado el sintetismo de “*toujours*”.

Desde un punto de vista técnico, esto muestra la limitación de las “listas de palabras” que usa el lingüista en el campo, para obtener sus vocabularios, pues no basta pedir el equivalente de “mano”, en cuanto hay culturas que distinguen: la derecha de la izquierda; la del hombre de la de la mujer; que diferencian la “quema” ordinaria de aquella “quema” que es ofrenda religiosa; que distinguen el “día” astronómico del período iluminado por el sol.

Respecto de las reflexiones sobre el lenguaje y las lenguas, Pottier registra algunos de los temas posibles de lo que, en sentido más estricto, sería una etnología del lenguaje más que una etnolingüística, pues trata de 1) las grandes concepciones que la cultura tiene sobre su origen (divino o humano); 2) de la sucesión de los lenguajes (animales y humano) 3) de la diferenciación de las lenguas, etcétera. Se trata —además— de etnología del lenguaje y no de folk-lingüística, en cuanto las explicaciones no son fragmentarias sino sistemáticas; no reducidas sino amplias; en cuanto versan sobre concepciones cosmogónicas más que explican (como lo haría la

folk-lingüística, bautizada por Bright) al modo del usuario y no al del técnico, las modalidades gramaticales o las etimológicas.

El usuario de una lengua trata de motivar cada uno de sus modos de hablar (y transforma "canapé" en "camapé" para asimilarlo a "cama") de acuerdo con procesos que hay que tipificar. Entre los tipos posibles se encontrarían, así: 1) la transposición de ciertos rasgos sémicos ("una escala de durezas" acientífica y no la de los químicos) de uno a otro eje de referencia ("ser de hielo, de piedra, de hierro"); 2) la asimilación de la fisiología de un aparato a la de otro (el acto sexual asimilado al alimenticio); 3) la de actividades culturales diferentes ("hablar" y "tejer" entre los dogon estudiados por Geneviève Calame-Griaule, y entre los hablantes de lenguas como el francés y el español que hablan de "tejido de mentiras", "hilo del discurso", etcétera.

Para la psicología social profunda o para la sicodinamia de la cultura de muchos pueblos, la realidad se revela, así, como un sistema de correspondencias intuitivas; como una combinación de estructuras isomorfas; como un juego de espejos; como una expresión, en diversos planos y bajo ángulos diferentes, de una oculta realidad única (cf. Michel Foucault, *Las Palabras y las Cosas*).

Que todos y cada uno de los signos (incluso aquellos que son tan objetivos como los números) arrastran connotaciones propias del sistema sociocultural en el que funcionan se demuestra por el hecho de que el "13" se excluye de los cuartos de hotel en Francia y el "24" de los de Brasil por ser el uno de mala suerte y ser el otro representativo del *viado* (en términos comparativos, cabría señalar que en México no se muestra parecida repugnancia por su correlativo "41").

Pero, Pottier señala una limitación que los mismos psicólogos sociales no han visto cuando, deseosos de evitar el lastre lingüístico, sustituyeron los *test* que gravitaban sobre el uso de palabras por otros que dependían del empleo de dibujos, pues hay veces en que el informador no identifica la representación con la realidad y "en sus perífrasis revela el desnivel que establece entre la realidad y la representación gráfica".

En un mundo en que la comunicación se diversifica por un extremo (mientras se unifica por otro, conforme a la cons-

tante polarización social) hay que reconocer no sólo la pluralidad de lenguas sino la diversificación del habla dentro de cada una de ellas, la cual se manifiesta en los grados de informalidad del discurso (en los niveles de registro que estudian Jean Ure y Jeffrey Ellis, de Ghana).

Pottier indica que hay que estudiar también cómo se reparten, en cada sociedad, la palabra y el silencio, y dentro de la palabra cómo se distribuyen los temas de los diversos discursos grupales. Quizás haya que precisar diciendo que se debe cuantificar incluso cuánto tiempo ocupa cada tipo de discurso en una sociedad dada; qué proporción del discurso social total corresponde a un grupo y cuál a otro; que hay que determinar si existen grupos sociales verborreicos frente a otros silentes, etcétera. En un trabajo suyo, Franz Adler, al referirse a la sociología del arte, mencionaba en la *Revista Mexicana de Sociología* la importancia que tiene determinar el tipo de discurso y el tono predominante en el habla de cada sociedad (la plegaria, el discurso académico, la arenga política...). Pero, también deben distinguirse socioculturalmente las modalidades del silencio pues, como mínimo, existen el silencio elocuente de los místicos y el silencio impotente del inculto; extremos entre los cuales pueden colocarse todos los matices de una gama que se empeña en establecer la argentina Hilda Basulto.

También hay que estudiar —dice Pottier— ciertos recursos que los lingüistas olvidan: la fuerza de la voz, su timbre (recursos de los que usan y abusan radio y televisión) a los que habría que agregar esos sonidos que 1) no entran en el sistema de una lengua, 2) que forman parte del de otra (como los clicks utilizados en varias lenguas africanas en calidad de fonemas y que en el habla de los hispanohablantes aparecen sólo a veces, como sonidos correspondientes a la periferia del sistema lingüístico). Éstos no tienen forma de representarse dentro de la escritura convencional de las lenguas en que son periféricos, a pesar de ser verdaderos "*portemanteau*" y de que su estudio apunta: 1) por un lado, hacia la fonética; pero, que 2) por el otro, es susceptible de elevado tratamiento sociolingüístico.

La postura de Pottier es decididamente favorable al reconocimiento de la unidad del espíritu humano a través de los vínculos ineludibles entre sociología y etnología (subsumi-

das en una antropología de nuevo cuño); entre lingüística “indígena” (del continente que sea) y lingüística y aún filología “románica” (o de la familia lingüística de que se trate) y —obviamente— entre “sociolingüística” y “antropología lingüística”.

En términos tácticos, académicos, esto equivale a reconocer que el terreno desbrozado por estas jóvenes interdisciplinas no es aún muy extenso y que, por lo mismo, no es hora de establecer diferenciaciones muy finas sino de tratar de abarcar primero —en lo que tienen de común— todos aquellos fenómenos en los que están implicados simultáneamente la lengua y el habla, la cultura y la sociedad, para —en otra ocasión— subclasificar, detallar, profundizar, en cada división menor de esta interdisciplina tan apasionante.

11. *La modelación lingüística de las situaciones sociales y la toma social de conciencia mediante el lenguaje*

Por su parte, Ure y Ellis señalan la forma en que cada situación social modela el lenguaje que en ella se usa; pero también la forma en que, dinámicamente, a su vez, esa modelación del lenguaje hace que quienes participan en la situación tomen conciencia de ella y que, a su través, la sociedad controle tanto la situación como a sus participantes.

En cada sociedad y en cada comunidad hablante existe un cierto conjunto de registros; de ellos, cada societario conoce y domina sólo un subconjunto. El subconjunto de registros dominados por un societario constituye su idiolecto; el conjunto de los disponibles en una sociedad forman un sociolecto.

La experiencia histórico-social se refleja en el sociolecto; la experiencia individual, la posición y los papeles sociales de cada hablante, en su idiolecto. Los cambios tecnológicos, de organización y cultura tienden a adoptar un estilo propio —un registro— y, por ello, los registros se cuentan entre los elementos idiomáticos más sensibles al cambio.

El registro es un fenómeno que se produce tanto en las comunidades monolingües como en las multilingües. En una misma comunidad hablante, dos registros pueden, así, o proceder de una misma lengua o provenir de dos distintas.

Para estudiar los registros, se necesita recoger, examinar, analizar y comparar un gran número de “acontecimientos del

habla", para descubrir los rasgos lingüísticos que comparten. Para analizar los acontecimientos del habla hay que emplear cuatro criterios de variación: 1) las condiciones materiales de la situación; 2) las relaciones personales que ligan a los emisores y a los receptores del mensaje (y no sólo sus estados de ánimo, que interesan más a la sicolingüística); 3) la materia del mensaje, y 4) la función social que éste cumple.

La materia y la función social del mensaje requieren de ulteriores distinciones. Así, la materia puede ser: especializada o no. En cuanto a su función social, hay que distinguir, principalmente, entre el lenguaje simpráxico (que se relaciona simultáneamente con la acción) y el lenguaje independiente de la acción (en la que él mismo cumple una función narrativa, consultiva o didáctica).

Entre la modelación lingüística y la situación puede existir o no una correlación (la "covariación-cero" de Haugen); pero, sólo cuando hay covariación se puede decir que hay un registro lingüístico. En el extremo opuesto al de la covariación-nula, cabe considerar como situación teórica la de una covariación unitaria para un tipo ideal de lengua en la que hubiera un registro para cada situación social. A las dimensiones sociales, *a*) de medio, *b*) de forma de relación interhumana, *c*) de materia y *d*) de función social corresponden las dimensiones lingüísticas de A) modo, B) formalidad, C) campo y D) papel.

Las combinaciones posibles, en el nivel situacional, son muchas; pero, ni todas y cada una de esas situaciones (cuyo número podría determinarse mediante cálculos *combinatorios*) tiene su registro propio, ni las que lo tienen en una lengua lo tienen necesariamente en todas las restantes. Y son precisamente estas diferencias las que sirven para caracterizar cada sociedad-comunidad hablante.

El hecho lingüístico de que en una (o en varias lenguas) correspondan a dos situaciones sociales *dos* registros dentro de una de esas dos sociedades, mientras en la otra les corresponde (a esas mismas dos situaciones sociales) *un* solo registro, representa que la primera *define* esas situaciones como distintas, y que la segunda las *define* como iguales.

Hay que reconocer, por otra parte, que ciertas situaciones existen en unas sociedades y no existen en otras, y que esto repercute sociolingüísticamente en la existencia o inexistencia de registros.

Todo lo anterior tiene importantes consecuencias para la teoría de la traducción y para la teoría de las relaciones intergrupales que, entre otras cosas —como dijimos alguna vez— tendría que estudiar comparativamente: 1) los derechos internacionales privados de los diferentes Estados, 2) las situaciones que son cómicas para unas y no lo son para otras sociedades y 3) los problemas sociolingüísticos de la traducción y la interpretación.

En términos más concretos, Ure y Ellis señalan: 1) que en ciertas sociedades y para ciertas lenguas hay *materias* que se ligan casi *indisolublemente* a ciertos dominios sociales particulares; 2) que ciertas condiciones varían de una comunidad a otra (como la que usa frente a la que no emplea la escritura, o el telégrafo); 3) que hay algunas en que la prolación (que se manifiesta en el uso de los honoríficos) se otorga *a*) de acuerdo con la edad, en unos casos; *b*) con la propiedad, en otros; así como 4) que la materia varía según la industrialización, la educación del grupo y así sucesivamente.

O sea, que no sólo se trata de encontrar correlaciones entre hechos sociales más o menos independientes entre sí y hechos lingüísticos también más o menos independientes unos de otros, sino que hay que reconocer que la tarea sociolingüística es más compleja pues, en cada sociedad, los diferentes sectores, grupos, procesos sociales están más o menos correlacionados y, dentro de cada lengua, hay una correlación y unas relaciones dinámicas más o menos estrechas entre sus elementos lingüísticos.

Esto evoca unas imágenes que son claras para el estadístico social. Es cierto que se puede intentar correlacionar elementos sociales aislados y elementos lingüísticos aislados (buscar la correlación entre la pertenencia a un estrato económico y el uso de un *alófono*, por ejemplo); pero, los resultados de estas correlaciones simples, resultarán poco satisfactorias. Se pueden intentar, también, correlaciones múltiples en las que un conjunto de elementos sociales (ingreso, instrucción, afiliación política, etcétera) expliquen el uso de un *alomorfo* o de una variante léxica: pero, tampoco éstas serán muy ilustrati-

vas. Según la imagen que esto evoca, hay que intentar correlaciones parciales, mediante las cuales, pueda determinarse: *a*) cuál es la participación específica que cada factor social tiene en la producción de un determinado fenómeno lingüístico, y *b*) cuál la que corresponde a los otros.

Dados los criterios de acuerdo con los cuales hay que analizar los registros, un rasgo modelado por un registro se determina: 1) por su presencia o ausencia; 2) por la frecuencia de su aparición; 3) por su simultaneidad o falta de simultaneidad de aparición con otros rasgos, y 4) por la frecuencia con la que se da esa aparición simultánea. El estadístico social —de nuevo— puede reconocer, en el trasfondo, concepciones que son propias de su disciplina: *a*) estadística de cualidades; *b*) descripción estadística de series sencillas; *c*) correlación entre dos o más series.

Para este tipo de estudios, Ure y Ellis recomiendan —un poco como Calame-Griaule para lo suyo— la constitución de un *corpus* de textos que hay que analizar y distribuir en las casillas de una retícula (originalmente cuadrimensional, prácticamente bidimensional).

Desde el ángulo lingüístico, ese análisis debe de gravitar sobre criterios distintos de los anteriores; adicionales a éstos: necesita reconocerse que los rasgos de registro pueden resultar de elecciones léxicas y de elecciones gramaticales: manifestarse —por ejemplo— en la terminología o en el tipo de cláusula (coordinada o subordinada) etcétera.

El registro es, según puede verse, una importante manifestación lingüística que revela situaciones etnológicas, sociológicas, psicológicas como las que ha puesto de manifiesto Fishman con las categorías de “situación” y “dominio” que sin ello, resultarían menos fáciles de aprender y de precisar.

Poco antes hemos hecho un intento para determinar cuál es el sitio que corresponde a la sociolingüística entre las disciplinas científicas y las prácticas políticas, y tratamos de precisar algunas de las relaciones existentes entre ella y otras disciplinas comarcanas, en su mayoría nacientes, como ella misma, indicamos, entonces, que quizás siga siendo temprano para hacer grandes precisiones y para introducir —también— distinciones muy finas en un terreno académico que apenas empezamos a desbrozar.

La imagen, que en esto se nos ofrece es la de un continuo,

indiferenciado aún, de temas y problemas, que se extiende de lo sociológico en sentido más estrecho a lo lingüístico en sentido más estricto (éste, el de la reducción saussuriana). Sería ese continuo el que habría que diferenciar cuidadosamente; el que en forma desmañada estamos diferenciando quienes —antes de perfilar bien nuestra disciplina respectiva— nos sentimos ya sociolingüistas o sicolingüistas, etnolingüistas, antropolingüistas o sociólogos del lenguaje.

En nuestro anterior intento dijimos: por una parte, que —más que como ocurrió en un momento con la sociología (a la que algunos unen con el psicoanálisis en la categoría de las “falsas ciencias”)— la sociolingüística seguiría siendo —por mucho tiempo— lo que hicieran los sociolingüistas; por otra parte, afirmamos ahí —y no eludimos la parcial contradicción que esto implica— que, conforme al decir de Giacomo Devoto, todavía no es tiempo de pensar en delimitaciones académicas que vitrifiquen sino en inquietudes humanas que vivifiquen la investigación en este terreno.

También asentamos entonces que, desde ese punto de vista, más que hablar de *la* sociolingüística, deberá hablarse de un amplio conjunto de disciplinas sociolingüísticas que cubrirán la gama descrita por Ellis en el Décimo Congreso Internacional de Lingüistas, y aún otras como la etnolingüística y la sicolingüística. Esta última, en su porción mayor —y como lo ha mostrado Tatiana Slama-Cazacu— no puede dejar inadvertida la componente social del acto de hablar, aunque debe señalarse que los sicolingüistas frecuentemente caen en la trampa de reducir esa componente a la mera interacción entre emisor y receptor, olvidando que lo sociológico *no* es mero intersiquismo; que —como indicó Durkheim—, lo sociológico tiene unas características propias que concretan, principalmente, en la “coerción social”.

Muy brevemente, diríamos que, de momento, no hay sociolingüistas; que hay sociólogos, antropólogos, sicólogos, lingüistas... que se interesan en una gama muy amplia de temas y problemas que se extienden entre la sociología y la lingüística, y cuyos estudios permiten vislumbrar la construcción de un cuerpo de disciplinas a las que se las puede calificar de sociolingüísticas; pero, dentro del cual aún no es posible establecer los criterios de subconjunción de los temas

que han de tratar las disciplinas sociolingüística, etnolingüística, sicolingüística, en sentido estrecho, así como las líneas de delimitación entre ellas.

Pero, los problemas académicos que suscita la mera mención "sociolingüística" no se agotan con lo dicho.

12. *Los enfoques convergente-divergentes de Hymes y Fishman en sociolingüística*

En el enfrentamiento de las doctrinas sobre la sociolingüística es fácil descubrir dos figuras señeras que aparentemente sustentan opiniones diametralmente opuestas: Dell Hymes y Joshua Fishman. La opinión de Hymes parecería querer decir que, en última instancia, la sociolingüística acabará por ser una lingüística enriquecida, o que la lingüística acabará por expandirse hasta reconocer la importancia de la componente social del lenguaje que, hasta ahora, había desestimado o minusvalorado. Pero, ésta es sólo una apariencia, porque Hymes habla de una lingüística que no se mueve en un vacío disciplinario sino que, precisamente, forma parte de una antropología —inicialmente científica, a la larga filosófica— ambiciosa en sus concepciones, y que busca reintegrar en un todo unitario lo que los diferentes especialismos habían desintegrado... Por este rumbo, los esfuerzos de Hymes convergen con los de Fishman así éste marque un énfasis mayor de las aportaciones sociológicas del estudio del lenguaje.

En último término —nos parece— una lingüística totalmente autónoma, desvinculada de las otras ciencias es o impensable o inútil, y la reducción saussuriana no fue sino un venturoso esfuerzo heurístico para analizar lo que era difícil de captar en la síntesis casi enextricable de lo humano viviente.

Es verdad que *se puede* estudiar a las lenguas como códigos, próximos del simbolismo matemático; pero, también es cierto que *no conviene* estudiarlos sólo como tales códigos. Desde el lado de los estudiosos del marxismo y de su práctica en los Estados socialistas, llega una concepción que apoya estas otras de un mundo no-marxista pero sí empeñado en reunificar la ciencia y recapturar la integridad del hombre, en cuanto varios estudiosos soviéticos han mostrado que, por el camino de la teorización sociolingüística y de sus aplica-

ciones (nosotros la llamamos “socioprudencia lingüística”, tomando el término “socioprudencia” del español José Ignacio Alcorta), la lingüística tradicional está siendo rescatada de su posición segundona dentro de la jerarquía sociopolítica de las ciencias, y se está convirtiendo en una disciplina central en el panorama de las ciencias de lo humano.

En efecto, si la relación y el intercambio productivo entre el hombre y la naturaleza cristalizan en la concepción del *Homo faber*, la interrelación y el intercambio productivo entre los hombres es impensable sin la aceptación de la especie en su calidad de *Homo loquens*.

De otra parte, esto viene a converger con otra idea en la que venimos insistiendo hace tiempo: la de que la filología, renovada, debe de acabar por ser para las ciencias de lo humano lo que la matemática es para las ciencias de la naturaleza.

Pero, aun dentro de estas concepciones laxas del “área de investigaciones sociolingüísticas” (Hymes) o del “conjunto de las disciplinas sociolingüísticas” (como se nos ha ocurrido decir a nosotros), el énfasis sociológico de Fishman no está fuera de lugar, ya que, al fin y al cabo, si el hombre (*Anthropos*) es hombre, lo es gracias a que tiene socios y es un societario (*socius*); gracias a que vive en sociedad.

Al descender del conjunto de las “disciplinas sociolingüísticas” al conjunto de los enfoques propiamente sociológicos del lenguaje, se debe —con todo— mostrar cuáles son los varios objetos que constituyen dicho subconjunto y, para ello, es necesario tratar de disolver las anfibologías que se presentan debido a la existencia de varios términos mal definidos como “lengaje”, “lengua”, “habla”, “idioma”, de los que algunos (“lengua”, por ejemplo) tienen diversas acepciones.

Para esto, tomamos como punto de partida la aportación muy importante del uruguayo José Pedro Rona que hemos sintetizado en otro sitio.

13. *Las aportaciones de Rona para la perfilación sociolingüística del diasistema*

El lingüista uruguayo, José Pedro Rona (837.199-.211) recuerda la necesidad que tiene toda disciplina científica de: 1. delimitar un ámbito, 2. precisar una metodología y 3. esta-

blecer una teoría. Ordenamos así su lista inicial (ámbito, teoría, metodología) en vista de ulteriores reflexiones suyas dentro de una conferencia que no se había distinguido por la claridad de los planteamientos en materia epistemológica y metodológica, pues como él sí señaló, es fútil plantear si el método debe preceder a la teoría o ésta a aquél pues, en realidad, toda teoría científica es el logro supremo de una metodología, aun cuando la metodología tenga su propia teoría: teoría del método (T_m para deshacer la anfibiaología) distinta del tema de la disciplina (T_d) “que no puede ser alcanzada sino después de que se han recogido los datos necesarios”.

Mejor provisto que otros participantes en esa conferencia, para una discusión de este tipo, Rona reconoce que la misma teoría del método de una disciplina tiene su metodología (metodología de segundo grado, MT_m) pero que “ésta no es común a todas las ciencias sino que entronca con la epistemología”. De otro lado, hablamos de metodología, más que de método, en cuanto consideramos que es por un *conjunto* de métodos como se puede establecer una teoría científica y porque pensamos que esa teoría (única, en último término, idealmente) se puede buscar *a partir* de diferentes enfoques (tanto más ineludibles en su diversidad cuanto que, en ciencias sociales, cada estudioso parte de su propia perspectiva, con conceptos que, lo sepa o no, están gravados ideológicamente y sólo gracias a la crítica practicada por la sociología del conocimiento y a una ulterior complementación de perspectivas puede elevarse a una contemplación sociológica de pretensión objetiva).

Rona, como otros estudiosos, a unos años apenas de la aparición de la “sociolingüística” ha dejado de estar satisfecho con la concepción de ésta como una disciplina que “debe de estudiar los aspectos ‘sociales’ del lenguaje”; pero, anclado en su posición de lingüista, exagera una realidad (la que ha hecho que muchos hayan practicado, más estrictamente una “sociología” del lenguaje) cuando dice que “de hecho, el trabajo de investigación lingüística ha sido realizado sobre la base general de criterios “sociales”, o sea, no “lingüísticos”. Perspectiva insuficiente, exagerada, en cuanto, en el otro extremo, Georgina Paulín de Siade —colaboradora nuestra de extracción sociológica— se mostraba desconcertada al asistir

a cursos y seminarios de David McRaven y encontrarse con una sociolingüística muy evidentemente lingüística y muy oscuramente sociológica.

Ese tipo de quejas es, por otro lado, bien conocido, y depende, en buena medida de que, como solemos decir, hay de un lado sociólogos y sicólogos metidos a sociolingüistas que sólo tienen rudimentos de lingüística, y lingüistas metidos también a sociolingüistas que jamás ahondaron en la sociología. Esto no es grave, si esa separación no conduce al planteamiento de un dilema y a la opción por uno de los dos cuernos del mismo, pues la sociolingüística puede y debe abarcar tanto una “sociología del lenguaje” como una “lingüística sociológica”, y es probable que algunas de las aportaciones de Rona ayuden a los estudiosos a precisar por qué esta pía esperanza es sustentable en términos epistemológicos y metodológicos.

El profesor uruguayo centra el problema —como excelente lingüista que es— en la pluralidad de sentidos del término “lengua”. Hay, dice él —en su texto en inglés que no impide un cierto paralelismo con el castellano— tres “lenguas” por lo menos: una L_1 lengua como opuesta a habla (la distinción saussuriana *langue-parole*); una L_2 , lengua como opuesta a los dialectos (*langue française-patois*); una L_3 lengua, en cuanto opuesta a otras lenguas (L_{31} , L_{3j} , L_{3k}).

Hace tiempo, nosotros mismos caímos en cuenta de la confusión que podía causar el uso indiscriminado de un mismo término para realidades distintas, y así, hemos usado: “lenguaje” para la actividad general humana (situada por encima de las tres realidades distintas a las que alude Rona); “lengua”, como un término tecnificado ya por el maestro ginebrino en cuanto opuesta a la habla y (saltando de momento por encima de las tres distinciones de Rona, en cuanto aún no hemos escrito de planificación lingüística y de “lenguas estándar” o “normalizadas”) de “idiomas” (en cuanto lenguas que se distinguen unas de otras, en cuanto el término “idioma” refleja el griego ἰδίωμα “propio de alguien, peculiaridad”).

Simbólicamente, en este primer tanteo, unificados los planteamientos de Rona con nuestros desmañados intentos podemos establecer que las oposiciones son:

L ₁ V P	lengua/habla
L ₂ V D	una lengua/sus dialectos
L _{3i} V L _{3j} V L _{3k}	un idioma/otros idiomas

Para usos ulteriores, debe recordarse que estas distinciones no son coplanares y que, por lo mismo, tienen que entregar “productos” distintos cuando se les conjugue.

Rona, en este estudio, depende —como es natural— de otros dos suyos previos (uno sobre dialectología estructural y otro sobre su triada metodológica “realidad-creencia-actitud”). Esto, si bien es bueno en cuanto revela un pensamiento en construcción, provoca un cierto barroquismo, una difumación de contornos, unas ocasionales salidas de foco. Aún así, sus materiales (acarreo de una erudición envidiable) son enormemente útiles pues aunque sus dudas, resueltas en determinada forma por él mismo no siempre merezcan nuestra adhesión, sí nos ponen en camino de intentar soluciones propias. Así, él dice, y nosotros interpolamos:

Accepto el término [diasistema] de Weinreich como sinónimo de L₃ [idioma para O.U.V.] a pesar de que Weinreich escribe sólo acerca de una (estratificación) [diferenciación] horizontal, dialectal [i. e. no incluye una estratificación vertical, sociocultural].

La duda en la denominación de esa realidad surge para el uruguayo en cuanto dice: “siento que ‘metasistema’ sería el término obvio para un sistema de sistemas (en el sentido de Russell) pero, entonces sería homónimo con el sistema del metalenguaje”. Nosotros no compartimos su rechazo del término que se le ocurre (inspirado por la sombra del maestro inglés): nos parece legítimo pensar en un metasistema lingüístico como distinto de un *metalenguaje*; en una *metalingua* (dentro de nuestras distinciones, sería el término más manejable “idioma”) y que sólo cuando se tratara de mostrar su coordinación interna (que es lo que en seguida hará Rona) se designara por “diasistema”.

El diasistema se diferencia a lo largo de tres dimensiones en las que se ubican las realidades diferentes que lo integran como un todo. Cada idioma (en el sentido nuestro) se dife-

rencia: 1) a lo largo de una dimensión geográfica (de donde los dialectos, las isoglosas, la geografía dialectal); 2) a lo largo de otra, histórica (de donde los “estados de lengua”, la gramática histórica) y 3) a lo largo de una última, sociocultural (de ahí los llamados “dialectos sociales”, la estratificación lingüística). Estos ejes han recibido de Flydal los nombres de diatópico, diacrónico y diastrático.

Si designamos por d_j a los dialectos geográficos, podemos decir que un idioma I es igual a la suma de todos sus dialectos (con inclusión del estandarizado o normalizado)

$$I = \sum_{j=1}^n d_j$$

Pero, esta notación es insuficiente pues se refiere a un idioma no identificado ni temporal ni socioculturalmente, en forma parecida a como:

$$I = \sum_{k=1}^m e_k$$

tampoco basta, pues dice que el idioma es la suma de los “estados de lengua” sin concretar las coordenadas geográfica y sociocultural, así como, también:

$$I = \sum_{e=1}^p s_e$$

es insuficiente ya que el idioma, no especificado ni geográfica ni históricamente, se reconoce como suma de sus dialectos sociales.

Sólo cuando se usa una triple sumatoria se obtiene auténticamente el diasistema (el idioma en su plena integridad)

$$I = \sum_{j=1}^n \sum_{k=1}^m \sum_{e=1}^p D_{jke}$$

en donde D es la realidad “diversidad idiomática” sobre la dimensión geográfica, histórica o sociocultural.

La exposición de Rona, más allá de estos planteamientos básicos y realmente aleccionadores, se vuelve demasiado frondosa y, por ello, nuestra tarea debe de ser de poda. Podemos, en primer término, la porción final de su metodología (referente a las actitudes) pues la reseñamos ya en otra parte, y —de toda la metodología— recogeremos sólo su diferenciación de palabras y expresiones de acuerdo con la posición social de los usuarios. En cambio nos detendremos en la posición central de su estudio sobre “los Temas de la Sociolingüística” sin demorarnos mucho en su larga porción sobre la función sintomática (muy atractiva, pero que hace perder de vista los primeros planos de su estudio).

Ya dentro de las “Formas de la Sociolingüística” reconocemos un deseo de aplicar las premisas de las dos porciones previas a la explicitación de una temática; pero también nos parece que ese deseo no fue servido por un empeño sistemático, riguroso, casi obsesivo o terco (para no dejar posibilidad alguna sin explorar).

Rona señala como temática sociolingüística el estudio de: 1. la estratificación interna del diasistema, 2. el efecto de la sociedad sobre el diasistema, 3. los efectos del diasistema sobre la sociedad y 4. la posible comparación entre diasistemas.

Dentro de la estratificación interna del diasistema considera:

- 1.1 la descripción sintópica y sintractica de la manifestación lingüística de cada estrato cultural
- 1.2 “la comparación de diferentes estratos que existen en la misma área [y en el mismo periodo] que rendirá un conocimiento comparable al de la dialectología” (dialectología social)
- 1.3 el estudio de las influencias entre dialectos (contacto dialectal análogo del contacto de lenguas de Weinreich)

Respecto del “Efecto de la Sociedad sobre el Diasistema” reconoce que este efecto puede:

- 2.1 afectar al significante (tabús y eufemismo)
- 2.2 afectar el significado de un mismo significante,

2.3 afectar el contenido sintomático (el revelador de las características físicas, síquicas, sociales, culturales del locutor, el interlocutor, la materia, la situación).

En relación con los “Efectos del Diasistema sobre la Sociedad” revela que éstos son “cambios de la sociedad que no son cambios en el lenguaje”, y menciona entre ellos: la alfabetización, las prescripciones gramaticales. Piensa que hay que descubrir (quizás al modo de Bernstein) la forma en que “las diferencias en el lenguaje ayudan u obstruyen a los individuos en sus vidas, en su conducta diaria”.

Finalmente, Rona —contra nuestro parecer— rechaza la comparación entre diasistemas, sobre el supuesto de que “la relatividad lingüística es predominantemente un aspecto intracultural”. A la luz de los estudios de “contacto de lenguas” (no dialectos) de Weinreich; del reconocimiento de las situaciones de multilinguismo como tema excelente de la sociolingüística (Denison); de la importancia del estudio de los registros en situaciones multilingües (Ure y Ellis) y de la necesidad de enfocar los contactos de lenguas en el nivel internacional, es obvio que el rechazo de Rona para esta temática ha sido apresurado.

Como dijimos, de su metodología propiamente dicha, examinaremos sólo el párrafo que dice: “... las palabras o expresiones pueden dividirse en tres grupos; 1º el de las que aparecen en todos los estratos; 2º el de las que se usan en el estrato ínfimo, y 3º el de las que son empleadas sólo en el estrato más alto”. Es obvio que la “estratificación social” que sirve de trasfondo al distinguido lingüista uruguayo tiene que parecer ultrasimplificada a cualquier sociólogo (dejando de lado nuestra controversia sobre “estrato social” y “clase social” que impondría mayores discusiones) y que en la etapa en que nos encontramos, estamos obligados a explorar *lógicamente* todas las combinaciones posibles: las de las palabras y frases que usan: 1. todos; 2. algunos; 3. ninguno (el peso muerto del diccionario); las que usan 2.1 los de clase alta y los de clase media; 2.2 los de clase media y los de clase baja; 2.3 los de las clases alta y baja (que sólo la pesquisa concreta determinará si existen o no) y 2.4 las palabras exclusivas de los de clase alta; 2.5 las exclusivas de la clase media; 2.6 las exclusivas de la clase baja (estas tres últimas, las realmente

sintomáticas). A ello habría que agregar las distinciones por a) uso activo y b) comprensión pasiva, y según estilo informales, formales, técnicos y creadores.

En último termino habría que abarcar de nuevo todo el material (estupendo) de Rona para, con ayuda de un lógico estricto: 1. zanzar ciertos problemas de jurisdicción con a) ciencias-madre y b) disciplinas aledañas y 2. establecer una diferenciación interna de la sociolingüística como la prevista por Ellis.

$$\text{Así } \sum_{j=1} \sum_{k=1} D_{jke}$$

“todo dialecto geográfico a través del tiempo” concretado para un estrato sociocultural equivaldría a la caracterización *lingüística* de los estratos sociales; “todo dialecto geográfico a través de todos los estratos concretados para un periodo determinado” equivaldría a la descripción de un *estado de lengua* y “todo estado de lengua de todos los estratos sociales para lugares dados” equivaldría a la descripción diacrónica de un solo dialecto, a su historia interna.

Es evidente que el estudio de Rona necesita podas y afinaciones importantes; pero, aun así, es evidente que no podría prescindir de él quien quiera contribuir no sólo por vías dialécticas sino mediante el ensayo de una modelística cada vez más rigurosa, al establecimiento de la sociolingüística.

En resumen, podemos decir que, a partir del estudio de Rona, se reconocen por lo menos tres acepciones de “lengua”: lengua₁ opuesta a “habla”; lengua₂ opuesta a “dialectos y patois”, lengua₃ opuesta a otras lenguas₃ (lengua₃₁ . . . lengua₃₂ . . . lengua_{3n}).

Para disolver la anfibología, hemos echado mano de los recursos del castellano, sujetándolos a redefiniciones que, sin chocar con los usos tradicionales, satisfacen nuestras nuevas necesidades y, así, nos hemos propuesto hablar: 1) de una lengua opuesta a un habla; 2) de una lengua “estándar” opuesta a los dialectos o *patois* y 3) de “idiomas” (véase la etimología del término) cuando se trata de designar a las diversas lenguas.

14. *El lenguaje, un universal sociológico diversificado en lenguas*

Lo anterior deja fuera un término más: "lenguaje", de enorme importancia. Guiados por el recuerdo de Greenberg y de sus "universales" lingüísticos, nos hemos propuesto establecer una distinción útil de éste con los vocablos y expresiones previos y, de ese modo (y hasta nuevo aviso) diseñamos una definición y una serie de contrastes que plasmarán en la fórmula siguiente:

Lenguaje es un universal sociológico (pues los hombres de todas las sociedades tienen un medio para comunicarse entre sí); cuyas manifestaciones concretas son los idiomas, cada uno de los cuales tiene un aspecto exclusivamente lingüístico (propio de la reducción saussuriana) y otros no exclusivamente lingüísticos (aspectos sociales, culturales, psicológicos, etcétera); los cuales pueden estar o no sujetos a normalización (dialectos frente a idiomas "estándar") y aun ser objeto de normación lingüística consciente y expresa (por academias y comisiones idiomáticas).

Un planteamiento como éste, que parece barajar conceptos nouménicos y fenoménicos, permite establecer la posibilidad de que la investigación sociolingüística discorra, en terreno estrictamente sociológico, por varias vertientes, de las que —como más inmediatas— se ocurre señalar: 1) una sociología del lenguaje, en general; 2) una de cada idioma, en particular; 3) una, de la norma lingüística, en general; 4) una, de la normación lingüística (incluso académica) de cada idioma, 5) una, del habla, en general; 6) una, del habla particular de cada idioma, con inclusión de sus dialectos territoriales y sociales, y 7) una de los contactos, influencias y fusiones entre idiomas, como resultado de lo que Marcel Cohen llama "relaciones de civilización" y que nosotros preferiríamos llamar interrelación de comunidades lingüísticas y contactos interculturales.

El énfasis sociológico en la sociolingüística no sólo es legítimo sino que, si se le practica adecuadamente, puede dar mucho fruto para el conocimiento del lenguaje.

La conexión ineludible de la lingüística con la sociología, las posibilidades del estudio sociolingüístico en general, y la importancia de un énfasis sociológico en sociolingüística desta-

can claramente en el estudio de Rudolf Grosse y Albrecht Neubert (716) que les ha permitido precisar diez tesis sobre la sociolingüística marxista.

15. *La sistematización sociolingüística marxista in nuce*

En un espacio relativamente corto (equivalente a unas veintitrés cuartillas) Grosse y Neubert, estudiosos de la República Democrática Alemana, presentan —más que un estudio concebido en forma unitaria— “diez tesis” debidamente interconectadas (que hemos podido conocer gracias a la traducción de Ian Patula, del Centro de Lenguas Extranjeras de la Universidad Nacional de México) y cuya importancia estriba en que es una de las poquísimas exposiciones formales, de fuente marxista, sobre el concepto que se tiene de la sociolingüística en los países socialistas.

Las diez tesis de la sociolingüística marxista sostenidas por Grosse y Neubert se refieren: 1) al fundamento de la sociolingüística; 2) a la posibilidad tanto de una sociolingüística como de una sociología del lenguaje, 3) a la relación entre la teoría general del lenguaje y la sociolingüística, 4) al meollo social de la sociolingüística y el fundamento —así sólo sea en veces tácito— de carácter sociológico, de la misma lingüística estructural; 5) a la definición de las “variantes sociolingüísticas”, en cuanto distintas tanto de: *a*) los errores gramaticales como *b*) de las variantes individuales; 6) la configuración tetrapartita del “diferenciador sociolingüístico”, en relación, particularmente con: *a*) la clasificación de los actos comunicativos, *b*) la definición de “capas” y “esferas” sociolingüísticas, *c*) la articulación de unas y otras dentro de “sistemas sociolingüísticos” y *d*) la impregnación de todos los niveles lingüísticos por lo sociolingüístico; 7) a la tendencia sistematizadora no sólo en el plano de las lenguas sino también en los de las sub-lenguas; a las relaciones mutuas entre éstas y aquélla, a las relaciones de cambio entre lo lingüístico y lo social y —dentro de lo social— a la importancia de los grupos y de las personalidades (no de los individuos) para el cambio sociolingüístico; 8) a las relaciones entre la sociolingüística y la pragmática, 9) a las que existen entre la sociolingüística y el estudio de los estilos y 10) a la forma en que— particularmente dentro del socialismo— la sociolin-

güística no responde a una curiosidad ociosa sino al deseo de hacer más eficaz la comunicación interhumana.

La sociolingüística es —en efecto— una ciencia eminentemente social, que debe basarse en una teoría más amplia (como la marxista), aunque por otros extremos la ayuden los conocimientos aportados (citamos de lo más próximo a lo más remoto) por la sicología y la fisiología, por la cibernética y la acústica y — en último término— también, por la matemática. La importancia de la base filosófica (antropología filosófica, epistemología, pragmática marxleninista) tiene que subrayarse, especialmente en el contraste entre los países socialistas y los capitalistas ya que éstos al evitar —como dicen los autores— la discusión de las bases filosóficas— (*Theory and Method in Linguistics*, editado por Paul Garvin es una honrosa excepción, aunque no todo lo profunda y convincente que debiera) libra a todos los peligros a “unas observaciones parciales y unos debates sensatos” que —como expresan Grosse y Neubert— “son válidos en el grado en que son integrables en un sistema teórico más amplio”.

Para estos autores alemanes, son posibles tanto una “sociolingüística” como una “sociología del lenguaje”. Con ello, apuntan hacia los dos extremos de un continuo interdisciplinario que, según opinión nuestra (reiterada más de una vez) matizó mejor Jeffrey Ellis, en el Décimo Congreso Internacional de Lingüistas reunido en Bucarest. Aún así, la dicotomía es útil, porque —independientemente de la diferenciación denominativa, que nos parece poco pertinente— se marca una distinción que nos resulta más clara desde el momento en que los planificadores sociolingüísticos (a partir de la reunión de Suecia) han dado en distinguir entre la planeación del *status* y la planeación del *corpus* lingüístico. En efecto, desde el ámbito de la práctica, se identifica mejor una parcela en la que el interés primordial es el del sociólogo (planeación del *status* de las lenguas) y otra en la que es de primer orden el interés del lingüista (planeación del *corpus* de cada lengua) sin exclusión total del interés del otro estudioso. En forma correspondiente, habría un interés predominante del sociólogo en la sociología del lenguaje y otro predominante del lingüista en lo que Grosse y Neubert siguen llamando “sociolingüística” (a la que preferiríamos designar como “lingüística sociológica” a pesar del aparente pleonasma, para

reservar "sociolingüística", ya no como nombre sino como calificativo, para cubrir todo el conjunto de disciplinas que ni descuidan lo social del hecho lingüístico ni dejan de atender lo lingüístico en el estudio de lo social).

Para Grosse y Neubert, es asunto de dos puntos de partida distintos: 1o) la sociología del lenguaje partiría de la problemática social y llegaría a la lingüística y 2o) la sociolingüística partiría de la problemática lingüística y llegaría a lo sociológico, o —porque ellos no han llegado a explicitarlo tanto— partiendo una y otra de ángulos distintos, convergerían en una problemática común y en soluciones también comunes. Lo que ellos dicen expresamente es, sólo, que "en ambas se entrecruzan consideraciones lingüísticas y sociológicas", sin especificar ni cuánto ni cómo, lo cual es menos comprometedor, pero también menos fructífero.

En el examen de esta tesis suya (con la que estamos de acuerdo, inicialmente, pues hemos hablado del "énfasis sociológico en la sociolingüística" para distinguirlo de otras acentuaciones o subrayados) se nos ocurre la posibilidad de diseñar un esquema dialéctico que nos enfrentaría: 1) a dos disciplinas que, 2) desde ángulos teóricos distintos 3) convergen en una temática y una problemática común (humana) y 4) desde ella buscan soluciones que, a) inicialmente son comunes; b) que, más tarde, se vuelven divergentes e incluso se oponen en calidad de tesis y antítesis en busca de c) una nueva síntesis no ya teórica sino práctica en la que se equilibren y unifiquen los contrarios.

Concretamente, esto conduciría: por la parte práctica, a una recomendación tan prudente como la que delínean los autores, quienes asientan que "la conservación sensata de la lengua tiene que oscilar entre el falso purismo y la tolerancia del descuido incontrolado, para guardar un sano equilibrio". Por la parte teórica, nos parece que concreta en el reconocimiento de un hecho que rechaza las afirmaciones de las mitologías (finesa, judía) sobre el poder de la palabra, en cuanto —como afirman estos autores— éste "no existe fuera de la sociedad, sino que se basa en determinadas agrupaciones de dentro de ella".

La teoría general del lenguaje —para estos autores— es una parte de la ciencia social marxista, que se ocupa de las relaciones dialécticas entre el trabajo, la lengua, el pensamien-

to y el desarrollo humano, y que es a la lingüística lo que la teoría marx-leninista de la sociedad es a la sociología empírica.

La teoría general del lenguaje postula el condicionamiento social de la lengua, la cual no puede existir fuera de la sociedad, en forma parecida a como no hay sociedad sin lengua. La lingüística, en cambio, se pregunta sobre COMO opera la lengua en la sociedad e interviene en el análisis microlingüístico de estructuras, funciones y cambios. En este último sentido —conforme ellos dicen— los resultados convincentes de ciertos análisis estructurales son válidos en cuanto dependen de un proceso de abstracción justificable; en cuanto son “una idealización científica necesaria” que no debe hacer olvidar, en ningún momento, su fundamento social (aunque a éste se le haya dejado de poner de relieve momentáneamente). Efectivamente, la sociolingüística está presente, de manera latente, incluso en la norma literaria de la lengua nacional la cual depende de la tendencia hacia la unificación que opera en el interior de una nación.

Sociológicamente, resulta obvio que la tarea de la sociolingüística “no es observar y describir los actos concretos de la comunicación, pues no está orientada hacia el individuo y sus procesos fisiológicos (orales y auditivos) sino hacia el grupo social”, y que debe investigar, en cambio: 1) los supuestos, 2) las posibilidades y 3) los límites de: *a*) la comunicación lingüística, *b*) del sistema de la lengua y *c*) de su funcionamiento social.

La lengua presupone la existencia previa de un grupo, (pequeño o grande) y quien la estudie tiene que partir de la base de una conformidad de los miembros del grupo. Esa conformidad es real, unas veces; potencial, otras; espontánea y consciente, en unas ocasiones; intencional y consciente, en otras. Tiene que tener —además— por detrás de sí, un planteamiento sociológico indispensable, que la explique en función: *a*) del carácter, *b*) de la composición, *c*) de la división, *d*) de la formación del grupo, y *e*) de su “ordenación dentro de un conjunto mayor”.

Pero, la conformidad permite grados, y la disconformidad puede ser desviación o franco rechazo y, aunque los autores —como es explicable— no se sientan inclinados a recordar a Durkheim, es pertinente pensar que también es útil en

el terreno sociolingüístico, la distinción que imponía el maestro francés de la sociología entre lo normal y lo patológico. De lo que se trata, aquí, no es de la observancia o la inobservancia gramaticales (en estadística “desviación” no es equivalente de “error”); de lo que se trata es de la aceptabilidad o de la falta de aceptabilidad *sociales*. Y socialmente aceptable es —en la práctica de todas las sociedades, de todos los tiempos— lo que garantiza la comprensión. Cada sociedad, en cada época histórica, determina —como diría Faucoult— lo que *para ella* es lo mismo, y lo que es lo diverso; lo que es cordura y lo que es locura. No todo es socialmente aceptable en todas partes y en todo tiempo: lo aceptable, lingüísticamente, para una sociedad o un agrupamiento social, es lo que permite que sus miembros *se entiendan*; lo que impide que se entiendan es lo inaceptable sociolingüísticamente.

Los autores no lo mencionan (pero aquí debería mencionarse) la forma en que uno de los signos menores (la letra) permite toda una serie de modificaciones; diversas caligrafías individuales, distintos alfabetos expresivos, publicitarios, etcétera, que *la deforman* hasta límites a veces increíbles, pero que no pueden llegar a un grado de deformación tal que provoque su confusión con otra letra, o a su falta de identificación por el destinatario. Hasta hoy, no hay —que sepamos— en el mundo entero, academia o comisión gubernativa que vigile el que la escritura no se deforme hasta grados que la hagan ininteligible; pero, la sociedad coerciona y sanciona a quien se extralimita en las modulaciones de una caligrafía, impidiéndole el logro de sus propósitos (el publicista que sobrepasa el “límite de elasticidad” de este resorte, no vende). O sea, que no se trata simplemente de la actitud timorata del purista que se ciñe ciegamente a la regla gramatical, sino de la actitud audaz (pero no osada) de quien se desvía de la regla, pero siempre dentro de los límites de una transformación “topológicamente válida” en materia lingüística.

Lo que la sociolingüística tiene que estudiar (conforme a indicaciones de Grosse y Neubert que justifican profundas reflexiones sociológicas) no son las desviaciones o los errores individuales sino la costumbre lingüística de todo un grupo o de los varios grupos de locutores que se desvían de la norma lingüística establecida. De esas “variantes sociales” de la len-

gua se deben estudiar: *a*) cuáles son los fundamentos sociológicos de su existencia y desarrollo; *b*) cómo se clasifican y relacionan recíprocamente, y *c*) cómo operan en los actos y en las clases de acto de la comunicación.

No desviaciones individuales —dicen— sino variantes que tengan *relevancia social*. Esto permite admitir ciertas variaciones que aunque son aparentemente individuales, tienen relevancia social y que, por ello, son legítimo objeto de estudio sociolingüístico: las del individuo que tiene influencia o poder sociales. En efecto, como dicen: “las grandes personalidades históricas llegan a tener importancia sociolingüística sólo si llegan a ser modelos para muchos, y, particularmente, si provocan cambios en la lengua-promedio” y citan, entre otros, como uno de los ejemplos más convincentes, en el ámbito de la lengua alemana, el de Lutero. Pero, Grosse y Neubert, en su deseo de poner de relieve la afirmación, se han excedido, porque no son sólo las grandes sino que también lo son (en su debida proporción) las pequeñas personalidades las que tienen esa importancia. Porque, en último término, la personalidad resulta de la secancia de lo individual y de lo social y, en este sentido, toda personalidad tiene relevancia social (y consiguientemente, en actualidad o potencialidad, relevancia sociolingüística). Esto se encuentra en la línea que hace del pueblo (no de la plebe o del populacho) el portador y la fuente última de los valores; en efecto, lo es en cuanto “pueblo” es un conjunto de “personas” que participan en lo social a través de su trabajo diario, por medio de su actividad creadora (material y de otros tipos).

Y es esto lo que quizás quisieron decir y sólo dejaron apuntado —en otra forma— Grosse y Neubert, en cuanto —para ellos— ciertos fenómenos lingüísticos “tienen relevancia social en la medida en que están marcados por la actividad social, la actividad política, la postura ideológica”.

Desde nuestro punto de vista, habría también, en muchas sociedades, muchos hechos lingüísticos de relevancia social negativa, estudiables por una “sociolingüística crítica”, en cuanto negativos fotográficos de todo lo asentado anteriormente; se trataría de aquellas expresiones que, en vez de buscar la inteligibilidad, se empeñan en lograr la ininteligibilidad; que en vez de comunicar, tratan de reservar; que buscan preservar un secreto, ocultar algo, o aparentar que lo ocultan

para despertar el interés y la admiración de los ingenuos o para que éstos *no* descubran, detrás del secreto, el vacío y la impotencia reales de quienes se aureolan con el brillo del misterio.

La sociolingüística tiene que listar: 1) las variantes sociales en el acto de la comunicación, 2) los depósitos de los que provienen y 3) las reglas que rigen su selección. La observación de determinadas constantes le permite, a su vez, establecer ciertos registros.

Grosse y Neubert recuerdan la composición tetrapartita del diferenciador sociolingüístico, constituido por código, emisor, receptor y situación; señalan que una misma temática se puede realizar lingüísticamente en diversas formas pero que *la* forma en que se comunica en cada caso no depende de una elección arbitraria del locutor pues (presencia de la coerción social durkheimiana) éste: 1) está limitado por: a) participar en un código lingüístico y en ciertos subcódigos, b) por su posición en el sistema social, c) por su conciencia social (marcada por la clase, la profesión, el partido, la educación, el trabajo, la diversión), 2) puesto que él está obligado a ajustarse a la caracterización social de su interlocutor, y 3) en vista de que debe considerar las exigencias de la situación comunicativa.

La intervención del emisor y el receptor obliga al sociolingüista a identificar ciertas "capas sociolingüísticas", y la superposición de las situaciones de comunicación le hace reconocer ciertas "esferas sociolingüísticas"; estos son elementos indispensables para el trazo de los perfiles de la estructura lingüística los cuales, en último término, permiten la identificación de los "sistemas sociolingüísticos". Esos sistemas, como se dijo antes, no se superponen a los niveles lingüísticos (fonológicos, gramaticales, léxicos) sino que los interpenetran a todos ellos.

Como siempre se tiende a la sistematización lingüística, (no sólo en el idiolecto sino también en la norma literaria de la lengua nacional y en las áreas intermedias), hay que: 1) formular códigos relativamente homogéneos, dentro de agrupaciones sociológicamente relevantes, y 2) descubrir las bases necesarias para clasificar los actos de la comunicación.

La sociolingüística tiene que: 1) determinar el grupo lingüístico del individuo y la forma en que impregna a éste; 2)

lo que ocurre lingüísticamente cuando el individuo pertenece a varios agrupamientos sociales y 3) lo que sucede cuando pasa de unos a otros que se excluyen mutuamente. Debe, también, determinar cuáles son los agrupamientos en los que operan preferentemente a) los dialectos, b) las lenguas literarias, etcétera, pues hay interrelaciones tanto entre el sistema social y los diversos sistemas y subsistemas lingüísticos como de éstos entre sí.

La descripción constituye sólo el material sobre el que hay que construir las generalizaciones. Éstas a) o se tienen que basar en la repetición potencial de un proceso comunicativo o, b) deben asentarse en la concordancia aproximada, dentro del grupo, de la que resulta una repetición intencional.

La sociolingüística debe investigar los sociolectos y dialectos como subcódigos de una lengua, y describir sus relaciones e influencias mutuas. De la relación entre idiolecto y lengua surgen las bases para constituir las capas sociolingüísticas y enfocar los problemas del bilingüismo y de la diglosia.

Grosse y Neubert dicen que la sociolingüística opone a las agrupaciones sociológicas (políticas, culturales, económicas) otras diagnosticadas lingüísticamente y nosotros pensamos que más que oponérselas se las agrega; pero hay que suponer que la formación de los grupos lingüísticos tiene causas sociales. Aun así, se debe comenzar por hacer un inventario puramente lingüístico en cuanto éste es una simplificación necesaria; en efecto, hay —por una parte— muchas superposiciones de las formaciones sociales a las que pertenece el individuo, y —por otra parte— el individuo no participa totalmente en todos los subsistemas. El sociolingüista deberá esforzarse por obtener un promedio general y, después, aclarar —histórica y sociológicamente— las causas sociológicas de la superposición de los sistemas.

En cuanto a los cambios, el sistema social cambia de acuerdo con sus propias leyes, y el lingüístico no reacciona en forma directa con el sistema social. La formación de los grupos sociales antecede a la de los lingüísticos.

El hombre participa de los cambios sociales; frecuentemente lo hace de una manera consciente, cuando ya su código lingüístico está plenamente formado; en ese momento ya sólo puede modificarlo en las porciones periféricas. La comunidad lingüística —por su parte— está apegada a las partes que

constituyen su sistema lingüístico porque si el sistema de comunicación no se conserva tan intacto como se pueda la comunicación se dificulta, se deteriora o desaparece. A su vez, la explicación de la formación de los agrupamientos sociolingüísticos es histórica.

El cambio lingüístico vuelve a ser objeto de debates lingüísticos sólo cuando es sociolingüísticamente relevante. Los cambios en el sistema de los idiolectos de un grupo sociológicamente relevante conduce a la diversificación sociolingüística; ésta se funda: 1) en los cambios del sistema social y 2) en las exigencias de la comunicación social, y produce transformaciones de la relación mútua entre la lengua y las sublenguas. Como la sociedad también tiene carácter sistemático, la desintegración lingüística no procede ilimitadamente; la diferenciación y la integración están en relación dialéctica y el interjuego histórico entre ambas es un fenómeno sociolingüístico de importancia primordial.

La frecuencia, la dimensión, la intensidad, la dirección, el orden del proceso brusco de cambios entre un nivel sociolingüístico y otro merecen atención particular.

La sociolingüística es una parte de la pragmática. Toma de la pragmática aquellas bases que son necesarias para comprender categorías como las de parcialidad, actividad y utilidad de la aplicación de los signos. Sus resultados resultan, así, útiles para manejar y dirigir los procesos sociales y para la previsión de los mismos. Las explicaciones pragmáticas, a su vez, tienen que considerar las agrupaciones lingüísticas, pues, sin ello, las ideas de la sociolingüística no serían completas.

La sociolingüística aplicada apoya directamente la formación del sistema social socialista: 1) gracias a sus análisis y a sus directrices encaminadas a la realización óptima de la comunicación social y 2) gracias a que desenmascara: a) tanto la regularización de la lengua, enemiga del progreso, como b) la manipulación de opiniones por los Estados imperialistas (que son monopolistas) conforme asientan Grosse y Neubert.

La sociolingüística y la pragmática evalúan las consideraciones de la estilística de una lengua; ésta, por su parte, debe considerar la influencia de sociolectos y dialectos; pero, independientemente de eso, las sublenguas poseen sus estilísticas propias, que concuerdan mucho entre sí y con la lengua lite-

varia. El sistema de los estilos funcionales es el equivalente lingüístico de la clasificación de los "tipos de texto". Esto pretende establecer la pragmática utilizando los conceptos de designadores, aprehensores, prescriptores y formadores. Una pragmática marx-leninista tiene que introducir no sólo las ideas de las ciencias sociales sino que debe aceptar también consideraciones lingüísticas (estilísticas y sociolingüísticas).

La sociolingüística y la pragmática son las áreas en las que la lingüística tiene que cumplir sus tareas sociales más importantes. Ambas evalúan: 1) tanto las ideas y los resultados de las diferentes esferas de la vida social como 2) los campos científicos que les pertenecen y 3), por otra parte, tienen que transmitirles a éstos los resultados de su investigación, para que los procesos de la comunicación resulten más efectivos. Grosse y Neubert afirman finalmente, que la lingüística tiene que analizar precisamente aquella parte de la vida social de la que no se ocupa ninguna otra ciencia: tomar el nivel medio de conocimiento social como base de la comunicación lingüística cotidiana.

Es fácil observar que, si en la porción central (en la séptima tesis, por ejemplo) hay grandes coincidencias entre la sociolingüística marxista y la sociolingüística tal como se practica en Estados Unidos de América y Europa, las porciones inicial y final (el fundamento y la aplicación) difieren considerablemente en profundidad y deseo de irradiación, hasta tal punto que, a veces —para emplear expresiones de lingüista— parece que: en un sitio, se quisiera practicar una "sociolingüística libre de contexto" (con todo lo absurdo que sería esto) o una "lingüística ajena al contexto social" (con una apariencia de justificación) y, en el otro, una "sociolingüística ligada al contexto" con todas las ricas perspectivas teórico-prácticas que esto ofrece.

16. *Un catálogo de los intereses sociológicos recientes en Europa y en América*

Thomas Luckmann (0028.001—.005) —autor de importantes estudios de fenomenología social— señala que la meta abstracta consistente en aumentar el conocimiento del lenguaje como fenómeno social por el empleo del método científico debe concretar en metas subordinadas, claramente deli-

mitadas, pero que esto se podrá hacer después de que se haya realizado un balance del trabajo previo y de que se haya reconocido que si bien la interdisciplina es joven, también se encuentra en posición afortunada si se compara su situación con la que tuvieron, al surgir, otras disciplinas científicas.

Esa posición afortunada la explica Luckmann en función de varios hechos. En efecto: 1) la reflexión sobre el lenguaje, a más de tener una historia larga, se ha desplazado recientemente hasta ocupar el centro de interés de la filosofía moderna; 2) la sociología del lenguaje se llegó a establecer cuando la disciplina materna había dejado ya de padecer la esterilidad de las ortodoxias que, *a*) o sólo querían construir sistemas de altísima abstracción, o *b*) sólo buscaban acumular datos triviales; 3) el lenguaje es un sistema casi autónomo y bien delimitado y esto había permitido ya que los lingüistas desarrollaran técnicas de trabajo y esquemas teóricos precisos; 4) la lingüística no satisfacía el interés sociológico en el mismo grado en que —por aproximación— lo satisfacían ya las ciencias económicas o jurídicas, y 5) la sociología ya había desarrollado, desde antes, técnicas que eran fáciles de adaptar al estudio del lenguaje.

Como resultado de todo lo anterior, Luckmann encuentra que ya desde su nacimiento, la sociología del lenguaje interconecta íntimamente la teoría y la investigación.

Según este estudioso, los criterios que deben orientar la investigación sociolingüística son: 1) el que impone que lo que se investigue tenga relevancia teórica; 2) el que pide que sea socialmente necesario; 3) el que requiere que sea realizable prácticamente y 4) aquel según el cual hay que evitar la duplicación innecesaria, *pero* conservar aquella otra que es indispensable para la discusión científica y la afinación de los resultados, al tiempo que deja energía disponible para avanzar y cubrir lagunas (redundancia indispensable de todo mensaje).

En términos de categorización, Luckmann opera en dos dimensiones principales: la del nivel analítico de la investigación, y la de la perspectiva temporal del análisis. En la primera, reconoce la diferencia entre lo macro y lo microestructural; en la segunda, la que media entre lo sincrónico y lo diacrónico. Respecto de lo macroestructural, hace referencia a sistemas globales como: la estructura social, la cultura y el

lenguaje; los dominios institucionales, la estratificación, las subculturas y los estilos lingüísticos. Por lo que se refiere a lo microestructural, habla de: los papeles sociales, la personalidad y los actos lingüísticos. La distinción entre lo sincrónico y lo diacrónico es la que recibimos de Saussure; pero, Luckmann reconoce que suele haber desplazamientos de uno a otro nivel.

Luckmann elaboró un cuadro, según el cual, son de máxima relevancia teórica: lenguaje, cultura y estructura social (con los estudios de tipologías globales como los de Sommerfelt, Whorf, Gastil y Hymes); los estilos y repertorios lingüísticos, las subculturas y los dominios institucionales (ilustradas por aportaciones generales como las de Fischer); sobre el parentesco (como los suyos y los de Friedrich), sobre la economía (como los de Goodenough), los de la política (como los de Sereno) y sobre lo religioso (como los de Neuman); los que se refieren a las funciones sociales del lenguaje (con aportaciones como las de Barker, Marchal y Conclin); los diacrónicos sobre lenguaje, cultura, estructura social (con historias generales como las de Meillet y Hoiijer) y los referentes a la socialización primaria en general (como los de Wygotski). Es de notar que, en el aspecto teórico, Luckmann piensa que hay temas más o menos interesantes y que, en cambio, no hay tema alguno que piense pueda pasarse por alto o con respecto al cual haya que desestimular el empeño de los estudiosos.

En términos de necesidades prácticas, encuentra que es útil estudiar los problemas referentes a estilos, repertorios, subculturas, dominios institucionales políticos; que también lo es el estudio de la relación entre la lengua, las subculturas y la estratificación social; que conviene hacer estudios sobre las funciones sociales del lenguaje, sobre los papeles sociales, sobre la motivación y el sistema cognitivo, y sobre el repertorio lingüístico (como lo ilustran las aportaciones generales sobre bilingüismo, de Fishman, y las referentes a la política de Brown y Gilman); los que tienen que ver con la posición social, el sistema motivacional y cognitivo y los repertorios lingüísticos (a la manera de Labov, Schatzmann y Strauss); los referentes a la función subjetiva del lenguaje, sus influencias en la percepción (como en los trabajos de Brown y Lenneberg) en la identidad personal (como en los Hymes, Lam-

bert, Luria y Wiscott). Curiosamente, en relación con lo diacrónico, Luckmann considera necesario sólo el estudio de la socialización primaria por el lenguaje puesta en relación con la clase social del socializante (según la ha revelado Bernstein) y el de la aculturación (según la vio Dozier).

La máxima posibilidad táctica correspondería a una "ecología" de la comunicación (como la de K. W. Deutsch), pero también las tendrían las investigaciones sobre estilos de lenguaje y repertorios, subculturas y dominios institucionales, las investigaciones sobre parentesco, economía política y religión; las relativas a lenguajes, subculturas y ocupaciones (como las de Maurer); las de lenguaje, subculturas y estratificación (como las de Gumperz); las diversas pesquisas sobre papeles sociales, motivación y sistemas cognitivos y repertorio lingüístico (como los de Fishman, Fisher, Trier, Brown y Gilman, así como de White); las referentes a posición social, sistemas cognitivos y repertorios lingüísticos; las de ecología evolutiva de la comunicación (como los de Grootaerts); las de lenguaje, subculturas y estratificación (de Labov, Bright y Ramanujan); las de socialización primaria en relación con las clases, y las de aculturación. Es de notar que el número de temas practicables es menor en la división diacrónica que en la sincrónica.

La actual concentración temática es mayor —según Luckmann— en el estudio de los papeles sociales, los sistemas motivacional y cognitivo y los repertorios lingüísticos, y en las funciones subjetivas del lenguaje y en la socialización referida a la clase del socializante; pero, también la hay en "ecología", estilos lingüísticos y parentesco, lenguaje, subcultura y estratificación, lenguaje y culturas marginales (como lo ilustra Barker); en los papeles sociales, los sistemas motivacional y cognitivo y el repertorio lingüístico en general, y —en menor grado— en todo lo que pone en relación con el parentesco y la religión, y con la socialización primaria en general, todos los aspectos anteriores.

La apertura hacia el futuro parece clara en relación con las funciones sociales del lenguaje, los estilos y repertorios lingüísticos, las subculturas y los dominios institucionales en todos sus apartados (pero, en el caso de los respectivos estudios diacrónicos, sólo en su aspecto general); los papeles sociales, los sistemas motivacional y cognitivo y el repertorio lingüístico en su aspecto general de bilingüismo; las funciones

subjetivas del lenguaje, la socialización primaria en general y en relación con el parentesco (como en los estudios de Diebold y Bossard), la socialización ocupacional (sin representante) y la socialización y la interacción lingüística o etnografía del habla.

El trabajo de Luckmann se completa con una bibliografía extensa que hace aún más valioso este intento de balance y de reorientación de las investigaciones sociolingüísticas para los próximos años.

17. *La matemática como un primer foco atractivo de la sistematización sociolingüística*

En seguida trataremos de mostrar cuáles son algunas de las incitaciones que obran sobre la sociolingüística, en forma directa o al través de la lingüística practicada al modo tradicional, tanto desde el ángulo de disciplinas formalizantes como la matemática, como desde el de disciplinas realistas como la antropología (científica, no filosófica) que abarca tanto los aspectos psicológicos como los sociales y culturales que se entrelazan en el concepto de "mentalidad". Estas incitaciones ejercen sobre el sociolingüista unos estímulos muy poderosos; pero, también, lo rodean de peligros insoslayables. Tanto para subrayar los unos como para precaver en contra de los otros, es conveniente que se revisen —como hoy lo intentamos— algunas de las discusiones sobre la materia.

La atracción formal de la matemática sobre la lingüística, se nos revela en una de las discusiones más apasionantes del Décimo Congreso Internacional de Lingüistas, al que asistimos en Bucarest en 1967, y que fue la que giró en torno del informe presentado por la profesora Olga Ajmánova, de Moscú, acerca de "La Lingüística y el Enfoque Cuantitativo".

En el cuerpo de su estudio, Ajmánova se refirió a la oposición que existe entre los lingüistas más jóvenes de nuestro tiempo, "que blanden matrices y algoritmos", y los más viejos, que dependen de uno de los varios métodos alternativos del matemático, o de su combinación (métodos tradicionales, subjetivos, mentalistas). En referencia más concreta, aludió a la polémica entre unos y otros, que —poco tiempo antes— había publicado *Voprosy Jazykosnanya*.

Para abrir la discusión, Ajmánova señaló que si bien el

adjetivo “cuantitativo” se asocia con la matemática, ya es tiempo de superar la concepción que establece una sinonimia entre “lingüística matemática” y “enfoque cuantitativo de la lingüística”.

Lo cuantitativo y lo matemático —recordó la lingüista soviética— *no* son sinónimos; hay, *por lo menos*, dos variedades de matemáticas: la cuantitativa y la no cuantitativa. Pero —especialmente en relación con sus aplicaciones lingüísticas— la matemática tiene que reconocer que, antes de cuantificar, tiene que “cuantizar” el continuo del habla; que *antes* de poder *estudiar la frecuencia* y la carga funcional de las partes que componen el habla, hay que *identificar* esas partes; que hay que romper el continuo; que hay que cuantizarlo; que hay que segmentarlo, que hay que transformarlo en “cuerdas” o “cadenas” de unidades discretas.

Ajmánova piensa —además— que, si se procede con cuidado, el enfoque cuantitativo tiene que revelar su enorme importancia; que, por principio de cuentas, la tiene porque, para que sea posible, el lingüista tiene que presentar, *en forma explícita*, sus unidades y las relaciones que ligan a estas unidades.

Indica —también— que, en tanto la categoría de “identidad-diversidad” permite ciertos análisis lingüísticos en niveles puramente formales, esa distinción no basta cuando se pasa a estudiar los contenidos; cuando hay que hacer estudios en los que intervienen los significados. Según ella afirma:

En general, se observa que la cuantización se convierte en un problema insoluble cuando se trata del significado de los morfemas, de las palabras y de los equivalentes de las palabras, o del propósito de las expresiones (101-151).

La dificultad no es sólo matemática; también lo es lingüística, ya que, en esta materia, se sigue pensando —de acuerdo con Ajmánova— en términos de puro descriptivismo lingüístico, y ese descriptivismo es inadecuado para la cuantificación. Ella piensa que: 1) esto no impide reconocer que si bien la dificultad existe, no autoriza para adoptar la postura de quienes descartan —por imposible— la aplicación matemática al estudio del significado, y 2) considera que es preferible la actitud de quienes siguen tratando de conseguirlo.

A ese respecto, señala que algunos lingüistas han contribuido a la resolución del problema a través de la ruptura que hacen de las palabras en sus componentes últimos o "semes" (es decir, la que logran gracias a la descomposición de las palabras en sus unidades significativas fundamentales).

En la discusión subsecuente, la lingüista rumana Tatiana Slama-Cazacu (1915-60) coincidió con la ponente en lo que se refiere a la aplicación de la matemática a la lingüística. En ella nos encontramos, según esa estudiosa, en una encrucijada de la historia y, conforme a su opinión personal, esa incidencia de la matemática en la lingüística debe de producirse tanto en el campo teórico como en el aplicado.

Para Slama-Cazacu también es necesario estar alerta en contra de la pan-matematización de la lingüística, en cuanto matematizar la lingüística es posible y legítimo si se satisfacen dos condiciones: 1) la de respetar, simultáneamente, otros enfoques del fenómeno lingüístico (psicológicos, sociológicos, literarios) y 2) la de reconocer —al operar la matematización— que *a*) se está trabajando con un fenómeno humano y *b*) que esto impone un tratamiento diferente del que se aplicaría en caso de que el fenómeno no fuese humano.

Pero, para la propia lingüista rumana, es halagüeño el porvenir que avisa para la lingüística matemática, que comparte, en esto, la perspectiva de otras "ciencias de frontera" (que nosotros preferimos llamar "interdisciplinas"). A pesar de eso, no deja de reconocer que la matematización de la lingüística corre dos riesgos: 1) el que procede de aquellos matemáticos y lógicos que no entienden cuál es el carácter especial del lenguaje, y 2) el que proviene de aquellos lingüistas que carecen de una sólida formación, pues éstos pueden caer víctimas de un imperialismo matemático indeseable (que los mejores, tanto de entre los matemáticos como de entre los lingüistas, saben evitar).

Slama-Cazacu piensa que hay que preparar a los estudiosos "desde su cuna académica" para la colaboración interdisciplinaria: que hay que hacer que conozcan —en plenitud— una de las dos disciplinas, pero que también estén informados —por lo menos en grado suficiente— de la otra. Indica que hay dos necesidades: 1) del lado de la lingüística, la necesidad de entender que no basta con presentar hechos lingüísticos únicos, así como las generalizaciones que hayan

sido obtenidas por un único lingüista, sino que, *a*) hay que realizar estudios estadísticos de los hechos lingüísticos y *b*) lograr que colaboren en ellos estudiosos de formaciones diversas, y 2) del lado de la matemática; la necesidad de reconocer que la lingüística requiere de un utilaje matemático cada vez más fino, más flexible, más dinámico, para que, así, pueda quedar sin justificación una crítica como la hecha por George Miller, quien aseguraba que “en el estilo hay mucho que no pueden aprisionar las redes estadísticas”.

Spitzbardt (142.160-1) de Alemania, reconoció —por su parte— la necesidad de que colaboren los lingüistas y los matemáticos, pero señaló —también— que, para que un estudio o una investigación sean auténticamente lingüísticos, se requiere que (usen o no de la matemática, y empleen o no otros métodos) estén, al principio y al final, bajo la responsabilidad directa de un filólogo o de un lingüista; de alguien capaz *a*) de plantear el problema lingüísticamente y *b*) de interpretar lingüísticamente los resultados de unas elaboraciones matemáticas que —en la porción intermedia— habrá orientado, instrumentado, llevado a buen término, un matemático.

R. Chakrabarty, un lingüista hindú, supo poner de relieve esa necesidad de colaboración entre la lingüística y la matemática, en cuanto indicó que el lenguaje está constituido por muchos elementos que el lingüista tiene que clasificar: *a*) por sus caracteres propios, *b*) por sus patrones de distribución, *c*) por las influencias que reciben y *d*) por las que ejercen sobre los otros elementos del lenguaje, así como que esos elementos —por ser numerosos— tienen que ser manipulados —también— mediante operaciones matemáticas.

Spitzbardt, 1º aludió al hecho de que la distinción entre cualitativo y cuantitativo no es tan sencilla como parece, y 2º subrayó que dentro de lo cuantitativo caben lo continuo y lo discreto; indicó: *a*) que el lenguaje es un continuo al que el lingüista tiene que imponer ciertas categorías; *b*) que gracias a la imposición de esas categorías, obtiene el lingüista unidades discretas; *c*) que la ruptura del continuo hablado tiene que apoyarse en la lógica matemática y que, *d*) en sentido manipulativo, las distinciones apuntadas tienen su correlato en el uso de las computadoras digitales y de las analógicas.

Miclau, de Rumania, piensa que los hechos lingüísticos —como todos los demás fenómenos— presentan un aspecto cuantitativo; pero que la cantidad no agota el hecho lingüístico, ya que éste tiene también referencias socioculturales (o que, como él dijo, “contrasta en ese hecho la elementaridad de sus fenómenos materiales con la complejidad de sus manifestaciones espirituales”).

Pero, en forma que roza la paradoja, el propio Miclau afirma que los estudios cuantitativos no deshumanizan a la lingüística y piensa —más bien— que “es una falta de respeto la que consiste en hablar vagamente, de modo impresionista, de los hechos humanos”.

Nuestra exégesis es ésta: para Miclau, en materia lingüística la matematización *es indispensable, pero no es suficiente*. A partir de impresiones y de hipótesis más o menos vagamente definidas hay que encaminarse al logro de ese mínimo matematizador; pero, de ese mínimo en adelante, por enriquecimiento —mediante el uso combinado de otras técnicas y de otros enfoques— se pueden y se deben alcanzar niveles más altos. La cuantificación no es la alternativa sino el segundo paso de un proceso en el que la identificación cualitativa (estricta, rigurosa) tiene que ser el primero.

En este punto, hay que recordar las aportaciones de Lefèbvre (0024.000). Este sociólogo y filósofo francés ha señalado —en efecto— que, en diversas ciencias se están produciendo dos procesos que si bien son opuestos, también son complementarios: que mientras uno de ellos reduce un fenómeno a su porción medular, esencial, imprescindible y, así, esquematiza la realidad (el *Homo economicus*, por ejemplo, es un esquema de hombre que no existe en la realidad, pero que, *si existiera*, buscaría obtener resultados iguales con medios mínimos, sin atender a consideraciones emocionales o pasionales, o a requerimientos éticos y jurídicos), el otro proceso, después de haber trabajado con el esquema obtenido por el primero (y de haber podido trabajar con él por su simplicidad misma) reintegra los elementos eliminados, para ver cómo se produce en realidad el fenómeno (para ver cómo obra, en el ejemplo, no el Hombre económico, sino el hombre “puro y simple”, de carne y hueso, que es —desde luego— más complejo y difícil de manejar que esa esquematización suya). Con ello, como comprende el sociólogo, no se está

muy lejos de las prescripciones metodológicas weberianas: del rejuego entre los tipos ideales y las situaciones concretas que se observan en la realidad.

En materia lingüística, fue el ginebrino Ferdinand de Saussure, quien realizó la reducción correspondiente al separar los hechos de la lengua (fenómeno lingüístico en sentido estricto) de los hechos de la habla (fenómeno sico-socio-lingüístico en sentido lato) al reducir, así, el mensaje (*complejo*) al código (*simple*).

Esa reducción (como es fácil comprender) facilita la aplicación de la matemática a la lingüística; pero, como reconoce Miçlau, tropieza aún con el problema de que la lingüística (a pesar de la misma reducción saussuriana) sigue careciendo; en varios sectores, de definiciones exactas. Esto dificulta también —en forma mediata— el uso de las computadoras en lingüística y, lo dificulta, más aún, en sociolingüística.

Glinz (114.165-6) (otro profesor alemán, que ya había hecho aportaciones a este campo, desde el congreso de Oslo, octavo de los lingüistas, realizado diez años antes) reconoció que la lingüística tiene que llegar a ser una disciplina matematizada, y señaló que el lingüista matemático debe de colaborar con el lingüista empírico-experimental en la misma forma —con la misma intimidad— con la que coopera el físico teórico tanto con el físico experimental como con el ingeniero: con el investigador y con el técnico.

El búlgaro Ludskanov (129.166-7) (especialista en traducción automática) subrayó: 1. la necesidad de definir claramente qué es lingüística cuantitativa y 2. la de distinguir dos tipos de investigación lingüístico-matemática pues hay uno que se apoya en métodos matemáticos preexistentes, y existe otro que está constituido por aquellas investigaciones (propia-mente de matemáticas aplicadas) que tratan de descubrir nuevas técnicas matemáticas; que buscan técnicas que se adecúen mejor que las ya existentes a la naturaleza peculiar de su objeto lingüístico.

También marcó Ludskanov que es indispensable explicar que la matematización no tiene por qué deshumanizar a la lingüística; que esa deshumanización no se produce si se practica con el cuidado debido, y que hay que reconocer que el uso de los “ordenadores” (de acuerdo con la terminología francesa) resuelve —en lingüística— unos problemas, pero

abre —por el otro lado— unas nuevas interrogantes —muy profundas— acerca de la naturaleza misma del fenómeno lingüístico.

Garvin (112.168), de Estados Unidos de América, incidió en uno de los puntos de la intervención de Ludskanov cuando indicó que no basta con tomar una técnica matemática reconocida (aunque nosotros creemos que, en los casos más simples, esto también es posible y deseable) sino que los métodos (matemáticos, en el caso) *tienen que relacionarse orgánicamente con la naturaleza del objeto de estudio* (lingüístico, en esta conexión).

Como es natural, una de las intervenciones más interesantes —dentro de esta discusión— fue la de un matemático: Salomón Marcus, del Instituto de Matemáticas de Bucarest, quien, a las incitaciones de los lingüistas para que alguien respondiera a sus necesidades patentes y latentes, respondió con una exposición sobre las posibilidades que la matemática tiene de satisfacerlas.

Marcus indicó que así como hubo, hasta el siglo XIX, unas matemáticas pre-estructurales, en el XX hay ya una matemática de las estructuras, gracias a las aportaciones que hizo Nicolás Bourbaki. Éste cumple, en su disciplina, el papel que Saussure y Bloomfield cumplieron en la lingüística, cuando establecieron una lingüística estructural. El paralelismo se convierte, ahora, en convergencia y —naturalmente— acaba por producir una posibilidad de colaboración entre las dos disciplinas estructurales: la matemática y la lingüística modernas.

Marcus señaló, después, que son cuatro los tipos posibles de matemáticas: cuantitativos o numéricos, en cuanto lo numérico puede ser discreto o continuo (números naturales vs. números reales) y, también, o matemáticas deterministas o matemáticas aleatorias. Así habría matemáticas: 1) discretas y deterministas, como la aritmética; 2) discretas y aleatorias, como la teoría de las probabilidades; 3) continuas y deterministas, como el antiguo “análisis infinitesimal” y 4) continuas y aleatorias, como la teoría de las probabilidades continuas.

A esto subsiguio, en la exposición de Marcus, un despliegue de las posibilidades que esa clasificación cuatripartita tiene para la lingüística, pues puede haber: lingüística cuantitativa: 1) discreta y determinista, 2) discreta y aleatoria, 3)

continua y determinista y 4) continua y aleatoria. Algunas de esas posibilidades han comenzado ya a ser exploradas en estudios como los de Harary y Paper que definen parámetros para el análisis sintagmático cuantitativo; de Guiraud, Frumkina, Herdan y Pietrowski sobre lingüística aleatoria discreta; los de Ungeheur, Flanagan, Iri y Kondo sobre fonética y los de Benzecri sobre lingüística cuantitativa continua aleatoria. El expositor mostró que los estudios de lingüística matemática continua resultan mucho menos frecuentes y mucho más difíciles, actualmente, que los consagrados a la discreta.

Marcus juzgó, también, que es necesario reemplazar lo "cualitativo" por lo "estructural" y que, en cuanto a la probabilidad, hay que reconocer que, en cuanto en matemáticas estructurales es una medida lo que corresponde a lo cuantitativo, "los modelos algebraicos de gramáticas (generatrices o analíticas) serían ejemplos típicos de estructuras cualitativas".

Como puede observarse por estas brevísimas anotaciones sobre el informe de Olga Ajmánova y sobre la discusión subsecuente consagrada a examinar las aplicaciones de la matemática a la lingüística, el tratamiento fue —en algunos de sus puntos— esclarecedor, así haya tenido que moverse, en buena parte, en altos niveles de abstracción, en virtud de que, si bien los recuentos lingüísticos son muy antiguos, el enfoque matemático de la lingüística es —en puridad— muy reciente, y aún no se explora sino en sus más inmediatas posibilidades.

18. *La cosmoteoría como un segundo foco atractivo de la sistematización sociolingüística*

El impulso que el estudio de las visiones del mundo brinda a la sociolingüística se puede seguir en las conferencias sobre las interrelaciones del lenguaje y los otros aspectos de la cultura. Los participantes se movieron en dos niveles de abstracción: el concreto y particular de las hipótesis de Whorf sobre el hopi y su metafísica implícita, y el abstracto y general de sus implicaciones para la teoría lingüística. Al captar las limitaciones de los métodos disponibles para este tipo de investigación, esbozaron los que, a la larga, pueden llegar a ser algunos de los métodos propios de la investigación sociolingüística.

Al revisar las contribuciones hechas por los participantes en esas conferencias, hay que reconocer que Kroeber, Kennard y Lenneberg están del lado de lo concreto y particular; que McQuown y Tax parten de ese lado hacia el contrario, en un anhelo de generalización; que Voegelin representa una transición, y que Kaplan y Lounsbury hablan de diseños particulares de investigación, mientras que Fearing y Hockett, en el lado abstracto, muestran una propensión ampliamente metodológica y teorizante.

Voegelin (447.266) señala la divisoria de las aguas en cuanto se inclina por iniciar el estudio con las aportaciones de Whorf, docimando sus hipótesis, pero haciéndolas extensivas —también— a otras lenguas americanas (que fue, precisamente, lo que trató de hacer Kroeber con el luisño).

Kennard, a partir de su material hopi, llega a la conclusión de que mientras ciertos aspectos del idioma confirman las tesis restringidas de Whorf respecto de ese idioma, los otros son irrelevantes. Es lo primero lo que ocurre, por ejemplo, con un "proto-morfema que indicaría un esfuerzo de intensidad superlativa, y que podría sugerir el énfasis hopi en la persistencia".

Kroeber (423.264) trató de encontrar en el luisño algo parecido a lo que Whorf vio en el hopi; pero, según su confesión, encontró sólo "un grupo de verbos pintorescos". No encontró, según él dice, nada más que pudiera considerarse como elemento diferenciador del sistema lingüístico luisño ni frente a los sistemas lingüísticos indo-europeos ni frente a los yokuts que él había estudiado anteriormente.

Todo esto revela, entre otras cosas, que hay muchas investigaciones lingüísticas (y, más aún, sociolingüísticas) que avanzan casi en la oscuridad, puesto que no se tienen datos suficientes, obtenidos de la realidad; pues se carece aún de aquellos gracias a los cuales se podrían hacer comparaciones y comprobar o invalidar las hipótesis respectivas.

Es por eso por lo que Greenberg (415.274) indica que, entre las necesidades futuras, una de las más apremiantes será la de contar con un diccionario apropiado, con una gramática completa y con textos numerosos y extensos, debidamente traducidos, del hopi, antes de que alguien pueda aventurarse a hacer una docimasia científica de las hipótesis whorfianas.

Voegelin (447.266) se refiere concretamente a los hallaz-

gos de Whorf sobre el hopi, a la posibilidad que hay de someterlos a prueba, y a la que habría de extender sus hipótesis a otras áreas del idioma. Al hacerlo, sugiere la conveniencia que habría de preparar unos diagramas (o unas películas, según el refinamiento propuesto por Fearing) capaces de sugerir movimiento o de evocar otros conceptos físicos semejantes. Esos diagramas (o películas) habría que someterlos a la consideración de los hopi-parlantes, pidiéndoles que los describieran. Esa descripción debería de ser examinada, en seguida, por el investigador, para ver si en ellas se encontraban o no los patrones de los que habló Whorf o si, por el contrario, se habían utilizado recursos expresivos distintos de los que él creyó reconocer.

El interés de Tax (444.277) —no ya particular, sino específico y aún genérico— apunta hacia la necesidad que hay de estudiar grupos completos de lenguas americanas y de contrastar —en estos respectos: 1) a unas con las otras, y 2) a todas y cada una de ellas con las de fuera de América. Tax piensa —en efecto— que en la comparación y contraste *a*) de las lenguas mesoamericanas entre sí, *b*) de ellas y las norteamericanas, y *c*) de todas las americanas entre sí y en contraste con las europeas, se puede vislumbrar hasta qué grado una mentalidad se refleja en la lengua correspondiente.

Tax considera que al ampliar el campo de observación y exagerar los detalles (por el refuerzo mutuo que se prestarían las observaciones hechas en las diferentes lenguas) se obtendrían más recursos para trabajar que cuando se observan una lengua, una sociedad, una cultura y las relaciones entre cada una de ellas y las otras dos.

Hoijer (418.278) cree ver en esto un esfuerzo para construir una tipología de “mundos de pensamiento”, hecha a partir de datos lingüísticos, y señala que esos esfuerzos son aún demasiado ambiciosos pues siguen rebasando las posibilidades que se tienen en estos momentos.

Sin embargo, si bien el pensamiento original de Tax y la interpretación de Hoijer pueden apuntar en ese sentido tipológico —criticable en las primeras etapas de la investigación— nosotros preferiríamos interpretar su intervención en el sentido que ya delineábamos: el de considerar a las otras lenguas sólo como puntos de apoyo, para descubrir, por similitud o por contraste, los rasgos salientes de una de las del conjunto.

La interpretaríamos también en el sentido que parece simpatizar a Hockett: en el de una impregnación mayor del investigador por la realidad sociolingüística, gracias a la absorción que haga de materiales más variados, recogidos en un recorrido por zonas más extensas de la realidad lingüística; gracias —incluso— a la introducción de la dimensión “tiempo”, que permite precisar: *a*) cuáles son las incongruencias que pueden existir dentro de un sistema lingüístico, y *b*) fecharlas para obtener el contorno amplio y preciso de dicho sistema.

Una interpretación como esa (uso de muchas lenguas para poner relieve los rasgos de una, más que para encontrar los rasgos genéricos, comunes a todas) marcha paralelamente a las indicaciones de Hoijer. Él señaló, también, que todo investigador es víctima de un linguocentrismo del que tiene que librarse para poder trabajar eficazmente. En efecto, cualquier metodología prudente tiene que comenzar por liberar al investigador de la cárcel idiomática en la que está prisionero, mediante el contraste de su propio modo de hablar con los de quienes hablan en forma distinta de la suya, y en lenguas diferentes de la que él emplea.

Al referirse a la proposición de Hockett para introducir la dimensión histórica, Hoijer señala que, en este empeño, Latinoamérica podría servir de laboratorio (418.275), en vista de que aquí “hay poblaciones que hablan idiomas muy distintos, que han convivido durante mucho tiempo, y que han llegado a constituir nuevas culturas, por haberse influido mutuamente”.

MacQuown (431.275) —quien fue maestro nuestro en la Escuela Nacional de Antropología, aquí, en México— corroboró esto; lo hizo con ejemplos concretos, y agrupó en unas pocas las variadas influencias observables entre nosotros, en cuanto: 1) las hay directas, de una lengua indígena sobre otras; 2) las hay directas, pero entre cada una de esas lenguas indígenas y el español, y 3) las hay indirectas, del castellano sobre una lengua indígena, a través de otra u otras lenguas (o quizás de una lengua indígena sobre el castellano a través de otra lengua indígena).

Voegelin hace observar que, fuera de los préstamos, los cambios en las lenguas indígenas de lo que hoy es Latinoamérica han sido casi nulos, lo cual no pasa de ser una hipótesis plausible pues no se tienen registros lingüísticos completos y —me-

nos aún— textos continuos, de la mayoría de ellas. Eso no impide reconocer que, culturalmente —a pesar de la diversidad inicial— la influencia española se dejó sentir por doquier y que, a resultas de ello, Latinoamérica ha llegado a ser una realidad *relativamente* homogénea, a pesar de los distintos sustratos indígenas de sus diferentes zonas.

Esto explica el gran interés del propio Voegelin por los préstamos, en cuanto en ellos se refleja el proceso de transculturación (que, como reconoce Gillin, es “de doble sentido”). En efecto, los nuevos elementos de cultura (material o no) que adquiere un grupo indígena, se pueden expresar recurriendo a terminos europeos; pero, también se les puede designar mediante expresiones descriptivas de origen nativo; o por medio de una ampliación del sentido de algunas voces que ya existían en el idioma. Cada uno de esos precedimientos revela, en el grupo que los emplea, diferentes actitudes sociolingüísticas.

Como señala Lenneberg (426.266), en esta búsqueda, el investigador corre ciertos peligros. Uno de los mayores es el que consiste en la alta probabilidad que tiene de obtener reacciones puramente *verbales* en dos lenguas distintas. Es cierto que, después de haberlas obtenido, puede comparar esas respuestas o reacciones meramente verbales; pero, al intentarlo, lo hará sin contar con una piedra de toque, de carácter extralingüístico, y se estará moviendo —así— en un vacío social, en un mundo alucinante, no en la realidad.

Para evitar ese peligro, Lenneberg sugiere algo que nos hace evocar el análisis de la variancia; pero, la que él pide que se practique, en este terreno, tendría que ser más compleja que la acostumbrada en otras aplicaciones de esa técnica estadística. Él dice: “Sujetemos a los angloparlantes a ciertos estímulos físicos, y registremos sus respuestas lingüísticas. De esos estímulos, unos provocarán respuestas bastante uniformes; otros producirán respuestas lingüísticas variadas; la variación que así se manifieste entre estímulos podrá ser mayor, igual o menor que la que se manifieste entre los hablantes individuales.” “Una vez que tengamos esos resultados —continúa Lenneberg— podremos repetir el experimento con los hablantes de hopi, para tener una base común sobre la que comparar las dos culturas” (426.266-7).

O sea, que, por esa vía, se tendría: una variación entre

respuestas dadas a diferentes estímulos; otra, entre las respuestas que se deben a diferentes individuos —así correspondan a un mismo estímulo— y, otra más, para el mismo estímulo y para individuos de carácter parecido, que corresponderá a diferentes culturas.

A partir de intervenciones como éstas, se puede listar toda una serie de atisbos sobre experimentos *muy delimitados* que podrían realizarse con el fin de determinar las conexiones entre la lengua y la mentalidad.

Algunos de esos experimentos parten de otros modos de experimentación ya conocidos y utilizados en otros campos; algunos otros toman éstos y los modifican; otros más responden a concepciones nuevas, más o menos artificiosas y más o menos afortunadas.

Lounsbury (427.266-7) señala, así, la posibilidad de aplicar la técnica etnográfica, “por la que: 1) nos concentramos en todas las actividades de la sociedad, 2) describimos lo que las acompaña —sea o no lingüístico— 3) vemos ambas cosas, no como relacionadas, correlacionadas o ligadas en calidad de causa y efecto mútuos sino como clases de elementos que *a*) difieren entre sí dentro de un sistema único, y que *b*) están dirigidos a actividades de cierta clase”.

En otra de sus intervenciones, el propio Lounsbury (427.26) alude a otra posibilidad. Él cree que se podrían utilizar las técnicas de tipo Rorschach —modificadas— para descubrir si son operantes o no ciertas diferenciaciones semánticas. La referencia concreta la proporcionan los iroqueses orientales y los occidentales, ya que cada uno de ellos tiene manera propia de designar al caballo, pues mientras para unos es “algo que tira de las riendas”, para otros es “algo en lo que se va montado”.

Fearing (409.269) critica la sugestión de Lounsbury porque considera que, en cuanto la técnica original depende de la ambigüedad del estímulo, puede resultar inadecuada para la aplicación lingüística que —en contraste— requiere que se evite (por lo menos hasta cierto punto) esa ambigüedad. En efecto, al quedarse en lo ambiguo, el investigador propicia la aparición de otras estructuras sociolingüísticas, indeseables para su propósito.

Wright (448.274) —en su calidad de sinólogo— indica que podría resultar útil recoger las observaciones de los primeros

misioneros que llegaron a China, y las de quienes estuvieron, han estado o están en otras "tierras de misión", porque —a través de ellas— se puede descubrir lo que —de acuerdo con la mentalidad del viajero o del misionero— resultaba o resulta extraño e inaceptable en esas tierras y entre esos pueblos, que él comenzaba o comienza o ha de comenzar a conocer.

Kaplan, (421.274) por su parte, se refiere a que se podría usarse la técnica de "re-traducción convergente" para descubrir la discrepancia que puede haber entre las concepciones metafísicas implícitas en dos o más lenguas. Pero, también alude a un experimento en el que se debería de trabajar empleando proposiciones que incorporaran la metafísica "que podría esperarse de un Aristóteles o de un Platón de la cultura", así como con otras proposiciones que, por el contrario, incorporasen una metafísica que les resultara extraña e inadmisiblemente, pidiendo a ciertos grupos de hablantes que tradujeran esas afirmaciones —bizarras para ellos— a su propia lengua. La dificultad (sociolingüística) del experimento la ha puesto de manifiesto Hoijer, al señalar que hay sociedades en las que *no es común que esas afirmaciones las haga cualquier persona* (aunque cualquiera pudiera llegar a hacerlas si se diera el caso) pues la división social del trabajo propicia el que sólo a ciertas personas se les considera autorizadas para filosofar de un modo habitual y "profesional".

Hockett y Fearing son quienes se orientan más directamente hacia el meollo problemático de la metalingüística, en cuanto apuntan hacia un centro metodológico importante: el constituido por los intentos de diseño de las investigaciones respectivas.

Hockett piensa que —antes que nada— hay que determinar si lo que aportó Whorf fue, en realidad, un conjunto de hipótesis o si fue la suya, únicamente, una terminología; pues, en caso de que se trate de esto último, lo que convendría sería evaluar ésta contrastándola con otras. El criterio a emplear debería ser —en su opinión— el de determinar hasta qué punto la hipótesis mayor puede resultar fructífera en la producción de otras menores que resulten dignas de ser sometidas a prueba.

Fearing, por su parte, plantea un problema teórico-práctico de extraordinario interés: el de determinar cuáles son los problemas de diseño de investigación que se encuentran implí-



INVESTIGACIONES
SOCIALES

bitos en la observación del comportamiento lingüístico. Hay uno, sobre todo, que es como un reto para el sociólogo, y que consiste en definir cuál es la clase de unidades de comportamiento que tendría que buscar el investigador, y en cuáles condiciones debería buscarlas.

Como aclara Fearing, él quiere dar a entender, con el término "unidades", ciertos "patrones presumiblemente congruentes con lo que se predica a través del patrón lingüístico, sea que esas clases de comportamiento lleguen a ocurrir o no en forma preponderante" (409.265).

En efecto, Fearing piensa que habría que establecer ciertas hipótesis sobre cuál sería el comportamiento más probable en una comunidad, a partir del análisis lingüístico. O sea, que habría que hacer ciertas predicciones sobre la conducta, a partir de las manifestaciones lingüísticas correlativas. En seguida, habría que docimar esas hipótesis por algún medio, que él cree que habría que precisar también.

A ello agrega en forma más concreta:

Imaginemos que la hipótesis afirma que, con base en el análisis lingüístico, hay una preocupación por la vergüenza o por la culpa. Tendríamos, entonces, un problema por lo que se refiere a las unidades de comportamiento culpable, independientemente del comportamiento lingüístico (409.265).

Nos parece que para la solución de este problema se podría encontrar sugerencias útiles debidamente concretadas en *La medida de la delincuencia* de Sellín y Marvin (0040.00) en donde se trata de precisar, en forma parecida, qué es lo que puede constituir una "unidad delincencial". Pero, aunque la literatura sociológica proporciona los medios para realizar esta labor, quizás haya —también— otra necesidad: la de ejecutar una reducción lingüística de las definiciones correspondientes.

La Conferencia a la que aludimos, y las intervenciones de sus participantes muestran suficientemente cómo se buscan —todavía en forma muy vaga y tentativa— las conexiones entre la lengua y la mentalidad, y cómo aún no se configuran los métodos más idóneos para investigarlas.

19. *Una faceta de la socioprudencia lingüística en la presentación abstracta de Tauli*

Entre los aspectos aplicados de la naciente sociolingüística destaca la planeación lingüística de la que son representantes destacados Tauli y Haugen.

Valter Tauli (643.246-269) es uno de los dos grandes tratadistas a quienes se otorga reconocimiento mundial en materia de planeamiento lingüístico. Su obra, publicada por la Universidad de Uppsala, en Suecia, comienza por subrayar la importancia humana del lenguaje. Este, medio de comunicación e institución social, según él mismo indica; “sirve para identificar, categorizar, percibir, pensar, crear, memorizar, transmitir conocimientos a través del espacio y al través del tiempo, y ser instrumento de comportamiento social”.

Esa importancia general para todos los seres humanos explica el que tanto el letrado como el ignorante, tanto el interesado en la cultura como el que se interesa en la política, sientan y expresan —cada uno a su manera— sus temores ante un lenguaje incorrecto, sus anhelos de lograr uno correcto; su repudio para la incorrección lingüística, su aplauso para la corrección lingüística; su inquietud frente a las innovaciones idiomáticas; su apetencia de nuevas formas expresivo-comunicativas para nuevas realidades técnicas, de organización social, de concreción cultural.

La reducción de todo ese amplio espectro de necesidades y anhelos sociolingüísticos a ciertos “mínimos vitales de comunicación”, a ciertas zonas “seguras” de corrección lingüística han impedido, hasta ahora, el pleno desarrollo de la planeación lingüística, en cuanto la reducen —en el presente— como resultado de la aparición —en el pasado— de “comisiones” y “academias”, a una actividad conservadora, purista, generalmente bien intencionada pero —en último término— ineficaz en un mundo que cambia en lo económico y lo político, en lo social y en lo cultural y que no puede dejar de cambiar simultáneamente en lo lingüístico.

Tauli explica la razón de esta lucha por la pureza del idioma, e indica —también— su sinrazón. Se lucha porque el idioma sea puro en cuanto es un código y —como tal— representa una norma que hay que acatar socialmente; pero, esa lucha

hace olvidar la neutralidad valorativa del idioma, que le corresponde en cuanto instrumento: en esta condición, un idioma no es ni bueno ni malo en estricto sentido *axiológico* sino es más o menos eficaz en sentido *técnico*. Sólo en sentido traslativo puede llamársele “bueno” si es eficaz y, si es ineficaz, se le puede calificar de “malo”.

La lingüística había descubierto ya no sólo que las lenguas están sujetas a una norma sociocultural sino que también resultan afectadas por cambios sociohistóricos. Éstos, de primera intención, pudieron parecer espontáneos; pero, un estudio detenido, permitió ver que, al lado de los no deliberados existían cambios sociolingüísticos voluntarios. El estudio de la normalización o estandarización de las lenguas europeas (la elección de un dialecto; de un estilo, generalmente el de una cancillería, etcétera) mostró que hay cambios radicales y deliberados; que una lengua “estándar” y —más aún— una literaria es un producto en buena parte artificial, aunque el artificio se haya superafetado a un producto natural. Los etnolingüistas por su parte, ampliaron este conocimiento al descubrir que, por debajo de la estandarización o normalización lingüística, entre los pueblos ágrafos o iletrados se pueden descubrir transformaciones lingüísticas voluntarias.

La lingüística del siglo XIX creó una serie de actitudes contrarias a la intervención consciente y voluntaria en el lenguaje. Paralela de la neutralidad valorativa sociológica habría, en este sentido, una neutralidad valorativa lingüística. La herencia europea fue recogida, conservada y prolongada hasta la sexta década de este siglo por la lingüística estadounidense, cuyos representantes, en mayoría, siguieron repitiendo el estribillo “¡Deje en paz su idioma!” Esa postura extremada era vituperable en ese momento; pero, en el futuro se tendrá que volver a ella, si se evitan los abusos de los planificadores.

Históricamente, Tauli reconoce que el eminente lingüista danés Otto Jespersen fue uno de los primeros que, en 1921, reaccionó contra el abstencionismo en lingüística, bajo la influencia —cosa que debe interesar al sociolingüista— de Auguste Comte. Para ese teórico de la lingüística, la teoría sería sólo un medio para practicar la planeación lingüística.

En el fondo, esta actitud respondía al convencimiento de que si es cierto que la lengua es norma, también es verdad

que instrumento, y que su eficiencia hay que medirla en función de criterios de: 1. economía, 2. claridad y 3. redundancia.

En la práctica fue Karbilinger quien, como primero, pidió —en Hungría— que la lingüística dejara de ser histórica y sociológica, para llegar a convertirse en creadora y constructiva. Para el sociólogo de la ciencia, es importante observar que aun cuando no puedan probarse influencias directas de estos filósofos en esos teóricos y practicantes sociales hay un indudable módulo común a todos ellos, el cual permite que se coloque a dos genios tan dispares como Marx y Nietzsche en calidad de figuras presidentes de nuestra época.

Por alguna razón (que habría que descubrir mediante cuidadosa pesquisa) fue en otra región del ámbito sociolingüístico —en el estoniano— donde se produjo otro de los intentos mayores de “reforma” lingüística. Debido a Aavik, respondió a la idea de éste en el sentido de que el mejoramiento lingüístico debía de ser metódico, extenso *e incluir la creación artificial*. Esto último —que puede espantar al no advertido— deja de ser un factor capaz de introducir el caos en el sistema en el grado en que se conecta con el otro requerimiento: con la necesidad de que el cambio sea metódico.

Tauli da una explicación sociolingüística válida para el hecho de que las reformas hayan sido más fáciles de introducir y hayan sido más radicales en unos países que en otros. La diferencia es atribuible a que unos tienen mayor tradición literaria y ésta frena los cambios; a que otros no la tienen, y esto los acelera; a que unos son pequeños, y eso facilita la difusión de las reformas; a que otros son grandes y esto lo dificulta. Del lado de las autoridades lingüísticas, la resistencia procede de que éstas suelen ver el idioma como obra de arte o como identificador de ciertos estratos sociales; de que, víctimas de prejuicios sociolingüísticos son incapaces de examinar las formas en función de su eficacia comunicativa, con independencia de la capa social que la emplea; porque se rehusan a valorarla sólo en términos de su eficacia.

Se olvida de este modo, que las relaciones sociales se mantienen gracias a la facilidad, claridad, univocidad de la comunicación entre los societarios y, por ello, no se acepta tan generalmente como se debiera que es indispensable un planeamiento lingüístico *a*) competente (a cargo de especia-

listas) y b) prudente (preservado de las estrecheces del criterio puramente especializado).

Los fines, los principios, las técnicas, las tácticas de modificación de las lenguas dentro de su medio social constituyen el contenido de la teoría respectiva; la elección de una finalidad, la adopción de ciertos principios, una determinada implementación técnica y el diseño de una táctica constituyen la planeación práctica misma del lenguaje en una sociedad determinada

Tauli considera que la primera tarea de ese planteamiento ha de ser depuradora, pero no en sentido de la vieja práctica purista, sino en el de preservar a la lengua de la influencia de los "gramáticos incompetentes y anticuados", es decir de los que, apegados a la literatura, sacrifican el lenguaje vivo; de los que vueltos al pasado —como la mujer de Lot— consagran formas arcaicas *por ser* arcaicas y no por haber probado su eficacia, y repudian las formas nuevas sólo *por ser* nuevas aun cuando sean más eficaces.

La planeación sociolingüística que propone Tauli tiene una clara inspiración democrática, de preservación de las libertades lingüísticas del hablante, pero sin demérito del necesario establecimiento de convenciones gracias a las que en un idioma es inteligible. La tercera de sus tareas lo es la terminología en la que hoy deben de eliminarse —como él indica— "los criterios románticos puristas e históricos, a los que hoy sustituyen criterios económicos.

El planeamiento lingüístico es, para Tauli, un paralelo de la pedagogía, la agronomía, la medicina: no es descriptivo sino evaluativo, valora y da normas de mejoramiento; depende de una doctrina más que de una teoría (aquí le interpretamos y no le citamos) pues como depende de evaluaciones y actitudes subjetivas, los fines varían y varían los planes. Por ello piensa que el planeador debe listar las expresiones alternativas (ya existentes o inventables), mostrar sus méritos y deméritos, indicar cuál es preferible y por qué, y dejar que los usuarios, en uso racional de su libertad, se inclinen por las formas preferibles y establezcan su normatividad. No debe el planeamiento —según él— dar normas sino indicar preferencias.

La comunicación interna de la sociedad es una de las finalidades del planeamiento lingüístico; la externa entre las so-

ciudades es otra de ellas, a la que hay que atender mediante el respaldo sicosocial del plan sociolingüístico y su ineludible afectación ideológica. Con todo, el hecho de mostrar que no hay UNA sola forma correcta de lenguaje y que CADA UNA de las normas de corrección propuestas sirve —lo declare o lo oculté— a los intereses de una clase o de un grupo resulta ya, de por sí, una aportación considerable para la defensa y la intervención dialéctica de los otros grupos afectados.

Técnicamente, las necesidades de la planeación lingüística deben satisfacerlas “lingüistas competentes” y librarlas de “la intervención dañina de hombres de letras llenos de prejuicios”.

Los aspectos sociales de la planeación vuelven a evidenciarse, en cuanto se considera que ésta está condicionada: *a*) por la estructura de la lengua y *b*) por la estructura de la sociedad (incluida la estructura sociolingüística de mono o multilingüismo, por ejemplo) a las cuales se ha de aplicar.

Para la planeación es importante: 1) establecer un cierto ideal de lengua, 2) concretar éste y 3) localizarlo después. Esa lengua ideal debe: 1. transmitir toda la información necesaria con su debido matiz; 2. ser sicosocialmente económica (fácil de hablar y de entender); 3. tener forma estética, y 4. ser adaptable a nuevas tareas expresivo-comunicativas.

Los criterios, siendo como son complementarios, pueden parecer —en la práctica— contradictorios; de ahí que la tarea del planificador lingüístico haya de ser —como la de todo planificador— una de armonización de intereses; una de obtención de óptimos equilibrios (entre claridad y economía, tradición y vitalidad creadora).

La planeación, por otro lado, tiene que responder a dos necesidades principales, básicamente distintas, creadas por la existencia de diferentes tipos de Estado, de sociedad, de comunidad lingüística. De éstos, unos tienen una lengua estándar normalizada y literaria; otros carecen incluso de lengua común. Los primeros, requieren mejora; los segundos, creación.

Para la mejora, hay que evaluar las variantes existentes y las expresiones que compiten entre sí; descubrir las deficiencias; elegir, unas; cubrir las otras, y mejorarlas todas conforme a un plan.

Para la planeación, hay que definir como lenguaje ideal el

que alcanza con un mínimo de medios los mismos resultados, consistentes en 1. transmitir la información necesaria y los matices de significado; 2. ser económica, en cuanto fácil para quien hable y para quien escuche; 3. tener forma estética, y 4. ser adaptable a nuevas tareas expresivas.

Los problemas básicos del planeamiento son: 1) reconciliar las demandas de claridad y economía; 2) buscar la estructura más económica y 3) buscar el equilibrio óptimo entre tradición e ideal.

Al planteamiento se le plantea, en unos casos, crear una lengua común; en otros, mejorar una lengua estándar.

En la creación de un lenguaje común; hay que 1) elegir el o los dialectos en que ha de basarse; 2) dar normas para la lengua estándar y 3) planear las reformas apropiadas.

En la mejora de una lengua estándar hay que: 1) evaluar variantes existentes y expresiones competitivas; 2) descubrir las deficiencias; 3) elaborar el plan para eliminar unas, elegir las otras, y manejarlas todas.

El planeamiento se basa en la estructura pre-existente; pero debe de considerar las potencialidades del desarrollo espontáneo. Debe comprender todos los aspectos orales y escritos; pero, su campo más extenso es el planeamiento del vocabulario, que puede recurrir —incluso— a creaciones arbitrarias, para encontrar palabras más económicas, eufónicas, eficientes y libres de connotaciones.

La innovación suscita oposición tanto del purista empeñado en salvar la lengua de la “corrupción” como de los modernos que dicen que una expresión es tan buena como cualquier otra. Normalmente es más fácil innovar de vez en cuando que en masa, y las innovaciones particulares tienen mayor o menor probabilidad de éxito según las condiciones históricas, sociales y psicológicas.

La autoridad tiene gran importancia en esto, pues a veces prohíbe las innovaciones y en otras las propicia y aun las impone. Su intervención puede ser: adecuada o inadecuada; útil o perjudicial; pero, en general, hay que contar con un principio de libertad, ya que sincrónicamente, la estandarización de una lengua y su respeto por todos (como la de una técnica) facilita su uso generalizado; pero, la fijeza de la norma, diacrónicamente, impide el progreso y el mejoramiento.

En efecto, una estandarización seguida por un respeto ab-

soluto y general de la norma hace perder una fuente esencial de información al perderse la alternancia de las expresiones y la posibilidad de evaluarlas.

Los usuarios necesitan más información sobre qué es lo mejor; qué lo más recomendable y más eficiente en su lengua, mucho más de lo que necesitan una simple estandarización. La acción de las academias y de otros organismos preocupados con la estandarización es útil cuando la ejercen los planificadores competentes del lenguaje y no quienes sostienen las anacrónicas actitudes puristas o las romántico-nacionalistas de las élites.

Esas actitudes conducen a la *diglosia*, que es poco económica, en cuanto obliga a todos los miembros a aprender y usar dos códigos distintos de una misma lengua. Para eliminarla, conviene tratar de aproximar progresivamente las dos variantes

Las actitudes frente a la planeación depende de la mentalidad de la sociedad, según se incline ésta a la centralización y al racionalismo (que favorecen a las lenguas estándar oficiales, frente a los dialectos) o al patriotismo y al esteticismo (favorable a los dialectos sobre la lengua estándar).

Lo que hay que hacer comprender es que el orden de una aspiración es irrelevante desde el punto de vista de su eficacia. Como afirma, en último término Valfer Tauli, tener dos o más códigos lingüísticos en una comunidad es un despilfarro; sin embargo, los dialectos tienen valor para el planeamiento del lenguaje, en cuanto muestran varios desarrollos espontáneos del mismo.

20. *Una exploración concreta de la socioprudencia lingüística por Haugen*

Haugen (1120.050-.067) es el otro de los grandes teóricos de la planeación lingüística, que ha desarrollado una teoría general de ésta a partir de sus observaciones sobre la controversia y las reformas lingüísticas en Noruega. Ahí, la controversia lingüística se ha entrecruzado con las suscitadas por el nacionalismo y la lucha de clases.

El lingüista noruego no cae en la burda simplificación que aplaude o reprueba el nacionalismo pues considera que

en éste se unifican unos aspectos positivos y otros negativos: que permite que una colectividad humana adquiera perfil propio y que sus individuos superen las lealtades locales, se autoidentifiquen y se sientan miembros de ella.

Además del nacionalismo, hay una lucha social entre una nueva y una vieja élite; una élite tradicional portadora del habla familiar viva (y hasta poética) y una élite moderna, con un vocabulario amplio capaz de cubrir todos los ámbitos de la vida civilizada. La modernidad, por su parte, ha creado una nueva cultura de masas a la que corresponde el surgimiento de una élite novísima que, en lo lingüístico se internacionaliza al aceptar términos de algunas de las lenguas de mayor difusión.

Se puede observar, así, tanto una cierta resistencia al cambio como una promoción de diferentes tipos de cambio por parte de diversos agrupamientos, que en último término, con sus acciones y reacciones, parecen justificar la concepción de Havranek, de acuerdo con la cual todo idioma tiene cierta estabilidad así como un cierto grado de flexibilidad el cual está limitado (como todos los cambios) por la necesidad de mantener la comunicación.

Hasta ahora, la planificación lingüística ha tropezado con serias resistencias debido a que ha creado formas lingüísticas artificiosas que no corresponden a ninguna comunidad hablante, en tanto que, como en otras ocasiones han sido los lingüistas no profesionales quienes se han encargado de las reformas, no las han basado sino en "fragmentos vulgarizados de filosofías lingüísticas anticuadas".

La planeación lingüística es una prolongación lógica de los estudios lingüísticos. El XIX descubrió no sólo que cambian las lenguas sino que lo hacen regularmente; pero ha sido el XX el que ha decidido que hay que intervenir en esos cambios y dirigirlos.

Para dirigir un cambio se necesita haber elegido un fin hacia el que orientar el cambio y, para ello, previamente, haberlo valorado. Para valorar, con todo, deben conocerse profundamente tanto la naturaleza del lenguaje como la de la sociedad y, principalmente reconocer que el lenguaje es un medio operante de la comunicación humana.

La planeación tiene que tener una base racional teórica; pero también debe apoyarse, en la misma medida, en consi-

deraciones prácticas: nacionales, sociales y pedagógicas y reconocer que está afectada por la doctrina lingüística que prevalece en cada época, o por la que sostiene cada grupo. De ahí que toda buena planeación lingüística tenga que equilibrar factores opuestos entre los que cuentan mucho los psicológico-sociales.

La planeación sociolingüística se ha practicado no sólo en los países del Occidente europeo, sino también *a*) en la Unión Soviética, en donde es una práctica que tiene profunda raíz en la filosofía política marxista-leninista, y *b*) en los países recién descolonizados, en los que resulta ser una actividad indispensable, debido a que éstos: 1) o han de revivir una lengua propia, o 2) tienen que promover otra, o 3) han de fortalecer otra más dotándola de una terminología científica adecuada, a fin de obtener un instrumento que cumpla con todas las funciones de la comunicación interna, internacional y técnico-científica.

Conforme indicó Nikol'skij (1234.000) en Varna esas necesidades y anhelos de comunicación han hecho que la lingüística deje de ser la ciencia libresca y puramente teórica que fue en el pasado para asomarse a la práctica, pronosticar, prever, prevenir, cultivar, modificar y mejorar el idioma con vistas al logro de ciertas finalidades sociocomunicativas.

Desde la praxis hacia la teoría, los intentos de satisfacción de esas necesidades y de logro de esos anhelos contribuye también a modificar las doctrinas sociolingüísticas que hasta ahora o habían sido establecidas a base de puras especulaciones o, en todo caso, se habían construido en el vacío social.

21. *La raíz político-filosófica de la planeación lingüística soviética según Nikol'skij*

Una breve exposición de Nikol'skij al Congreso Mundial de Sociología reunido en Varna: 1 presenta las aportaciones que Haugen y Tauli han hecho: *a*) respecto de la planeación lingüística en Noruega, en Estonia y en otros países, así como *b*) sus intentos para establecer una "teoría" de la planeación; 2 muestra la profunda raíz filosófico-política que esas aplicaciones sociolingüísticas tienen en una sociedad de inspiración marxista y organización leninista; 3 deja constancia

de la forma en que ahí se las practica, y 4 señala la importancia que pueden llegar a tener en naciones en lucha por descolonizarse, anhelosas de democratización.

Nikol'skij —según costumbre— legitima ideológicamente su trabajo mediante una referencia a Marx y a Engels; a su prescripción en el sentido de que la humanidad debe tomar bajo su control el desarrollo del lenguaje. Desde este lado del mundo —se milite en la izquierda o en la derecha— la prescripción es débil; se podría esperar algo más agresivo de tales fuentes; algo como la afirmación de que “el idioma es un instrumento de sometimiento de los trabajadores por parte de sus explotadores de clase”, y el precepto de que “hay que arrancar esa arma de manos de la burguesía”. Quien examinara hechos y situaciones de esta porción del mundo tendría que llegar a la conclusión de que quizás el tono más agresivo y no el más mesurado podría ser el adecuado para nuestro ámbito sociocultural.

Si aquí hay resistencia al cambio lingüístico y si se falta al respeto a ciertos valores lingüísticos de grupos distintos de los dominantes (hispanohablantes, mestizos, de extracción burguesa) eso depende, hasta cierto punto, de consideraciones técnico-científicas de quienes dominan o influyen en el idioma. Desde ese cierto punto, son el resultado de un desig- nio que ciertos grupos sociales tienen de preservar para sí un dominio privilegiado. Es una forma mandarinesca de asegurar que una castellanización insuficiente, una instrucción artificiosamente larga para lograr el dominio de las letras, una asociación sicosocial entre el uso de una lengua indígena y un sentimiento de minusvalía impidan el paso a quienes, aun en caso de estar mejor dotados que los otros para la creación literaria o para la trasmisión de informaciones técnico-cientí- ficas, necesitan gastarse (en una pasión inútil, como simples ganapanes) en el duro trabajo para alcanzar, apenas, los míni- mos indispensables para subsistir.

Para quien reflexione en ello, la prescripción marxeng- elsiana citada por Nikol'skij resultaría pálida (si bien, como más general, implica la otra, más particularizada y agresiva) porque son muchas las ocasiones en que los detentadores del poder y de la influencia (estos últimos eminencias grises de los primeros, aliados suyos de clase que simulan contra ellos

batallas en las que nadie cree), al sentirse impotentes para refutar un argumento sociopolítico, o temerosos de que el mismo se difunda y alcance a las masas convirtiéndolas en pueblo; apoderados de editoriales y redes de comunicación, utilizan un pretexto lingüístico o literario para proscribir a los herejes, a los rebeldes, a los revolucionarios, con la explicación sucinta de que “No sabe escribir; ignora cómo puntuar; carece de oficio; no sabe utilizar las notas al calce”, como si en tales casos, la labor del privilegiado con una instrucción universitaria completa no debiera ser la de colaborar con el pensador “vigoroso-pero-de-tosca-expresión”, para poner en buena forma literaria el resultado de una cogitación suya, una argumentación o un informe suyos que, aun siendo discutibles, y estando torpemente redactados, tienen que ser respetados y difundidos para que alcancen, con efectividad, *sin trampas*, a sus destinatarios.

Nikol'skij ha asumido una actitud mucho más serena que la nuestra; de un humanismo casi decimonónico, más que de una conciencia social vigésimosecular; quizás porque él, en la Unión Soviética, ya no tiene ocasión de ver cómo el idioma es utilizado por unas clases para someter a otras. Quizás lo haya hecho así porque la realidad soviética *ya le permite* ser más optimista de lo que a nosotros nos deja serlo la realidad hispanoamericana (y, en particular, la mexicana). Es por esto, tal vez, por lo que afirma que, en el mundo actual, las posibilidades de planeación lingüística orientadas democráticamente “han aumentado al ampliarse los sistemas de construcción de naciones, y los grandes medios de comunicación social”.

La actualidad del problema lingüístico y la necesidad que hay de resolverlo en forma planificada son puestas de manifiesto —como él indica— por el proceso de descolonización; por la urgencia que los descolonizados tienen: 1) o de revivir una lengua propia, o 2) de promover otra, o 3) de fortalecer otra más (mediante la creación de una terminología científica) así como las que algunos sienten de complementar la lengua nacional con otra extranjera, y aun con lenguas artificiales (como las interlenguas) con el fin de asegurar que en la sociedad correspondiente se cumplan ya todas las funciones sociolingüísticas: internas, internacionales, técnico-científicas.

Esas necesidades y esos anhelos de comunicación y de conocimiento hacen que la lingüística deje de ser la ciencia puramente teórica y libresca que era en el pasado: la obliga a asomarse a la práctica; la hace pronosticar, prever, prevenir, cultivar, modificar, mejorar el idioma teniendo a la vista ciertas finalidades sociocomunicativas. Desde el lado de la praxis —como él mismo indica— los intentos para satisfacer esas necesidades, y para alcanzar esos anhelos no sólo redundan en un mejoramiento de las condiciones de vida de las poblaciones, sino que también introducen correcciones útiles en varios aspectos doctrinarios lingüísticos, que habían sido establecidos sólo (o principalmente) a partir de consideraciones especulativas o, en todo caso, dentro de un vacío sicosocial.

Nicol'skij se refiere a su realidad más inmediata —a la que quizás siga estando entre las más espectaculares del momento y que quizás sigamos empeñados en ver con anteojos “de gran distanciamiento”. Se refiere a la praxis de los lingüistas soviéticos, que han mostrado no sólo que es posible, sino también hasta qué punto es posible transformar las lenguas a impulsos de un designio consciente, voluntario, sistemático, orientado meliorativamente.

Esas posibilidades son muy amplias, pero no son ilimitadas, como lo demuestra la persistencia de lenguas que en otras latitudes han sido amenazadas de exterminio o a las que se les ha dejado morir y que, a pesar de todo, sobreviven y aún tienen unas especies de resurrección (como está ocurriendo, así sea limitadamente, en el caso del córnico o idioma de Cornualles, en la Gran Bretaña actual).

Esas amplias posibilidades son graduables pues —como dice el autor— dependen de toda una constelación de factores económicos, sociales, políticos y culturales. Y, aunque él no lo diga, lo decimos nosotros: las posibilidades de planeación NO son iguales ni en sus resultados inmediatos ni en los mediatos *a*) cuando se realizan en un país comunista, *b*) cuando se intentan en uno socialista, *c*) cuando se tratan de introducir en uno capitalista, *d*) cuando se opera en un país del centro que *e*) cuando se opera en uno de la periferia imperial (aunque, en esto, las metrópolis económico-políticas y las culturales no coincidan siempre, como ocurre en el caso de México y de su lengua).

La idiosincrasia popular, la situación jurídica, la política

de nacionalidades en un Estado multinacional son algunos de los factores que Nikol'skij menciona como datos indispensables para iniciar una planeación lingüística efectiva. Pero, además, como ninguna sociedad ni ninguna comunidad hablante funcionan en el vacío, es indispensable considerar —en esa planeación— un contacto de lenguas que recubre un contacto de civilizaciones o de grupos sociales, en el que son factores primordiales las diferencias de niveles socioeconómicos y político-culturales.

Nicol'skij es muy claro en sus concepciones respectivas. Hay, para él, una política lingüística que es la realización práctica de la concepción voluntarista del desarrollo idiomático. Esa política lingüística recubre un cultivo lingüístico y una planeación lingüística. El cultivo lingüístico es, en varios países, la única manifestación político-lingüística, y en muchos de ellos —incluso— se orienta, más estrechamente, hacia el puro mantenimiento del *statu quo*.

La planeación lingüística, por su parte, se basa en una prognosis pasiva y en una prognosis activa de desarrollo del lenguaje, y permite la introducción de nuevas normas y aun de nuevas formas lingüísticas (las nuevas lenguas literarias inexistentes antes de la “Revolución de octubre”, como aún siguen estándolo las potenciales lenguas literarias indígenas mexicanas, después de la Revolución mexicana de noviembre de 1910).

El cultivo lingüístico suele manifestarse en las luchas por la pureza del idioma, en las que intervienen como fuerzas de un juego dialéctico (y no como oposiciones maniqueas): el nacionalismo y el internacionalismo; la voluntad de forma y la apertura a las influencias exteriores benéficas (que no deben ser mutuamente excluyentes sino complementarias dentro de una graduación delicada y dinámica).

Y cuando la política lingüística se reduce al cultivo lingüístico —lo decimos nosotros— generalmente corresponde a una actitud conservadora o misonéista: a un intento de detentar indefinidamente el poder, o de ejercer, hasta la consumación de los siglos, una influencia predominante.

La prognosis, el cultivo, la planeación, la pedagogía lingüísticas son actividades que adquieren cada vez más importancia; que la tendrán máxima —en uno y en el otro lado del mundo— antes de que termine el presente siglo.



UNA HOJA DE BALANCE

1º Así como el único objeto válido de la sociología es la sociedad humana, concebida como la integral matemática de todas las manifestaciones sociales a través del espacio (sincronía sociológica) y a través del tiempo (diacronía sociológica), el único objeto válido de la lingüística es el lenguaje, universal sociológico, históricamente diferenciable y diferenciado en idiomas a lo largo y a lo ancho del espacio sociocultural.

2º Toda lingüística es radical e ineludiblemente sociolingüística, aunque el "socio" de la misma pueda ponerse provisionalmente entre paréntesis, con propósitos heurísticos, mientras se hace el estudio de la estructura interna de los códigos lingüísticos, que no constituyen sino parte mínima de la sociolingüística.

3º Desde su nucleolo más interno, constituido por el código, el estudio sociolingüístico se despliega en todas direcciones, 1) superando la limitación que impone el examen de las puras relaciones "sintácticas" (estructura interna del código y estructura del discurso), 2) en términos de referencias "semánticas" <a) localización de los elementos del discurso y b) localización del discurso mismo dentro de la cultura> así como 3) de utilización pragmática de éstos a) por una sociedad, b) un grupo, c) un individuo, en sus interrelaciones con α) otras sociedades, β) otros grupos, o γ) otros individuos usuarios del mismo o de distintos idiomas (o variantes lingüísticas, en general).

4º Dentro del conjunto de fuerzas componentes de lo lingüístico, se puede subrayar, temporalmente, y con fines heurísticos, la importancia de una u otra de las componen-

tes; pero, sin que se esté facultando en forma alguna para eliminar totalmente a las restantes. Ese subrayado permite hablar, así, de “etnolingüística”, de “sicolingüística”, etcétera, y reconocer la existencia de varias disciplinas (sociolingüísticas) dentro de una *única* sociolingüística resultante.

5º La sociolingüística por constituir (a largo plazo y en último término) tendrá que reemplazar a la lingüística, simplista, depauperada o reducida de antaño.

6º Dentro del campo de la sociolingüística (sin confundirse con una sociología del lenguaje), provisionalmente, para fines heurísticos, y sin desconocer la existencia de otras componentes etno y sicolingüísticas (principalmente) se puede hablar de un *énfasis sociológico en sociolingüística* que no hace sino acentuar el carácter social de lo lingüístico.

7º Esta postura revela la insuficiencia de cualquier planteamiento doctrinario que coloque a la semántica en un vacío pragmático y —un momento después— se atreva a colocar el estudio de los códigos lingüísticos, en un vacío semántico. Esas dos reducciones sucesivas sólo son posibles con fines heurísticos, a título experimental, en términos análogos a los de una diferenciación parcial matemática (en realidad, doble, puesto que la misma se realiza en dos etapas), ya que puede proceder, en tal caso: 1º COMO SI la gama de las variaciones semánticas se redujeran a la alternativa entre una sinonimia y una falta de sinonimia y 2º COMO SI toda la gama de utilizaciones pragmáticas se redujeran a dos combinaciones alternas de a) usos equivalentes por usuarios equipolentes frente a b) otros usos A) no equivalentes por usuarios no equipolentes, B) usos equivalentes por usuarios no equipolentes y C) usos no equivalentes por usuarios sí equipolentes socioculturalmente.

8º El estudio sociolingüístico desemboca en una práctica lingüística que aplica sus conclusiones a un designio colectivo, a través de: 1) una socioprudencia lingüística, y 2) una sociotecnia lingüística de las que la porción más interna y medular es la planeación del lenguaje, concebida principalmente en sus dos vertientes de a) planeamiento de la posición social (o *status*) de los idiomas, y b) de planeamiento de la estructura (o *corpus*) de cada idioma.

SOBRE LA BIBLIOGRAFÍA

Desde hace algunos años (particularmente a partir de la publicación de *La Sociolingüística: una Introducción a su estudio*) el autor ha estado experimentando ciertas formas de notación con el propósito de ordenar mejor las referencias bibliográficas, y de hacer que las llamadas y notas al calce rompan tan poco como sea posible la continuidad de la página impresa. En esta ocasión, el experimento ha llegado al punto en el cual: 1º se agrupan, al principio de la bibliografía, todos los volúmenes (éstos, especialmente en sociolingüística, tienden a ser, cada vez más, colecciones, obras colectivas, antologías o libros de lecturas por varios autores) dándole a cada uno un número de identificación del orden de las centenas y los millares; 2º se ordenan, en seguida, alfabéticamente, los nombres de los autores a cuyas obras se hizo referencia directa, asignándoles un número del orden de las unidades o de las decenas y 3º se utiliza en el texto, como llamada, un número en el que figuran: *a*) una parte entera, que identifica al autor y al volumen y *b*) una parte fraccionaria que identifica el número de la página (en la cita textual) o el conjunto del texto (.000) en la alusión, la paráfrasis o el comentario global. Así, una cifra como 1235.040 significa que se trata: 1) del duodécimo volumen de la bibliografía, 2) del artículo a cuyo autor corresponde el trigésimo lugar de la lista, y 3) de un párrafo o frase de la página 40 del artículo correspondiente.



BIBLIOGRAFÍA

VOLÚMENES Y COLECCIONES

100. *Actes du Xe Congrès International des Linguistes*. Bucarest, 28 Août-2 Septembre, 1967. Éditions de l'Académie de la République Socialiste de Roumanie. Bucarest, 1969.
200. *Cahiers Zairois d'Études Politiques et Sociales*. Lubumbashi, Zaire, No. 1. Abril, 1973.
300. *Giornate internazionali di Sociolinguistica*. Secondo Congresso Internazionale di Scienze Sociali dell'Istituto Luigi Sturzo. Palazzo Baldassini-Via delle Coppelle, 35. Roma 15-17. Settembre, 1969.
400. *Language in Culture*. Conference on the Interrelations of Language and Other Aspects of Culture. Edited by Harry Hoijer. The University of Chicago Press. Chicago, 1954.
500. *Langages*. Revue trimestrielle. 5ème année. 18. Didier Larousse. Paris. Juin 1970.
600. *La sociolingüística actual: sus problemas, planteamientos y soluciones*. Editada por Oscar Uribe-Villegas. Instituto de Investigaciones Sociales. Universidad Nacional Autónoma de México. México, 1974.
700. *Linguistische Arbeitsberichte*. Herausgeber: Lothar Hoffmann. Leipzig, 1970.
800. *Method and Theory in Linguistics*. Edited by Paul L. Garvin. Mouton. The Hague-Paris, 1970.
900. *Pensiero e Linguaggio in operazioni*. Istituto Editoriale Cisalpino, Vol. II, Nº 6. Milano, 1971.
1000. *Revista Mexicana de Sociología*. Directores: Lucio Mendieta y Núñez (1938-65), Pablo González Casanova (66-

70), Raúl Benítez Zenteno (1971-...). Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México. México.

1100. *Sociolinguistics*. Proceedings of the UCLA Sociolinguistics Conference, 1964. Edited by William Bright. Mouton & Co. The Hague/Paris, 1966.
1200. *Zur Soziologie der Sprache*. Herausgegeben von Rolf Kjolseth und Fritz Sach. ("Kölner Zeitschrift für Soziologie" 15) und Sozialpsychologie. Westdeutscher Verlag. Opladen, 1971.

NOTA BENE

La base de una porción de este ensayo está constituida por la introducción que, a solicitud del profesor Joshua Fishman redactó Oscar Uribe-Villegas con vistas a presentar en forma integrada los estudios constitutivos de *Issues in Sociolinguistics*, aún inédito en el momento de enviarse este original a la Imprenta Universitaria de México y al corregir sus últimas pruebas.

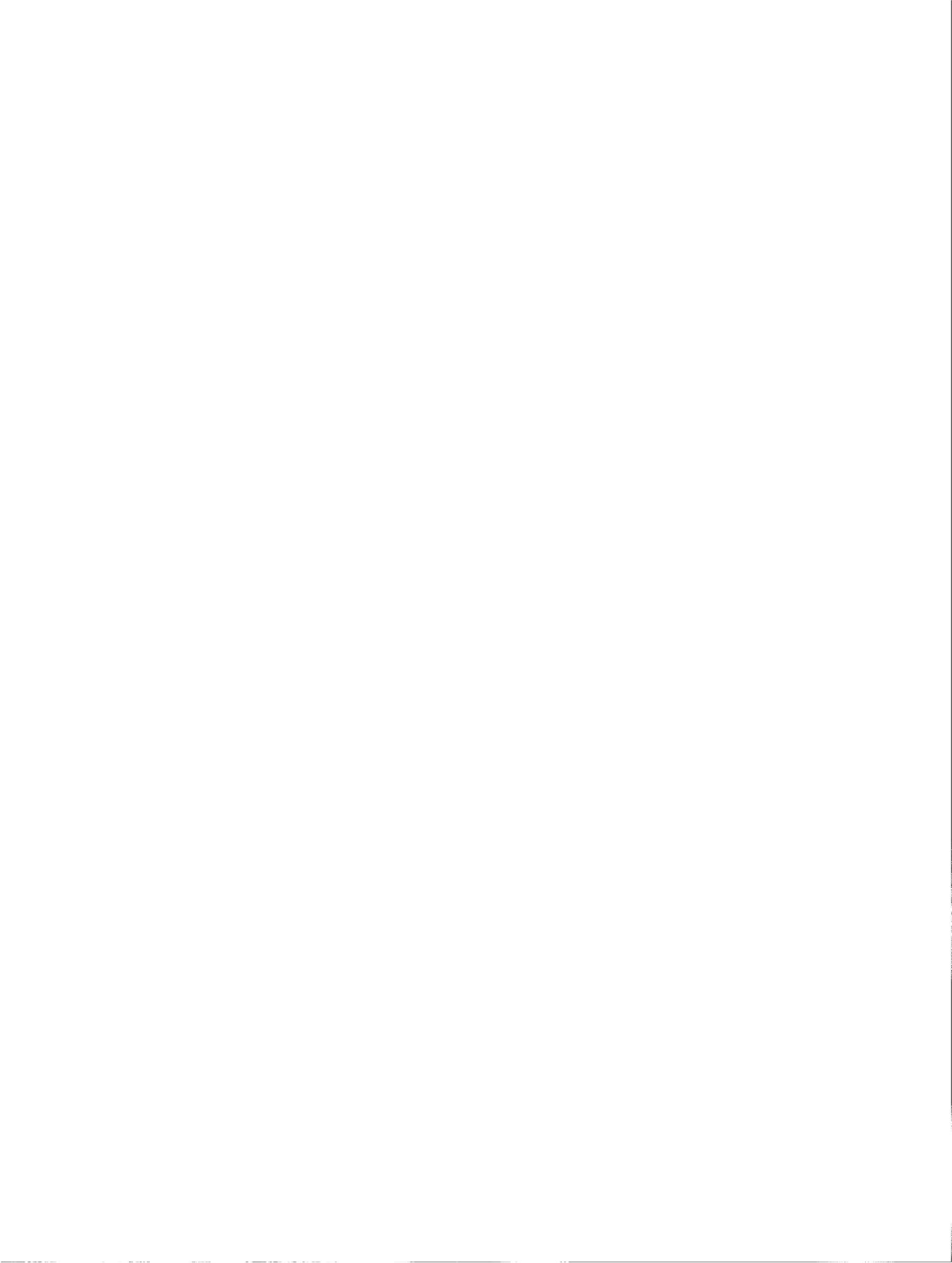
México, D. F., agosto 23 de 1975.

OBRAS

1. Olga S. Akhmanova: "Linguistics and the Quantitative Approach." 100
2. Hilda Basulto: "Algunas Anotaciones para una Fenomenología del Silencio." 800
3. William Bright: "The Dimensions of Sociolinguistics." 1100
4. Marcel Cohen: "Notas sobre la Sociolingüística." 600
5. Geneviève Calame-Griaule: "La lengua y la visión del mundo: Problemas de etnolingüística africana." 600
6. Chakraborty: "Machine Translation and Allied Problems." *Anuvad.* No. 3, 1966. Citado por Spitzbardt. 100
7. Giacomo Devoto: "Relazione conclusiva." 300
8. J. Ellis: "Some Lines of Research in Sociolinguistics." 100
9. Franklin Fearing: "An Examination of the Conceptions of Benjamin Whorf in the Light of Theories of Perception and Cognition" and "Discussions". 400
10. Joshua Fishman: "Sociology of Language." 900
11. Jacques Fromont: "Le Schéma sociologique." 200
12. Paul L. Garvin: "Discussions." Rapport O.S.A. 100
13. Carl Gersuny: "A note on Ibn Khaldun as precursor of Sociolinguistics." 300
14. Glinz. "Discussions" Rapport O.S.A. 100
15. Joseph Greenberg: "Concerning Inferences from Linguistic to Nonlinguistic Data" and "Discussions." 400
16. Rudolf Grösse und Albrecht Neubert: "Thesen zur marxistischen Soziolinguistik." 700

17. Charles F. Hockett: "Chinese versus English: An Exploration of the Whorfian Theses" and "Discussions." 400
18. Harry Hoijer: "The Sapir-Whorf Hypothesis" and "Discussions." 400
19. Dell Hymes: "Linguistic Theory and Functions of Speech." 300
20. Einar Haugen: "Algunos problemas en sociolingüística." 600, 1100
21. Jazayery: "Discussions." 100
22. Kennard: "Discussions." 400
23. Krober: "Discussions." 400
24. Henry Lefèbvre: "Le Langage et la Société." Gallimard. 1966
25. Lucien Lévy Bruhl: "La Pensée Primitive."
26. Lenneberg: "Discussions." 400
27. Lounsbury: "Discussions." 400
28. Thomas Luckman: "International World Sociological Congress." Varna. 1970
29. A. Ludskanov: "Discussions." Rapport O.S.A. 100
30. Salomon Marcus: "Discussions." Rapport O.S.A. 100
31. Norman A. McQuown: "Analysis of the Cultural Content of Language Materials" and "Discussions." 400
32. Lucio Mendieta y Núñez: "La sociología en la obra de Ibn Jaldún." 1000
33. P. Miclau: "Discussions." Rapport O.S.A. 100
34. L. B. Nikol'skij: "Prognose und Planung Sprachlicher Entwicklung." 1200
35. Jean Piaget: 200
36. Bernard Pottier: "Le Domaine de l'Ethnolinguistique." 500
37. José Pedro Rona: "A Structural View of Sociolinguistics." 800
38. Ferdinand de Saussure: "Curso de Lingüística General." Traducción, prólogo y notas por Amado Alonso. Editorial Losada. Buenos Aires, 1945

39. Alf Sommerfeldt: "Diachronic and synchronic aspects of language: selected articles *Janua linguarum* Mouton, 1962.
40. Thorsten Sellin and Marvin Wolfgang: "The Measurement of Delinquency." John Wiley and Sons, Inc. New York, London, Sidney, 1964.
41. Tatiana Slama-Cazacu: "Aspectos Convergentes y Divergencias Fortuitas de la Sico y la Sociolingüística" 600 y "Discussions." Rapport O.S.A. 100
42. H. Spitzbardt: "Discussions." Rapport. O.S.A. 100
43. Valter Tauli: "El Planeamiento del Lenguaje." 600
44. Sol Tax: "Discussions." 400
45. Jean Ure y Jeffrey Ellis: "El Registro en la Lingüística Descriptiva y en la Sociolingüística." 600
46. Óscar Uribe-Villegas: "Sobre lo Social en el Lenguaje y lo Lingüístico en la Sociedad." 600
47. C. F. Voegelin: "Discussions." 400
48. Wright: "Discussions." 400



INDICE

Prólogo	5
- 1. El desarrollo histórico de los intereses sociolingüísticos	7
2. El espectro-solar de lo sociolingüístico en potencia	10
3. "Sociolingüística" o "sociología del lenguaje". ¿Dos denominaciones o dos disciplinas?	14
- 4. De la praxis a la teoría: de la problemática a la temática sociolingüística	18
- 5. Falta de sitio preciso de la lingüística tradicional entre las disciplinas científicas	19
6. Necesidad de complementar la problemática con una sistemática sociolingüística	21
7. Algunos temas destacados de la sociolingüística <i>in fieri</i>	23
8. Peculiaridades de la aproximación metodológica sociolingüística	26
9. El descubrimiento etnográfico de las mundivisiones	28
10. La frontera evanescente entre la etno y la sociolingüística	32
- 11. La modelación lingüística de las situaciones sociales y la toma social de conciencia mediante el lenguaje	38
12. Los enfoques convergente-divergentes de Hymes y Fishman en sociolingüística	43
13. Las aportaciones de Rona para la perfilación sociolingüística del diasistema	44
14. El lenguaje, un universal sociológico diversificado en lenguas	52

15. La sistematización sociolingüística marxista <i>in nuce</i> . . .	53
16. Un catálogo de los intereses sociolingüísticos recientes en Europa y en América	62
17. La matemática como un primer foco atractivo de la sistematización sociolingüística	66
18. La cosmoteoría como un segundo foco atractivo de la sistematización sociolingüística	73
19. Una faceta de la socioprudencia lingüística en su presentación abstracta por Tauli	80
20. Una exploración concreta de la socioprudencia lingüística por Haugen	87
21. La raíz político-filosófica de la planeación lingüística soviética según Nikol'skij	89
22. Una hoja de balance	95

En la Imprenta Universitaria, bajo la dirección de Beatriz de la Fuente, se terminó la impresión de *Las disciplinas sociolingüísticas y el énfasis sociológico en sociolingüística*, el día 9 de febrero de 1975. Su composición se hizo en tipos Electra 11: 12, 10:11, y 8:9. La edición consta de 2 000 ejemplares.

UNAM
FECHA DE DEVOLUCION

El lector se obliga a devolver este libro antes del vencimiento de préstamo señalado por el último sello.

--	--	--	--

P41
U72



UNAM

16123

INST. INV. SOCIALES

HS
16123
163

Uribe Villegas, Oscar
Las disciplinas
sociolingüísticas y el...



Universidad Nacional Autónoma de México

Oscar Uribe - Villegas las disciplinas sociolingüísticas